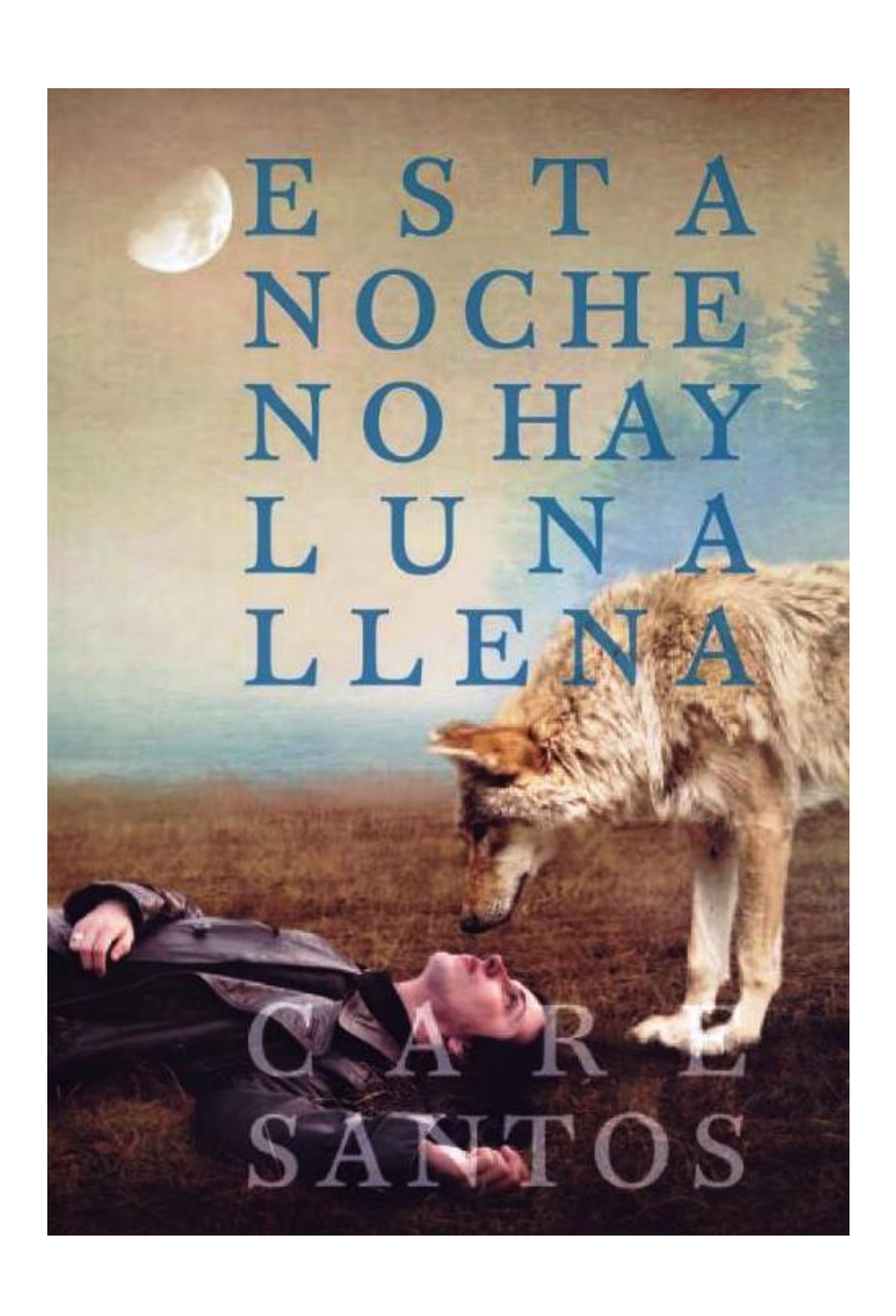
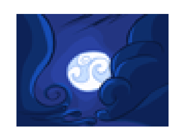

ESTA NOCHE NO HAY LUNA LLENA
CARE SANTOS



Esta noche no hay luna llena

Care Santos

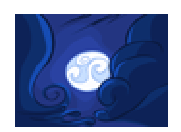
Argumento

Hay un momento en la vida en el que aún estamos a tiempo. Aún podemos elegir aquello en que vamos a convertirnos. Lo que deseamos ser.

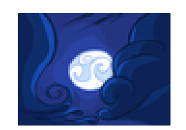
Abel está en ese momento crucial de la vida: tiene diecisiete años y se ha enamorado.

Existe una fuerza capaz de convertirnos en otra persona, de poner nuestro mundo cabeza abajo: el amor.

Quien se enamora elige su propio camino. Deja atrás una etapa de su vida para abrir la puerta a un mundo nuevo y desconocido. Tal vez vence la inseguridad, la soledad, la extrañeza, para reconocerse en la mirada de otra persona.



Para todos aquellos que sueñan con volar y se atreven a intentarlo.



Cuenta la leyenda que cuando Dios fundó el mundo, le preguntó al lobo:

—¿Quieres que te ponga un cencerro al cuello?

Y el lobo contestó:

—No, porque si lo haces todos me oirán.

Dios dijo entonces:

—¿Quieres que te amarre con una soga?

—No —respondió el lobo—, porque si lo haces querrán dominarme.

Entonces Dios preguntó:

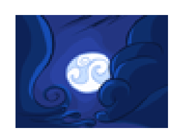
—¿Qué quieres, pues?

Respondió el lobo:

—Quiero ser libre para hacer lo que quiera sin rendir cuentas a nadie.

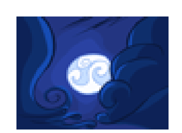
Y Dios dijo:

—Así sea.



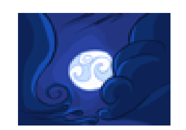
Decálogo de las criaturas de la noche

Guárdate de lo que brille demasiado.
No temas a tu propia sombra.
Ama como un mortal.
Ambiciona como un inmortal.
Come solo por necesidad.
No quieras poseer lo que no necesitas.
Huye de quien te tema.
Mira a los ojos a tus víctimas.
Da y toma con intensidad.
Nunca mires atrás.



Primera Parte

Weirdo



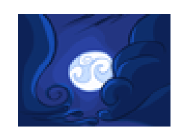
Uno

Las pupilas de Rosa recorren la carretera de lado a lado, buscando. Los arcenes, necesita mirar en los arcenes. En los arcenes siempre hay algo. Rosa es una mujer alta, muy flaca. Tiene el pelo pobre y sucio, las uñas mordidas. Cuarenta y seis años. Nunca se maquilla. Nunca se ríe. Hace mucho tiempo que Rosa no tiene tiempo para sí misma. Mucho tiempo: dieciséis años, once meses y veintinueve días. Siempre lleva la cuenta.

Rosa conduce encorvada, echada hacia delante, con las manos sobre el volante como si fueran dos garras. La lluvia dificulta la tarea. Ahora cae muy fuerte. Es como si también esto ocurriera demasiado rápido. Rosa mira el reloj digital del coche. ¿A qué hora anochecerá? Es el primer día después del cambio al horario de invierno. Hoy el día será más corto, y la noche, interminable. El invierno se acerca y Rosa odia el invierno. En los meses de frío, todo es mucho más complicado. Y en los arcenes difícilmente se encuentra nada.

Rosa aprieta el freno hasta el fondo. Ha visto algo. Las ruedas del vehículo se deslizan bruscamente sobre el asfalto mojado. La presa es de tamaño mediano. Tal vez un corzo, o un zorro. Con un poco de suerte, no llevará muerta mucho tiempo. Rosa se acerca, cautelosa. Pasa muy de tarde en tarde, pero a veces se encuentra con animales que todavía están vivos. Una vez encontró un jabalí que parecía muerto y, cuando se acercó, por poco la muerde. Le dio tal susto que desde ese día lleva un palo en la maleta, para golpear con él a los bichos antes de tocarlos. Para asegurarse.

Hoy hace lo de siempre. Con el palo por delante, se acerca al animal que yace en la cuneta. La lluvia, que arrecia, la empapa de pies a cabeza en solo un momento. La mujer golpea el cuerpo con el palo. Se asegura de que no hay peligro. Ha tenido suerte: es un zorro. Debe de pesar unos ocho kilos. Y no lleva mucho tiempo muerto, a juzgar por su aspecto. Rosa suspira, aliviada. Ha sido una gran suerte encontrarlo, con este tiempo. Deja el palo en la maleta, mira hacia todos lados para comprobar que no viene nadie y agarra el zorro con las dos manos. Lo levanta tirando de las patas del lado derecho. Lo mete en el maletero, cuyo interior está cubierto por un hule, y lo deja junto a la gran bolsa de plástico oscuro que, naturalmente, se ha preocupado de cerrar bien. No se detiene a observar la calidad de la pieza que acaba de cobrarse. No puede perder ni un minuto. No quiere que se le haga de noche antes de llegar a casa.



Sube de nuevo al coche, empapando el asiento y la alfombrilla, y sale de allí a toda prisa.

Durante lo que queda de camino —unos treinta kilómetros—, no deja de inspeccionar las cunetas, pero sabe muy bien que será difícil, casi imposible, encontrar algo más. La suerte no es muy aficionada a presentarse dos veces el mismo día.

A lo lejos, en lo alto de la hondonada, distingue las primeras luces titilantes de Valdelobos. Mira el reloj. 17:47. Ya debería estar llegando a la planta incineradora. Aprieta el acelerador. Los limpiaparabrisas producen un ruido acompasado y desagradable. La lluvia golpea el cristal con furia. Rosa pone la radio, sin dejar de mirar a todos lados. No se ve un alma en ninguna parte. No le extraña. Aquí no vive nadie. Las pocas personas que pueblan el valle se concentran en Valdelobos y sus alrededores.

Tras atravesar un auténtico diluvio, Rosa llega a la zona donde se alinean un par de destartaladas naves industriales. Aparca frente a la que tiene un aspecto menos descuidado y hace sonar la bocina tres veces, para anunciarse. Luego sale del coche, se dirige con movimientos rápidos, compulsivos, al maletero y saca la bolsa de basura negra y cerrada. Pesa bastante. Con ella en la mano, se adentra en el hangar principal. Es un lugar lóbrego, helado. Las goteras se filtran desde el techo y encharcan el suelo.

Desde el fondo, con paso tranquilo, camina hacia ella un hombre de unos cincuenta años, calvo, relleno y vestido con una bata blanca.

—Hola, Hipólito. Hoy voy muy tarde. Casi no tengo tiempo de nada —le saluda Rosa.

—El cambio de hora, ¿eh? Menos luz.

—Sí, menos luz —confirma mientras le entrega la bolsa—. Es decir, menos tiempo. Ya he pedido el favor de todos los años y desde hoy salgo a las cinco. ¿Te importa hacerlo tú solo? ¿O prefieres que la vacíe yo?

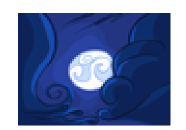
El hombre sopesa la bolsa antes de contestar.

—Tranquila. No importa. ¿Qué es?—dice señalando la bolsa.

—Un perro.

—Sería grande —sopesa Hipólito.

—Un setter. Debió de perderlo un cazador el fin de semana pasado. Ni siquiera estaba herido.



El hombre arquea las cejas, impresionado.

—Te había hecho café —dice con resignación.

Se quedan en silencio, mirándose. Hace frío. Rosa se sube el cuello del chaquetón.

—Te agradezco mucho todo lo que haces, de verdad.

—No hay nada que agradecer —dice el hombre—. Ya sabes que cuentas conmigo para lo que quieras.

—Gracias, Poli. De verdad —dos segundos, un suspiro, una pausa en el ritmo acelerado de la jornada, y Rosa pregunta—: ¿Te vas ya a casa?

—En cuanto termine con tu perro cazador.

Rosa sonríe. Echa un vistazo hacia el interior de la planta. No queda nadie. Como de costumbre, Hipólito se ha quedado solo por esperarla. Otra razón para que no se le haga tan tarde. Añade:

—¿Vendrás mañana? Es el cumpleaños del niño.

—Claro que sí. ¿Cuántos…?

—Diecisiete.

Hipólito parece incrédulo. Como si la cifra que acaba de escuchar no le pareciera posible. Llega a su conclusión:

—Ya es un hombre.

Pero Rosa salta al instante:

—Para mí nunca lo será.

Un silencio tenso, al que la lluvia pone banda sonora.

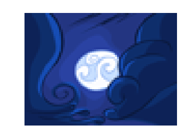
—Gracias por todo, Poli —dice ella agarrando el fuerte antebrazo de su amigo, en un gesto más de gratitud que de cariño. El hombre corresponde levantando ligeramente el labio superior, en un ensayo muy tímido de sonrisa—. Otro día me tomo ese café, prometido.

—Tranquila —responde él.

Luego, Rosa da media vuelta y se dirige a la salida. Nada más ver la escasa luz que le queda a la tarde, susurra:

—Dios mío.

Hipólito la ve entrar en el coche, dar marcha atrás, alejarse bajo la lluvia. Se pregunta si Rosa se dará por vencida, si algún día terminará esto. Qué ocurriría si no se preocupara tanto.



Desde que la conoce, y hace ya más de quince años, Rosa vive en esta zozobra constante que nada ni nadie parece capaz de calmar.

La mujer acelera. Por estas carreteras rara vez se cruza con otros vehículos, de modo que a nadie le importan demasiado. No hay radares, ni patrullas vigilando. Puede darse prisa. Además, la lluvia parece que va remitiendo. Cuando enfila la última recta, ya apenas cae una fina llovizna. A lo lejos, Rosa vislumbra los primeros techos de pizarra, y más allá, los campos de labranza, los viejos castaños y la carretera que conduce a la explotación agrícola Los Halcones, erigida en mitad de la nada hace ya casi seis décadas. Junto a lo que antaño fueron campos de labranza, se levantó en los buenos tiempos una casa de dos plantas para los guardas. Esa fue la casa que Rosa compró cuando decidió instalarse aquí con su hijo, huyendo de la ciudad y, sobre todo, de la gente. Es una casa amplia, de anchos muros de piedra y techo de pizarra, que ella reformó para convertirla en su refugio, su hogar, su retiro. La verja que la circunda ya había sido instalada, y con una mano de pintura y algo de aceite quedó como nueva.

En Los Halcones no hay nadie en esta época del año, de modo que está sola en varios kilómetros a la redonda.

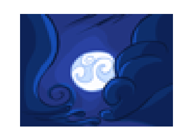
Cuando apaga el motor, el silencio del campo le parece sobrecogedor. Es un silencio que duele, que provoca el vacío. Rosa piensa que si se quedara aquí, quieta, sola, escuchando, terminaría por volverse loca.

Sale del coche para abrir la cancela. Aparca en el jardín, frente a la entrada, y cierra con llave. Tiene la sensación de que ha llegado por los pelos. Abel debe de estar despertando. Antes de sacar su cargamento del maletero, aún hay un acto rutinario más con el que debe cumplir. Deja el vehículo abierto y recorre el camino que rodea la casa. El lateral izquierdo, en primer lugar. Una por una, revisa las trampas. Algunas están ocultas bajo los arbustos. Hay dos al pie de los rosales. Las demás las instaló en la parte de atrás. Incluso cavó una en el suelo y la cubrió con ramitas. Con el tiempo, ha resultado la más efectiva.

Hoy la lluvia debe de haber espantado a las posibles presas. Las trampas están intactas, expectantes, con sus fauces abiertas y vacías. Sin víctimas. Todas, excepto una. Mientras da la vuelta por la parte posterior de la casa, Rosa oye un quejido diminuto. Un animal atrapado.

Bingo.

A juzgar por su modo de lamentarse, no debe de ser muy grande. En efecto, nada más tomar el camino lateral, lo distingue. Es una comadreja. Está oronda, pero como mucho puede pesar medio kilo. Lo cual significa unos ciento setenta y cinco gramos de sangre fresca. Ni medio vaso. Ni para empezar.



Sea como sea, se lleva la mano al bolsillo del chaquetón y saca un guante de jardinero. Con él protegiéndole la mano, agarra al animal y lo libera del cepo que le ha destrozado la pata. Luego vuelve a la parte delantera y lo mete en una de las grandes jaulas vacías que instaló junto a la puerta principal.

Una vez, el capataz que en verano se encarga de cuidar la explotación vecina se lo preguntó:

—¿Para qué son las jaulas?

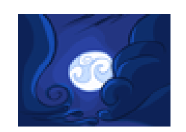
No supo qué decirle. El vecino nunca volvió a curiosear. Igual vio algo. Igual alguien le contó alguna historia de miedo.

Rosa rebusca ahora en la guantera para sacar el puñado de llaves. Mañana tiene el día libre, así que podrá darse un baño, pintarse las uñas, ver una película, tranquilizarse un poco. Por la tarde, a primera hora, saldrá a recorrer los caminos. O tal vez por la mañana. Después de la lluvia, los animales necesitarán comer, y a lo mejor hay suerte. Siempre tiene la esperanza de capturar alguno vivo.

La casa recuerda a un búnker. Ni una sola ventana en la planta baja; la única abertura es la puerta principal. En el piso de arriba, la cosa no es mucho mejor. Dos ventanas delanteras que dan al camino. Dos posteriores que dan al pedazo de tierra que ellos llaman «jardín». Las delanteras corresponden a la habitación de Rosa y a su cuarto de baño. Las otras, al salón comedor. El resto son habitaciones interiores, oscuras como un mal presagio. Antes había más ventanas, como en todas las casas, pero Rosa mandó tapiarlas.

En la puerta principal hay cuatro cerraduras. Rosa las abre una por una, alternando las llaves con una maestría aprendida hace mucho tiempo. La entrada comunica con un espacio vacío, parecido a un hangar, solo habitado por una mesa de billar que nadie usa nunca, una chimenea, una carretilla y algunos trastos (jaulas, una pala, la manguera).

Rosa se cerciora de que todo está en orden antes de secarse los pies en el felpudo y agarrar la carretilla metálica. Con ella se dirige al coche, sujeta el zorro muerto por las patas y lo deposita sobre la cubeta de un golpe. Antes de entrar otra vez en la casa, observa con preocupación a la comadreja. No parece muy animada. Deja un momento la carretilla y camina hasta un banco de madera donde se amontonan bebederos de distintos tamaños. Toma uno —el más pequeño— y lo llena de agua en un grifo que sobresale del muro. Luego se acerca a la jaula donde languidece el bicho, abre con cuidado la portezuela y deposita el bol cerca del animal. La comadreja se acerca sin muchas ganas al bebedero.



Rosa agarra de nuevo la carretilla, entra en la casa, la deja junto a la chimenea y cierra las cuatro cerraduras.

El cuerpo exánime del zorro le recuerda una prenda abandonada.

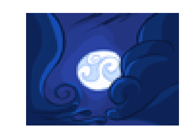
Solo al terminar se siente un poco más tranquila. Suspira. Mira el reloj. 18:22. Tiene que conseguir organizarse mejor. No prolongar su jornada ni cinco minutos, por mucho que se lo pida el encargado, como ha ocurrido hoy, o que algún cliente venga a última hora con exigencias. A las seis menos diez debe de haber llegado a Valdelobos. Del pueblo a su casa no tarda ni un cuarto de hora. Su jefe tiene razón cuando le dice que está histérica. Tiene sus razones. Necesita tranquilizarse como sea.

Sonríe con tristeza. Tranquilidad. ¿Cuánto hace que no sabe lo que significa de verdad esa palabra?

Más allá de la puerta de entrada, otra puerta y otras dos cerraduras. Las abre. Con paso cansino, sube las escaleras. A partir del último escalón comienza su verdadera vida. La que la tortura día y noche desde hace dieciséis años, once meses y veintinueve días. Pero, por otra parte, la única que tiene. Aquella de la que ni puede ni sabría escapar.

—Hola, hijo, ya estoy en casa —saluda con voz cantarina, aparentando normalidad—. Espera a ver lo que te he traído para cenar.





Dos

A las 18:17, Abel comienza a despertar. Lo primero que piensa es: «¿Qué hora será?». Le parece raro no escuchar ningún ruido abajo. Ni pasos, ni cerrojos oxidados, ni el motor del coche, ni el gemido de ningún animalito inocente… Nada. Se alegra. Paladea su soledad, la disfruta. Adora el otoño. Más aún, el invierno. En los meses más fríos, las noches son tan largas y comienzan tan temprano que dispone de un rato para sí mismo antes de que llegue su madre. Claro que luego tiene que soportar los malos humores de Rosa, sus nervios innecesarios, sus prisas.

Ya no sabe cómo decírselo: no tiene por qué preocuparse. Es mayorcito y sabe cuidar de sí mismo. No tiene por qué correr tanto por la carretera, ni mucho menos pedir favores al dueño de la gasolinera para que la deje salir antes. Incluso podría irse por ahí, a cenar con alguna amiga o con Hipólito. Cuando se lo dijo, Rosa le miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿Una amiga? —soltó una carcajada amarga—. ¡Como si tuviera alguna!

Y, por supuesto, su madre zanjó la cuestión.

—Aunque creas que no, me necesitas. Yo siempre estaré contigo. Para eso soy tu madre —repuso.

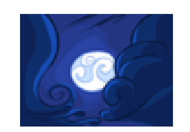
Abel se quedó pensando. Siempre. Del latín *semper,* que significa «en todo momento». Y se preguntó si su madre pensaría de cuánto tiempo estaban hablando y qué ocurriría después. Porque es evidente que en algún momento las madres deben dejar de cuidar de sus hijos.

En invierno, y eso es lo malo, Rosa está desquiciada continuamente. Es insoportable. Tanto que a veces, cuando la oye llegar, se hace el dormido para darle tiempo a tranquilizarse. Ha comprobado que después de una ducha y de una visita a la nevera, el humor de su madre mejora mucho.

Para que luego digan que el cambio de hora solo reporta beneficios.

Alarga el brazo hacia la mesilla y enciende la lámpara. Proyecta una luz muy tenue, que apenas molesta a los ojos. Ideal para acostumbrarse a la tonalidad del mundo.

Piensa que sería agradable, alguna vez, pasar una noche completa a solas. Desconoce por completo esa sensación. La intimidad. Le encantaría probarla,



aunque solo fuera una vez. Hacer algo sin que su madre estuviera vigilándole, cualquier cosa. Nunca se lo ha pedido a Rosa a las claras. ¿Para qué? Conoce la respuesta.

Poco a poco va integrándose en el mundo. Como siempre, no recuerda nada de lo que ha soñado. Cada día se interroga al respecto, con la esperanza de obtener alguna respuesta. Pero cada día se dice lo mismo: «Nada, el vacío».

Sus sueños son una pantalla en blanco. Un silencio continuo y desolador.

Su madre dice que es uno de los síntomas de su enfermedad y que debe aceptarlo con resignación. Resignación. Su enfermedad. Aceptarlo. A veces es como si su madre hablara en un idioma desconocido.

«¿Qué día es hoy?», se pregunta.

Entonces oye los pasos de Rosa subiendo la escalera.

—Hola, hijo, ya estoy en casa —la escucha decir, jovial, al llegar arriba—. Espera a ver lo que te he traído para cenar.

Su madre se detiene en el umbral de la puerta de su habitación y sonríe. Está demacrada. Parece mucho más vieja que de costumbre.

—Mañana es tu cumpleaños —dice ella, fingiendo una alegría que le sale fatal.

—¿Estás cansada? —le pregunta.

—He venido a toda prisa —y añade, como si fuera necesario—: Ya han cambiado la hora. Hoy es el primer día del nuevo horario…

—Ya lo sé. El horario de invierno.

—No sabía si te acordabas y no quería que te encontraras solo.

—Me acordaba, madre. No hacía falta que corrieras.

Rosa suelta una risilla extenuada:

—Soy una tonta, ya lo sabes.

Abel se incorpora, se despereza. Rosa continúa el camino hacia su cuarto. Por el pasillo la oye decir:

—Mañana cumples diecisiete años, cariño. A ver si tengo suerte y consigo traerte algo especial.

—No hace falta, madre.

—Claro que sí. ¿Cómo te apetece que lo celebremos?

—No lo sé.



Abel miente. Le gustaría, por una vez, un cumpleaños diferente: salir al jardín, dar una vuelta en coche, pasear por el camino que lleva a Los Halcones, contemplar la noche estrellada bajo los árboles… Nada de todo eso es posible si se atiene a las normas de su madre, lo sabe. A pesar de todo, se atreve a decir:

—Me gustaría salir de casa.

Rosa enmudece. Termina de quitarse la ropa. Su voz suena vacilante y débil cuando dice:

—Bueno, ya veremos. Ya sabes que no me gusta.

Abel protesta, aunque sabe que es en vano:

—Mamá. Ya no tengo cinco años.

Rosa salta de nuevo. Segunda vez en la misma noche y por el mismo tema:

—Para mí siempre serás mi bebé.

Abel detesta esa frase. Suspira cansado. Oye a su madre entrar en el baño y poner en marcha la ducha. Se queda en silencio, sentado en la cama, pensando. Saliendo del sueño lentamente. Cuando, unos quince minutos después, Rosa abre la puerta del baño, su voz no acusa ni rastro de la conversación anterior.

—Hoy he encontrado algo bueno —dice ella— y, además, tengo una sorpresa especial para ti.

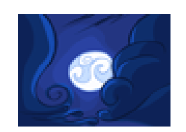
Abel deja escapar un suspiro. Se quita el pijama y se pone unos vaqueros negros que le vienen grandes y una camiseta blanca, de algodón. Su estómago lanza un rugido que recuerda al de un tigre. Busca sus zapatillas y se las calza. Se queda un momento quieto, mirándose los pies, intentando reaccionar. Necesita un rato más para sentirse en plenitud de facultades. Eso, según su madre, también forma parte de su enfermedad.

—¿No quieres saber qué es? —pregunta Rosa.

—¿El qué?

—La sorpresa.

«No, madre, no quiero verla. No me interesa tu sorpresa, que de todos modos ya puedo imaginar. Y aunque nunca me atrevería a decírtelo de esta forma, tampoco me interesa mi vida. Nuestra vida. La vida que tú quieres para mí. Cada vez comprendo menos tus desvelos, tu intranquilidad. Sufres porque quieres sufrir, madre. Yo no te lo pido. Yo te podría ahorrar parte de esos sufrimientos si me dejaras ser como soy. Ser *lo* que soy. Estoy cambiando, madre, aunque tú no quieras darte cuenta. No porque vaya a cumplir diecisiete años, sino porque ha ocurrido algo. Ha ocurrido *alguien.* Nunca como ahora



había sentido que ya no soy un niño. Parece increíble, madre, pero creo haber encontrado a alguien que me comprende».

—¡Un zorro atropellado! ¡Está muy fresco! —exclama ella, exultante, y sus ojos brillan con picardía al añadir—: Pero tengo algo más. Algo vivo. Ha caído en las trampas del jardín.

Rosa ha pronunciado esta última frase como si anunciara algo portentoso. De pequeño, desde luego, se lo parecía. Le encantaba salir al jardín, desde el mismo momento en que su madre abría una a una las cerraduras de la puerta principal. Era algo estupendo, un instante de libertad del que gozaba al máximo.

Ahora, sencillamente, las cosas son distintas. Comenzando por él. No tiene los mismos gustos que hace diez años. Su madre no quiere darse cuenta.

—Claro—contesta para no herirla—, ¿qué es?

—¡Ven!

Rosa agarra la mano de su hijo y baja la escalera. Es un movimiento muchas veces repetido pero que hoy, por primera vez, a Abel le parece ridículo. Es bastante más alto que ella. Sus manos pálidas también son mucho más grandes.

Juntos atraviesan la segunda puerta, la que comunica con el hangar de la chimenea, y luego Abel espera con la paciencia de siempre a que su madre termine de hacer girarlas llaves.

Finalmente, el paso queda libre y ella le indica con mucho misterio:

—En la segunda jaula. A ver si te gusta.

La puntualización no era necesaria, porque todas las jaulas están vacías excepto una, en cuyo interior Abel distingue el cuerpecillo ensangrentado de una comadreja. El chico propina unos golpecitos sobre los barrotes y se vuelve hacia Rosa.

—Está muerta, madre —dice.

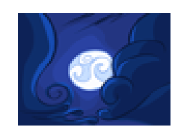
—¡No puede ser! Si acabo de meterla… —con el rostro descompuesto, observa el interior de la jaula. También ella golpea los barrotes—. Eh, tú, bicho, ¿para esto te he dado agua?

No hay duda: con agua o sin ella, la comadreja está muerta.

Abel tuerce la boca en una expresión disgustada y su madre le secunda.

—Anda, pasa, peligrito. No le des más vueltas, ¿de acuerdo? Ya me ocupo yo.

—¿No podríamos quedarnos un poco más aquí fuera?



—Ni hablar. En esta época ya refresca mucho. Han dicho que esta noche va a helar.

Abel no sabe para qué pregunta, si conoce todas las respuestas. Entran de nuevo. Rosa deja la comadreja sobre la mesa de billar y se esmera en cerrar bien las cerraduras, una por una. Mientras tanto, Abel acaricia aquel bicho con una pata destrozada que yace sobre el tapete verde. Aún está caliente. El chico no ha medido las consecuencias de sus actos. Le ha acariciado por compasión, con ternura humana. Sin embargo, el calor corporal de la comadreja ha disparado en él algo innato, insufrible. Su instinto. Ese que trata de dominar. Con un gesto casi desesperado, ha agarrado al bicho con ambas manos, lo ha dispuesto panza arriba, como si fuera una peluda mazorca de maíz, y lo ha olfateado rápidamente. Con avidez. A continuación ha hundido sus colmillos en el diminuto cuerpecillo y ha succionado con todas sus fuerzas. La sangre ha pasado del mamífero a su boca en apenas unos segundos. Dulce, tibia, espesa savia de comadreja. Le encanta, es una de sus favoritas.

Cuando su madre termina y se da la vuelta, todavía alegre, confiada, desprevenida, tropieza cara a cara con una escena a la que, por muchos años que pasen, nunca logrará acostumbrarse. ¿Cuántas veces le ha dicho a su hijo que debe comer en la bañera, el único lugar donde borrar los restos del festín no le cuesta una enfermedad? Sabe que no es culpa del muchacho, que sus instintos son mucho más fuertes que su voluntad. Y contra el instinto, Rosa lo sabe, no tiene nada que hacer.

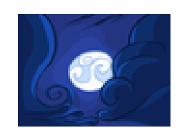
La boca de Abel rezuma sangre, igual que sus manos, igual que el cuerpecillo exánime del mustélido. Una sangre espesa, oscura, aterciopelada. Han caído gotas al suelo, y también mancha la ropa de Abel. Pero lo peor es el gesto de su hijo, cómo encorva la espalda para comer, la imagen del placer dibujada en su rostro. Un gesto, una expresión, una urgencia que no son humanos. Es la actitud que define a su pequeño como aquello que es casi desde el inicio de su vida: un hematófago, un chupasangre. Un ser enfermo y sin solución posible.

—Lo siento mucho, madre —dice Abel, avergonzado, y arroja el cuerpo de la comadreja al suelo, con descuido.

El animal parece la monda de un plátano recién despojada del fruto.

—Ahí no —regaña Rosa señalando el cadáver—. Ya sabes para qué están las bolsas negras.

Abel obedece, dócil. Recoge el cadáver y lo lleva al rincón, donde aguarda el cubo con la bolsa de plástico. Lo arroja al interior. La comadreja cae con un plof seco, insignificante.

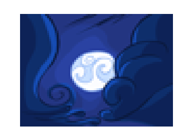


—Ahora vienes conmigo y te doy el cubo y la fregona. Tú lo haces, tú lo limpias, ya sabes —sermonea Rosa, sin dejar de señalar la sangre que mancha el suelo con un dedo acusador.

Abel se limpia la boca con el dorso de la mano. La camiseta blanca también está manchada.

—Pero antes, por favor, lávate y cámbiate de ropa, hijo. Parece mentira, estás hecho un asco.

El chupasangre, cabizbajo, obedece.



Tres

Hasta trece meses después de su nacimiento, Abel fue un bebé normal. Rosa le llevaba de paseo en su cochecito y de vez en cuando le ponía al sol, como hacen las madres con los bebés, para que se le fortalecieran los huesos. Era un niño robusto, de piel rosada y suave, que reía a todas horas, incluso cuando dormía. No se parecía en nada al ser taciturno en que se convirtió después.

Rosa siente que tuvo la culpa. Y su maldita mala suerte. Hay personas, está convencida, que nacen con la sombra del infortunio a cuestas. Ella, sin ir más lejos.

Además, hay desdichas que tienen nombre propio. La suya se llamó Arístides. Un nombre misterioso para un ser fugaz a quien ojalá no hubiera conocido nunca.

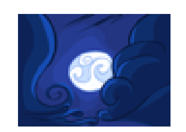
Apareció de pronto en la gasolinera, igual que tantos otros clientes. Era muy atractivo —unos veinticinco años, cuerpo de gimnasio, pelo largo de color azabache—, vestía de negro de pies a cabeza y conducía un coche deportivo, caro, también negro. Llegó poco después de que cayera la tarde. Rosa pensó que el destino había cruzado sus caminos. Luego supo que no había sido cosa del destino ni de la casualidad. Él la detectó. Arístides sabía muy bien adónde iba. Sus instintos le alertaron y, como siempre hacía, los siguió sin contemplaciones.

Nada más bajar del vehículo, Rosa reparó en él. Resultaba difícil no fijarse: ancho de espaldas y de cintura estrecha; sus brazos y sus poderosos músculos marcados bajo la ceñida camiseta atraían las miradas. Barba de un par de días, gafas de espejo, labios carnosos, ojos brillantes. Manos de dedos largos, estilizados. Uñas perfectamente recortadas. En resumen: un aspecto impecable y un cuerpo precioso.

—No sabía que las diosas trabajaban en las gasolineras —dijo él, nada más olerla.

Rosa le calibró con la mirada. Nunca había salido con un hombre más joven que ella. Era la primera oportunidad que se presentaba desde…

Sonrió. Esforzándose por que el gesto no pareciera premeditado, se soltó el pelo. Un mechón de cabellos cobrizos le cayó sobre la mirada. Se alegró de haber ido a la peluquería el día anterior y de haberse teñido de un color tan



sexy. Lo hizo porque se acercaba la Navidad y porque la idea de no hacer nada especial para celebrarlo la deprimía.

—¿No vas a decirme nada, ojos bonitos? —preguntó el desconocido, dejando un billete grande sobre el mostrador y arrastrándolo con la mano hasta que sus dedos tocaron los de ella.

Las pulsaciones de Rosa se aceleraron. En cuestión de segundos, valoró los pros y los contras de aquella extraña oportunidad.

Hacía muchos años que sabía reconocer a los cazadores de presas fáciles. Eran vistosos e irresistibles, atraían a sus víctimas gracias a su encanto, conseguían de ellas lo que habían ido a buscar y luego escapaban sin ser vistos y sin mirar atrás. En otra época los detestaba, porque aún creía en el amor eterno. A los treinta años recién cumplidos, Rosa había dejado de creer en el amor y prefería creer en sí misma. Sobre todo después de que el último y el primero de los amores de su vida la abandonara para siempre, dejándola embarazada del bebé de ambos.

Ya no buscaba hombres con los que compartir su vida. Le bastaba con encontrar alguno que la hiciera feliz durante una noche. Que le permitiera volver a sentirse deseada, que la ayudara a relajarse, que la llevara a dar una vuelta en su cochazo. Si era guapo, mejor aún. Si sabía decir cosas de las que no se olvidan, casi perfecto.

Arístides resultó el candidato ideal.

Antes de dejarle repetir la pregunta, cuando comenzaba a sentir que el desconocido se impacientaba, Rosa espetó:

—Creo que eres mi regalo de Navidad.

Él sonrió.

—Y además, estoy de oferta —dijo.

La miró de tal modo que Rosa sintió un escalofrío recorriendo su cuerpo como una corriente eléctrica.

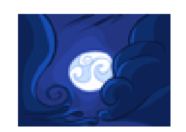
—¿A qué hora paso a recogerte? —preguntó él.

—Salgo a las siete.

—Perfecto, mi diosa. Vendré un poco antes, para que no se me adelante otro.

Se dio cuenta de que le miraba los pechos. Le pareció que se pasaba la lengua por el labio superior, como relamiéndose. Deliciosamente descarado.

Rosa sonrió con picardía y explicó:



—Esta no es mi talla, eh. Es que tengo un hijo lactante.

Arístides asintió con la cabeza.

—Sí, ya lo suponía —repuso, sin dejar de mirarla.

También ella le miró el trasero mientras se alejaba, experimentando un cosquilleo de emoción en el estómago.

Aquella iba a ser una buena noche. Se sintió como nunca antes: afortunada.

Un rato antes de salir, telefoneó a su amiga Merche y le preguntó si podría quedarse un rato más con el bebé. Hasta las diez.

—Si le das de comer, no te dará guerra —explicó—. Es muy dormilón, nunca aguanta después de las ocho de la noche.

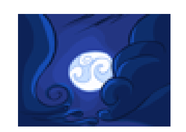
Merche ni siquiera quiso escuchar sus explicaciones.

—Claro que sí, mujer. Disfruta, te lo mereces. Como si me lo quieres dejar toda la noche. Por mí, no hay problema.

No, toda la noche no. Rosa no podía imaginar pasar una sola noche sin su pequeño. Le consideraba lo único realmente bueno que le había otorgado la vida, aunque fuera a través de aquel idiota irresponsable y cobarde que por casualidad fue su padre. En los trece meses que Abel llevaba en el mundo, Rosa no había vivido más que para él, olvidándose de todo lo demás: de salir, de tener tiempo para sí misma, de relacionarse con algún amigo especial. Como mucho, suponiendo que tuviera el día libre, acompañaba a Merche al supermercado y se llevaba a su bebé. El resto de la semana lo pasaba trabajando en la gasolinera mientras su amiga, que tenía una tienda de flores, le hacía el inmenso favor de cuidar de su pequeñín. Solo había conseguido una plaza de medio día en la guardería pública, de modo que si no fuera por Merche, habría tenido que dejar de trabajar. Por suerte, existían amigas como ella, dispuestas a sacrificarse por otras personas.

A las dos y cuarto, Rosa llamaba todos los días a su amiga y le preguntaba por Abel. Si había comido, si dormía, si estaba contento… Cuando estaba enfermo era un verdadero suplicio para ella, porque su jefe no le perdonaba ni media hora y debía permanecer detrás del mostrador, sonriendo a los clientes, mientras su corazón y su pensamiento estaban al lado de su pequeño.

Por suerte, el niño había salido fuerte y no enfermaba con facilidad. Seguramente —pensaba Rosa— guardaba alguna relación con el modo en que lo estaba criando con su propia leche, como siempre había soñado. Aunque debía reconocer que amamantar y trabajar fuera de casa era muy difícil. A pesar de que se sacaba leche con un artilugio mecánico y se la entregaba a Merche



para la merienda de Abel, a partir de media tarde volvía a sentir sus pechos a punto de reventar. Nada más llegar a casa, buscaba a su pequeño, que a esas horas se moría de hambre, y le alimentaba. El niño succionaba con energía, con una vitalidad contagiosa, que a Rosa la hacía reír de felicidad. Su cuerpo, como su vida, estaba completamente al servicio de las necesidades de su hijo.

Salvo aquel día. Se acercaba Navidad y Rosa había decidido ser un poco egoísta, aunque solo fuera por una vez.

Entró varias veces al cuarto de baño antes de terminar la jornada, aprovechando pequeños ratos de inactividad en la caja. Se delineó los ojos con un grueso lápiz negro. Se pintó los labios de color cereza madura. Se cepilló el pelo con cuidado. Por suerte, llevaba su camiseta negra, la más escotada que tenía, que permitía adivinar sus pechos dos tallas más grandes de lo normal. Los contempló en el espejo, satisfecha, y por primera vez pensó que tal vez estar amamantando a su bebé tendría algún beneficio inesperado para ella.

A última hora cambió su bata por su chaqueta de piel, y sus zapatos planos por otros de tacón que guardaba desde hacía meses en su armario, por si se presentaba la ocasión de estrenarlos. Al calzárselos, la novedad la hizo sentir atractiva. Salió caminando con aires de modelo de pasarela, tras despedirse de los compañeros con voz alegre. Se dio cuenta de que su jefe le miraba las piernas.

Su regalo de Navidad ya estaba allí. La saludó con una galantería encantadora:

—Esta será tu noche, mi diosa. Te prometo que no la olvidarás.

Rosa no preguntó adónde iban. Le daba lo mismo. Estaba dispuesta a seguir a aquel guapo ligón adónde quisiera llevarla.

Le extrañó que no le propusiera ir a cenar, pero se lo perdonó. A cambio, la llevó a un mirador en la montaña, desde donde le enseñó las estrellas. Constelación por constelación, le contó historias fascinantes de guerreros míticos, de amantes eternos y de pasiones imposibles, mientras la abrazaba y la besaba por primera vez. La noche era fría, pero el cuerpo de Arístides ardía como si tuviera fiebre. En ese momento, Rosa no comprendió. No sabía nada de los de su clase, como casi nadie. Se limitaba a disfrutar del calor y de la compañía, y también del modo en que él la abrazaba por la cintura, le agarraba las manos o le besaba el cuello.

Eran cerca de las nueve y media cuando Rosa dijo:

—¿Te apetece tomar una copa en mi casa?



Tenía que volver. Le había dicho a Merche que, como mucho, pasaría a recoger a Abel a las diez. No había habido sexo, y no quería renunciar a él aún, pero su hijo era lo primero. A su acompañante no pareció importarle.

—Claro, vamos a tu casa —dijo—. Nunca he visto dónde viven las divinidades.

—Creo que vas a llevarte una decepción —murmuró ella mientras el deportivo se ponía en marcha.

Aparcaron en la calle del barrio periférico donde ella vivía desde hacía un par de años. Mientras él maniobraba para dejar el coche en una hilera de vehículos en batería, ella anunció:

—Ahora vuelvo, debo hacer algo importante.

Merche vivía sobre la tienda de flores, dos portales antes del suyo. Desapareció tras una puerta de cristal y aluminio y no se demoró ni diez minutos —lo necesario para recoger al bebé y sus muchos bártulos—. Salió a la calle empujando el cochecito.

Al verla, Arístides respondió con una expresión extraña. Como si conociera al niño y se alegrara de volver a verle.

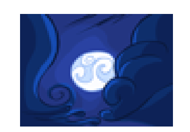
—Este es mi hijo —anunció Rosa, mostrando la evidencia y acariciando la mejilla suave del niño, que dormía con placidez—. Espero que esto no cambie los planes.

Arístides miró al pequeño con ojos brillantes. Rosa pensó que tal vez se había equivocado con él. Igual era de esos pocos especímenes masculinos que aspiran a una vida de verdad, e incluso sueñan con ser padres. Esos hombres que ocupan las mejores ensoñaciones de gran parte de las madres solas del planeta.

—Por supuesto que no cambia los planes —sonrió él, encantador, mirando al bebé—. Es precioso. Eres una mujer muy afortunada.

Rosa se sintió bien. Como si conociera a Arístides desde hacía mucho tiempo. Dejó al niño en su cuna y abrió una botella de vino bueno, que reservaba desde hacía tiempo.

Le gustaba la gente que no pregunta. Que no mete las narices donde no la llaman. Sentados sobre la alfombra, apoyados sobre almohadones y hablando de mil asuntos, se bebieron la botella entera. Al terminar la segunda copa volvieron a besarse, y un rato después hicieron el amor —varias veces— allí mismo. Arístides tenía la piel áspera y el cuerpo ardiendo, pero era el mejor amante que había conocido. Atento e incansable. Fue el mejor regalo de Navidad de toda su vida.



Cuando cayó, rendida de cansancio, él fue a buscar para ella una almohada y una manta. La arropó allí mismo, sobre la alfombra.

—Debo darle de comer a Abel —murmuró, agotada.

—Descansa. Tu hijo está dormido. Te avisaré cuando despierte —le dijo su amante al oído con voz dulce.

Los pechos le dolían. Los tenía hinchadísimos. A pesar de todo, hizo caso de lo que acababa de oír. Aquellas palabras fueron lo más bonito que le habían dicho en mucho tiempo. Por primera vez en trece meses se relajó, delegó la responsabilidad. Durmió de verdad, sin alertas. Bajó la guardia.

Antes de sumergirse en el sueño, Rosa escuchó una especie de rugido. Muy cerca. Parecía salir del estómago de su invitado.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—Nada. Descansa. No es nada.

Hoy sabe muy bien lo que era: Arístides tenía hambre. Cuando los chupasangres se sienten hambrientos, sus tripas rugen como siete leones.

Rosa durmió de un tirón. Fue un sueño delicioso, plácido, larguísimo. En realidad, fue el último descanso verdadero de su vida.

Cuando despertó, el sol entraba a raudales en el salón, y Arístides ya no estaba.

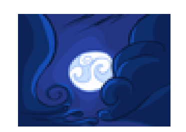
«En algo tenía que ser como los demás», pensó, resignada.

Entonces sintió un dolor intenso en los pechos y eso le recordó de inmediato al bebé. ¡Llevaba un montón de horas sin comer! Se levantó de una vez, sobresaltada.

La casa estaba en un silencio extraño. ¿Qué hora era? ¿Cómo era posible que Abel no se hubiera despertado? ¿Le habría ocurrido algo? ¡Nunca había aguantado tanto tiempo con el estómago vacío!

Corrió hasta la habitación de su hijo, con el peor de los presentimientos retumbando en su corazón. El cuarto permanecía a oscuras, la ventana cerrada y la persiana abajo.

Abel estaba en su cuna, boca arriba, muy quieto, con los ojos cerrados. Por un momento, Rosa pensó que había muerto. Lo miró con horror, al borde del llanto. Apartó la sábana del cuerpo diminuto. Entonces se dio cuenta de que dormía plácidamente, aunque su respiración era muy lenta, casi imperceptible.



Siguiendo su instinto, lo tomó en brazos. Lo primero que sintió fue la temperatura. Como si tuviera mucha fiebre. Se lo acercó al pecho desnudo, intentó darle de comer. El niño no reaccionó. Su sueño era tan profundo como nunca antes. Rosa insistió una y otra vez (¿qué hay más terco que una madre?), hasta que Abel volvió la cara, con una mueca de asco, y amagó una arcada, aunque sin abrir los ojos ni por un momento.

Rosa no tuvo más remedio que darse por vencida. Con su hijo aún en el regazo, se dejó caer sobre un sillón. Le acarició la carita, le inspeccionó el cuerpo centímetro a centímetro.

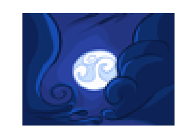
Tenía las mejillas ásperas como arpillera. La piel pálida como la luz de luna.

La marca de dos colmillos en su muslo derecho, exacta mente sobre la femoral.

Comprendió que había tenido mucha suerte. Su hijo no estaba muerto. Solo un poco distinto. Pero, al cabo seguía siendo su hijo.

Ahora ya sabía lo que el cazador había ido a buscar.





Cuatro

Después de cenar, Abel siempre se da una ducha. Detesta ese olor acre impregnado en su ropa, en su piel. También odia la imagen de esos animales muertos sobre la porcelana blanca de la bañera. Se alimenta por necesidad, y raramente encuentra en ello algún disfrute. Si pudiera permitirse dejar de comer, lo haría con gusto.

Sale del cuarto de baño con la bolsa negra donde ha metido los desperdicios.

—¿Quieres que la lleve al coche? —le pregunta a su madre.

Rosa salta enseguida:

—No, lo haré yo. Déjala ahí, junto a la puerta.

—No me voy a escapar, madre —dice Abel en tono cansino.

Rosa se seca las manos en el delantal, sonríe sin ganas y sale hacia el baño.

—Vete un ratito a ver la tele, anda. Enseguida voy.

Inspección rutinaria. Cada día lo mismo. Su madre entra en el cuarto de baño y lo husmea todo. Busca algún resto, algún descuido, alguna evidencia desagradable

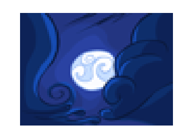
Hasta hace un par de años, ella misma lo limpiaba aprisa, con cara de asco, sin dejar de quejarse. Hasta el día en que le dijo:

—Ya eres lo bastante mayor para recoger tus cosas, hijo. A partir de ahora, te corresponde a ti dejar el baño como lo has encontrado.

Abel la oye recorrer el pasillo y piensa que ha pasado el examen. Su madre no tiene nada que decir. Más tranquila, vuelve a la cocina y continúa preparándose la cena. Un rato después, aparece en el salón con una bandeja y se sienta en el sofá, a su lado.

Él no tiene ganas de ver la tele, pero hace tiempo mirando una serie americana. De vez en cuando echa un vistazo al reloj de pared, donde hoy los segundos avanzan más despacio que nunca, como si jugaran a desesperarle. En el capítulo de hoy, la protagonista —una chica rubia preciosa— clava una estaca en el corazón a un atacante nocturno que tiene cuerpo de gimnasta. La sangre brota a borbotones del pecho taladrado de la víctima.

—Quita eso, por favor —dice Rosa con una mueca de asco.



Abel busca el mando a cámara lenta, sin apartar los ojos de la pantalla. Quiere saber cómo acaba la escena. Se indignaría si el joven muriera con tanta facilidad.

No puede ser tan sencillo. Ese chupóptero estaba dando mucha guerra hasta ese momento, no puede acabar como un mosquito aplastado. La sangre tiñe de oscuro el drama.

—Hijo, por favor, se me va a cortar la digestión —dice la madre—. Pon las noticias, a ver qué ha pasado en el mundo.

El monstruo de ficción se levanta de pronto, con la estaca aún clavada en el corazón, e intenta morder a la rubia con la rabia de quien ha sido traicionado. Su boca chorrea sangre. Es una escena impresionante. Abel está como hipnotizado. Se alegra por el personaje masculino y piensa que si él estuviera delante de la chica que le interesa, también intentaría correr tras ella aunque una estaca acabara de partirle en dos el corazón. Pero entonces la rubia hace algo inesperado: consigue un pedazo de tablón y golpea con él el pecho del chaval una, dos, tres, cuatro veces, hasta que la estaca le atraviesa de lado a lado y el pobrecito cae de espaldas, con los ojos muy abiertos y una expresión en la cara de «nunca lo hubiera imaginado de ti, princesa».

—¡Dame el mando! —ordena la madre, enfurecida.

Se lo arrebata y cambia de canal. Una presentadora mayor, vestida como si fuera a asistir a una boda, habla de un terremoto que ha ocurrido en alguna parte de Asia. En las imágenes, casas derruidas, equipos de salvamento, perros policía, personas que lloran porque han perdido a alguien querido y mucho polvo. Nada de eso le interesa. Observa a su madre mientras ella come Revuelto de huevos con patatas y un vaso de vino tinto Le llama la atención el apetito con que se lleva el alimento a la boca, con la ayuda del tenedor. Cómo muerde el pan, con qué fruición mastica. Le parece un espectáculo asqueroso. El olfato de Abel es apenas sensible a este tipo de comida. Y aunque lo fuera, no despierta su apetito. Para él, es como si su madre estuviera devorando una silla.

Se levanta, impaciente, y se va a su habitación.

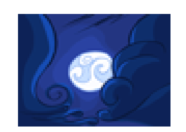
—¿No puedes esperar a que termine? —inquiere ella—. Así me haces compañía. Y hablamos un poco.

Un plan poco seductor.

—Nunca me cuentas nada —dice Rosa.

—¿Y qué quieres que te cuente?

—No sé… Tus novedades. Qué hiciste ayer.



Por toda respuesta, una mueca ambigua. Abel desvía la mirada y piensa: «Se me notará. Se me notará algo».

Hasta hace poco, apenas unos días, no habría mentido al decir que él nunca tenía novedades. Su vida era una cadencia monótona, noche tras noche. Ahora, ya no. Ha habido un terremoto bajo sus pies, mucho más fuerte que el que acaban de ver en las noticias. Lo está sufriendo en este preciso instante y no hay nadie que pueda prever cuál va a ser su fuerza ni cuándo va a acabar. Por supuesto, él menos que nadie.

Rosa no se da cuenta de que su hijo rehúye su mirada. Ni siquiera sospecha lo que le ocurre a Abel. Por una prudencia aprendida a lo largo de los años, cambia de tema:

—¿Te has quedado con hambre? —pregunta.

—Estoy bien.

—Estás tan delgado…

—Es normal, madre. Ya lo sabes.

—Mañana te traeré algo especial, ya lo verás. Te va a encantar —dice.

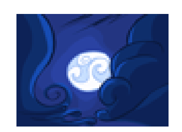
Abel arquea una ceja. Le dan miedo las ocurrencias de su madre. La última vez que tuvo una, fue horrible. Hizo que se sintiera fatal. Aunque la experiencia no sirvió de nada, porque a Rosa es imposible quitarle algo de la cabeza cuando está decidida a salirse con la suya. Además, Abel sabe que depende de ella. Lo cual solo significa una cosa: calla y traga.

Aunque su terremoto particular amenaza con cambiar las cosas.

Si fuera por él, todo sería muy distinto. Saldría de caza. Comería ratones, topos, gatos monteses o aves. Buen alimento asegurado, siempre fresco, siempre vivo. Sin crueldad innecesaria ni zozobra. Sin sobresaltos. Comería en el bosque, bajo la luz de las estrellas. Luego, volvería a casa. No tendría que esconderse ni sentirse un monstruo. La sangre viva no deja ese hedor. De vez en cuando, daría un paseo. Siempre después de cenar, con el estómago apaciguado, para no caer en la tentación. Y para que el fiero rugido de sus tripas no le delatara.

Mira la hora. Aún falta un buen rato, pero decide esperar frente al ordenador, escuchando un poco de música. Se levanta, camina hacia el pasillo. Las palabras de su madre le detienen.

—¿No sientes curiosidad por saber lo que he preparado para celebrar tu cumpleaños? —insiste Rosa.



—Prefiero la sorpresa —miente él, ansioso por encerrarse en sus dominios.

—Hijo, por favor, lleva la bandeja a la cocina.

Su madre pone una almohada sobre la mesa de centro y apoya en ella los pies. Enarbolando el mando a distancia, dice:

—A ver si encuentro algo que se deje ver.

Abel, como siempre, obedece. Se agacha un poco para agarrar la bandeja, que reposa en la mesa, junto a la almohada, y aprovecha para enfrentarse a la mirada de su madre.

—Cualquier cosa estará bien, madre. Me refiero a mañana. No hagas ninguna barbaridad de esas tuyas, ¿de acuerdo?

—Claro, hijo. Confía en mí. Sé lo que te conviene.

Confiar. Convenir. Dos verbos que en esta casa tienen significados complejos. Y distintos, según quien los pronuncie.

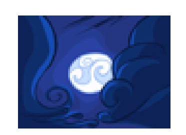
—Avísame si quieres que te ayude con las bolsas —es lo último que dice Abel mientras se aleja por el pasillo.

Cierra la puerta al entrar en su cuarto, se sienta ante la pantalla encendida y respira con alivio.

Tal vez sería más apropiado llamar a este lugar su refugio. Su madriguera. Es la mayor habitación de la casa. A un lado, la cama, rodeada de libros —todos comprados por internet—; al otro, la mesa con el ordenador, sus tres discos duros externos, los cuadernos llenos de apuntes de trabajo y los papeles con las letras de lo que serán sus primeras canciones, cuando aprenda a musicarlas. También algunos apuntes de estudiante. Últimamente se ha decidido a ampliar conocimientos: inglés, antropología, historia… Aprender le apasiona, y el conocimiento le parece el mejor medio para convertirse en otra cosa. Ropa tiene muy poca, porque apenas necesita. Hay días en que ni siquiera se cambia. Un par de zapatos de deporte (casi nuevos) y otro par de zapatillas. Y para las videoconferencias con los clientes (las mínimas, porque intenta evitarlas), una camisa blanca y una corbata que le trajo su madre de alguna parte. Debían de ser de Hipólito, porque la camisa le queda grande. Es lo mismo: da el pego. A veces, en los negocios, conviene aparentar lo que no eres.

No: en los negocios, a veces, conviene disimular lo que eres.

Y pasa lo mismo con la mayoría de personas. Se está volviendo todo un profesional de las falsas apariencias.



Mira con desgana los iconos desperdigados por la pantalla, como ovejitas que pastan a sus anchas en un campo. No tiene ganas de trabajar, aunque debería hacerlo. En un par de días debe entregar el diseño de una nueva página web. Aunque esta noche no le importa nada. Nada más que…

Abre la carpeta de música, dispuesto a elegir la banda sonora de su jornada. Tiene mucho donde escoger, pero hoy nada le parece apropiado. Sus ojos recorren la lista, en busca algo que encaje con su estado de ánimo. ¿Bon Jovi? ¿Guns 'n Roses? ¿Covenant? ¿Metallica? ¿O mejor algo clásico? Vivaldi, Beethoven, Schubert, Elgar…

Pero ninguna de las tonadas que se han compuesto en el mundo le sirven esta noche para expresar cómo se siente.

En silencio, comienza a tararear una canción. Mira la hora. Las 22:03. Falta una eternidad para la una de la madrugada.

Abre un documento en blanco. Escribe:

El mundo merece la pena

porque tú estás ahí afuera

Arruga la nariz, insatisfecho.

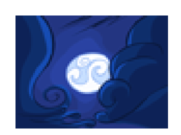
Las palabras no saben expresar sus sentimientos como él desearía. Es como si el lenguaje hubiera perdido de pronto su utilidad. Lo que no sabe es que el lenguaje y los enamorados no suelen llevarse muy bien.

Lee un par de veces los versos que acaba de escribir y piensa que no son lo bastante buenos para ninguna canción. Los borra y cierra el documento.

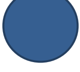
«Debería trabajar un poco», dice su responsable voz de la conciencia desde algún rincón de su cerebro.

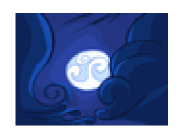
Pero en lugar de eso, y de un solo clic, abre una carpeta titulada *Conversaciones con Oscura*. Las ha guardado todas, desde la primera, con interés de bibliófilo o de coleccionista de mariposas, y, como a ellos, le parecen un bien preciado que le hace feliz poseer. Esas conversaciones son algo hermoso, delicado, fugaz y extraño. Desde que forman parte de su aburrida existencia, también esta le parece hermosa, delicada, fugaz y extraña.

Abre la segunda conversación. Podría haber escogido cualquier otra. Se las sabe todas de memoria, pero no importa: recordar es volver a vivir. Cuando la vida te hace esperar, el recuerdo es un buen antídoto contra la impaciencia.



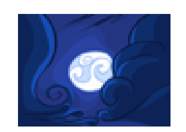
Tener cerca a Oscura es lo mejor de su vida.



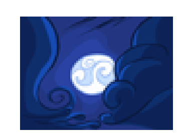


Segunda conversación

OSCURA:	Hola.
WEIRDO:	Hola.
OSCURA:	No te había visto.
WEIRDO:	Ya.
OSCURA:	Llevas mucho aquí?
WEIRDO:	Unas dos horas y pico.
OSCURA:	Ups! Perdona, estaba escribiendo la entrada del blog.
WEIRDO:	Acabo de leerla.
OSCURA:	Caray, qué rapidez.
WEIRDO:	Me alegro de que estés mejor.
OSCURA:	Gracias.
WEIRDO:	Lo que escribes me da ganas de vivir.
OSCURA:	Qué fuerte.
WEIRDO:	La verdad.
OSCURA:	Si?
WEIRDO:	Sí.
OSCURA:	Eso que dices es muy bonito.
WEIRDO:	Contagias fuerza, energía. No sé explicarlo mejor. Después de leerte cada noche, es como si todo valiera la pena.
OSCURA:	Antes no lo creías?
WEIRDO:	No, casi nunca.
OSCURA:	Por qué?
WEIRDO:	Mi vida es bastante aburrida.
OSCURA:	Igual el aburrido eres tú.
WEIRDO:	No sería tan extraño.
OSCURA:	Mm? No, no creo que seas aburrido.
WEIRDO:	Bueno, tú no sabes nada de mí. Al contrario de lo que me pasa a mí contigo.
OSCURA:	Ya.



WEIRDO:	Oye, siento que estés atravesando una mala época.
OSCURA:	Mala? Desastrosa!
WEIRDO:	Bueno, a veces lo malo es necesario.
OSCURA:	Ah, sí?
WEIRDO:	Si no existiera lo malo, no sabríamos valorar lo bueno.
OSCURA:	Eres un filósofo?
WEIRDO:	Peor. Soy un poeta.
OSCURA:	Poeta?
WEIRDO:	Sí.
OSCURA:	Escribes poesía?
WEIRDO:	Canciones.
OSCURA:	Con música y todo?
WEIRDO:	Con la música estoy empezando. Aún no me sale bien.
OSCURA:	Debe de ser muy difícil.
WEIRDO:	No, si tienes un motivo para escribir.
OSCURA:	Y cuál es tu motivo?
WEIRDO:	TÚ.
OSCURA:	?
WEIRDO:	Te estoy escribiendo una canción.
OSCURA:	A mí?
WEIRDO:	Sí.
OSCURA:	Por qué?
WEIRDO:	Me inspiras, supongo.
OSCURA:	Déjame escucharla!
WEIRDO:	Aún no. Solo tengo unos acordes.
OSCURA:	Pero tú lees todo lo que escribo. No es justo
WEIRDO:	Bueno, cuando esté acabada serás la primera.
OSCURA:	Cuándo?
WEIRDO:	Espero que pronto.
OSCURA:	Uf, qué nervios. No tardes.
WEIRDO:	Has pensado en lo que hablamos el otro día sobre el curso que viene?



OSCURA: Un poco.

WEIRDO: Y has decidido qué vas a hacer?

OSCURA: Aún no. No me atrevo a decírselo a mi padre. Se va a enfadar mucho.

WEIRDO: Pero es tu vida! Tú quieres ser escritora!

OSCURA: Pero eso es casi un sueño.

WEIRDO: Lo será siempre si no lo intentas. Tienes que creer en ti. Apostar.

OSCURA: Ni siquiera sé si puedo cambiarme a otro bachillerato.

WEIRDO: Lo he investigado. Puedes.

OSCURA: Necesito pensarlo con calma.

WEIRDO: Tu padre debe entenderlo.

OSCURA: Jaja… cómo se nota que no le conoces.

WEIRDO: Habla con él.

OSCURA: Bueno, dejemos el tema.

WEIRDO: Vale.

OSCURA: No me gusta hablar de mí.

WEIRDO: Entendido.

OSCURA: Cuéntame cosas tuyas.

WEIRDO: Como, por ejemplo?

OSCURA: Seguro que tienes 17?

WEIRDO: Casi.

OSCURA: Qué significa?

WEIRDO: Los cumplo pronto.

OSCURA: Eres guapo?

WEIRDO: Mmmm… Sí. Supongo. Mi madre dice que mucho.

OSCURA: Bah, esa no cuenta.

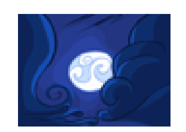
WEIRDO: Ah, no? Por qué?

OSCURA: Las madres siempre nos ven guapos. No ves que somos algo así como su obra? Alguna otra opinión?

WEIRDO: La mía: soy guapo.

OSCURA: Y nada modesto, por lo que veo…

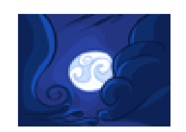
WEIRDO: Bueno, digamos que a los que somos realmente guapos no nos hace falta la modestia… Jejeje.



OSCURA:	Te estás quedando conmigo?
WEIRDO:	Solo un poquito.
OSCURA:	Tendré que juzgarlo yo misma. Tienes una foto?
WEIRDO:	Sí.
OSCURA:	Me la envías?
WEIRDO:	No tengo inconveniente.
OSCURA:	Eres un poco raro.
WEIRDO:	Muy raro.
OSCURA:	Cuánto mides?
WEIRDO:	1,83.
OSCURA:	Tienes hermanos?
WEIRDO:	No.
OSCURA:	Qué suerte.
WEIRDO:	Según lo mires.
OSCURA:	Estudias?
WEIRDO:	Sí, y también trabajo.
OSCURA:	En qué trabajas?
WEIRDO:	Diseño páginas web. Tengo mi propia empresa.
OSCURA:	En serio? Y cómo lo has hecho? Eres superdotado o algo así?
WEIRDO:	Algo así.
OSCURA:	Dónde estudias?
WEIRDO:	Por mi cuenta. Voy por libre en casi todo.
OSCURA:	Me estás impresionando!
WEIRDO:	Eso pretendo, jaja.
OSCURA:	Espero que no mientas.
WEIRDO:	No miento, lo juro.
OSCURA:	No sé, no sé.
WEIRDO:	Bueno, es mi turno. Ahora pregunto yo.
OSCURA:	Bueno.
WEIRDO:	Eres feliz?
OSCURA:	Qué pregunta más rara.
WEIRDO:	En una escala del 1 al 10, cómo de feliz eres?



OSCURA:	Del 1 al 10? Mmm… 4. Bueno, 5.
WEIRDO:	Qué necesitarías para llegar a 7 u 8?
OSCURA:	Escribir. Escribir me hace feliz.
WEIRDO:	Genial! y para llegar al 9?
OSCURA:	Uf, 9 es mucho, no crees? No sé… Tener otra familia, supongo.
WEIRDO:	Y ahora, el más difícil todavía. Para alcanzar el 10? Piénsalo.
OSCURA:	No necesito pensarlo, pero no te lo voy a decir.
WEIRDO:	Por qué?
OSCURA:	Porque de momento no estás autorizado a saber todos mis secretos. Este me lo reservo.
WEIRDO:	Mi felicidad 10 sería estar contigo.
OSCURA:	En serio? Pero si no me conoces de nada!
WEIRDO:	Te equivocas.
OSCURA:	Bueno, salvo porque lees mi blog.
WEIRDO:	Has contado muchas cosas en tu blog. No te acuerdas?
OSCURA:	Creo que eres un poco fanfarrón, Weirdo.
WEIRDO:	Te equivocas.
OSCURA:	O el típico ligón de sábado por la noche.
WEIRDO:	Eso seguro que no.
OSCURA:	Y yo odio a los que nada más conocerte ya se te lanzan al cuello.
	(…)
OSCURA:	Perdona, pero creo que voy a cerrar la conversación.
	(…)
OSCURA:	Tengo que pensar un poco en todo esto.
	(…)
OSCURA:	A veces me pareces un encanto y a ratos me das miedo.
	(…)
OSCURA:	Weirdo?
	(…)
OSCURA:	Estás ahí?
	(…)
OSCURA:	Bueno, no importa. Tengo que irme igualmente. Ya nos veremos.



(…)

OSCURA: Por favor, no tardes en escribir mi canción.

(…)

OSCURA: ADIÓS.

(…)

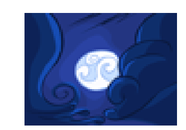
WEIRDO: Perdón, perdón, perdón, mi madre ha entrado en mi cuarto y se ha quedado más de una hora.

(…)

WEIRDO: Sigues ahí? Ojalá sí.

(…)

WEIRDO: Mierda.



Cinco

Hace un año, Abel tuvo una gran idea: puso un anuncio en una página de ofertas de trabajo en internet.

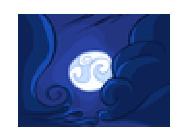
> Programador con experiencia
>
> se ofrece para diseñar páginas web a particulares y empresas.

Durante el primer mes, no le escribió nadie. Se cansó de esperar y decidió mover pieza. Ventajas de tener mucho tiempo libre y muchas ganas de hacer algo diferente. Tuvo otra idea, después de varias horas de merodear por la red, curioseando en páginas web desastrosas: escogió las tres peores. No fue fácil: la lista de los sitios virtuales horribles era interminable. Todas ellas necesitaban renovarse con urgencia. Se quedó con tres empresas de ramos muy diferentes: una cadena de tiendas de ropa, una editorial especializada en libros de autoayuda y un despacho de abogados de una gran ciudad. Durante muchas noches, trabajó en elaborar para sus tres clientes imaginarios nuevos portales, más modernos y atractivos. Derrochó creatividad: diseños innovadores, contenidos modernos, seriedad en la presentación.

Cuando las páginas estuvieron listas, registró su propiedad intelectual y las envió a las respectivas empresas junto con una carta que decía:

> Soy un joven diseñador de páginas web en busca de trabajo. Creo que con mis ideas y un poco de tiempo, la página de su empresa podría ser mucho más competitiva y atraería a muchos más clientes que en la actualidad. Le envío una pequeña muestra del trabajo que he realizado en exclusiva para ustedes, para que lo estudien, por supuesto, sin ningún compromiso por su parte. En caso de que les interese, adjunto mis datos de contacto y mi curriculum vítae. Reciba un cordial saludo de…

Por supuesto, el curriculum vítae era imaginario. En él, tenía diez años más y había trabajado para seis compañías informáticas desaparecidas. Es decir, imposibles de rastrear. La foto sí era suya, pero retocada para parecer menos pálido, menos delgado y menos joven.



Después de dar este paso, temió haber hecho una soberana estupidez y que las empresas se limitaran a copiar sus ideas y archivar su mensaje, pero no fue así. El primero en responder fue el jefe de recursos humanos de la marca de moda. Le dio las gracias con amabilidad y le dijo que ya tenían contratada la actualización de su página con otra empresa, pero que archivaban sus datos por si en un futuro… bla, bla, bla. Pura palabrería. Fue un modo de quitárselo de encima, porque un año después, la página web continuaba sin cambios. Es decir, seguía siendo horrible. Aunque a Abel ya no le importaba. Simplemente esperaba que le llamaran mientras trabajaba para otros.

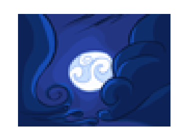
El despacho de abogados contestó a las veinticuatro horas, solicitando un presupuesto. Abel no se lo podía creer. ¡Su primer cliente! Procuró no elevar mucho el precio, para no asustarlos. Después de intercambiar media docena de correos electrónicos, los abogados le dijeron que querían hablar «de los detalles» en una entrevista personal. Ponían a su disposición un billete de avión para que se desplazara a Madrid desde cualquier punto del país.

Abel continuó construyendo su personalidad ficticia. Contestó enseguida, intentando ser muy amable:

> Lamentándolo mucho, no me será posible desplazarme hasta su empresa. Aunque no se lo había dicho en un primer momento, tengo una importante minusvalía. No me afecta en absoluto a la hora de trabajar, pero me impide salir de casa a menos que sea por breves lapsos de tiempo. Podemos resolver la cuestión, si les parece, a través de videoconferencia. Espero que esta circunstancia no sea un grave inconveniente para ustedes y quedo a la espera de sus noticias.

Le daba risa expresarse de ese modo —«espero que esta circunstancia…», «quedo a la espera de sus noticias…»—, pero sabía muy bien que debía hacerlo. Hay un lenguaje para cada mundo. Aquel al que quería acceder se conquistaba con amabilidad y frases hechas.

Además, no mentía en absoluto. Oficialmente era minusválido. Su madre había conseguido que el Estado le reconociera como tal cuando apenas tenía un par de años, presentando los informes de unos cuantos médicos desconcertados que le trataron poco después del contagio. «Porfiria aguda intermitente», escribió uno de ellos en su informe, confundiendo los inexplicables síntomas que estaba viendo con los de una enfermedad metabólica que afecta a los glóbulos rojos.



Porfiria aguda intermitente. Si alguien deseaba comprobarlo, lo podía demostrar. Pero no fue necesario.

Los clientes aceptaron. Le propusieron celebrar la videoconferencia a las doce del mediodía. Abel mintió de nuevo: aquel día tenía un compromiso con otros clientes y solo le sería posible a partir de las seis de la tarde.

Por fortuna, era invierno.

Todo se desarrolló sin más sorpresas. Consiguió no ponerse muy nervioso durante la videoconferencia —aunque su estómago rugía como un motor gastado—. Fue su primer trabajo antes de crear su propia página, en la que se anunció como «Abel Bayal, Creaciones Virtuales. Diseño y mantenimiento de páginas web».

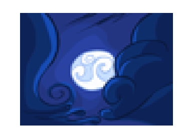
Su segundo cliente fue una agencia de modelos. Siguieron una inmobiliaria y la editorial de autoayuda a quien había ofrecido sus servicios en primer lugar. En solo un año, Abel tenía trabajo de sobra e incluso se planteaba buscar a alguien con conocimientos suficientes de informática para «ampliar el negocio». Alguien a quien, lo aceptaba desde el principio, nunca miraría a los ojos si no estaba entre ellos el cristal de la pantalla.

«Mejor», se decía. «Así me ahorro las explicaciones».

Su madre se sentía muy orgullosa de él, aunque tenía sentimientos encontrados con respecto a que su hijo ganara su propio dinero. De algún modo, aquellos ingresos suponían un cambio sustancial en la extraña forma de vida que habían mantenido durante dieciséis años. El dinero hace a las personas independientes y, por eso mismo, cambia las cosas.

Abel deseaba que las cosas cambiasen.





Seis

—¿Hoy empiezas tus clases, hijo? —pregunta Rosa, asomando de pronto la cabeza por la puerta y sonriendo de un modo bobalicón.

Se refiere a las clases de guitarra. O a ese sucedáneo de clases de guitarra que a Abel cada vez le da más rabia.

—Madre, por favor, ¿no podrías llamar antes de entrar?

Mirada desconcertada de Rosa. Su hijo tiene secretos para ella. Para una madre siempre es duro enfrentarse por primera vez a esta evidencia.

—Menuda tontería —dice ella—. ¿Tienes algún secreto que yo no pueda saber?

—No es eso, madre, es que…

—¿Entonces? ¿ Qué pasa?

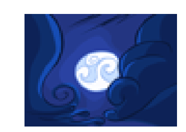
—Solo quiero un poco de intimidad —responde Abel bajando la mirada—. Además, la tele me desconcentra.

—Está bien, bajaré el volumen. Pero tú abre la puerta.

Rosa se marcha, abriendo la puerta del cuarto de su hijo de par en par. Abel espera a que sus pasos dejen de oírse por el pasillo, se levanta y cierra de nuevo.

Le gustaría comprar un pestillo. Se promete hacerlo en cuanto cumpla dieciocho. Todas las personas tienen derecho a su intimidad, a sus propios secretos.

Tener secretos. Otra forma de crecer.



Siete

Abel sabe que la de hoy no va a ser una buena noche. Al día siguiente es su cumpleaños y su madre no soporta que se haga mayor. Por eso está más rara que de costumbre.

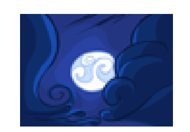
Aún no hay noticias de Oscura, constata al mirar la bandeja de entrada. Consulta el reloj. Es como si el tiempo no quisiera avanzar. El último mensaje que ha recibido es la confirmación de que su pedido llegará mañana. A mediodía, una hora inoportuna si no fuera porque Rosa tiene el día libre. Se trata de un regalo de cumpleaños que decidió hacerse a sí mismo, con su dinero. También encargó algo para su madre.

Los anteriores mensajes son de clientes que esperan respuesta. Abel está desganado. Aún falta mucho tiempo para todo. Mucho para que aparezca Oscura. Mucho para su clase.

Lo de las clases de guitarra fue otra suerte. Encontró un curso online que parece bastante bueno y que incluye una sesión quincenal con un profesor (colombiano) que le da clases por videoconferencia. Pero no puede comenzar sin instrumento. Hoy tiene la primera sesión, que solo será de toma de contacto, a las dos de la madrugada. Las siete de la tarde en Bogotá. Ya se imagina diciendo:

—Aún no tengo guitarra, solo quería conocerle…

Abel se despereza y decide darse un respiro. Una vuelta por algunas de las páginas que frecuenta le vendrá bien. Todas están administradas por bichos raros como él. Llevan títulos que hablan por sí mismos, y que le encantan: «Night Rate», «El club de los murciélagos», «Trasnochar es una religión» o «La fraternidad de los bichos raros». Esta última le inspiró su pseudónimo, este extraño sobrenombre que llamó la atención de Oscura desde el primer momento. Todas estas páginas informan de las últimas modas entre los adictos a desoír las modas. Incluyen recomendaciones de cómics, libros, discos de grupos nada comerciales, series de televisión y un foro en el que Abel suele ser una presencia constante. Error: allí no es Abel, sino Weirdo.



Fue así como llegó hasta ella. Descubrió su blog por casualidad, pero de inmediato se convirtió en su favorito. Lo primero que le gustó fue el nombre: *Esta noche no hay luna llena.* También le sedujo el pseudónimo de la administradora, «Oscura», y el hecho de que siempre publicaba sus entradas de madrugada. Al principio desconfió un poco, porque en el blog no venía ninguna foto, y en el perfil tampoco figuraba ninguna información más allá de un correo electrónico. Decidió introducirlo en su canal de conversación y probar suerte. Como única presentación, seis letras: «Toc, toc». Si la autora era, como afirmaba, una criatura nocturna, antes o después la encontraría en ese espacio virtual que compartían noche tras noche.

Y así fue. Apareció en su canal de conversación, le aceptó y comenzaron a charlar una madrugada cualquiera. En ese momento ya parecía anunciarse en cada palabra que aquello sería algo decisivo para ambos, que cambiaría el curso de sus vidas.

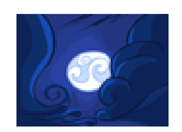
De Oscura sabe lo que ha leído en las entradas y lo poco que ella ha querido contarle. Lo primero: que es rara, diferente, y que tiene un montón de problemas. Que escribe muy bien. Su estilo —no sabe por qué razón— le enganchó desde la primera línea de la primera entrada, que decía así:

> Necesito contar las cosas horribles que me están ocurriendo y muchas otras que, imagino, me van a ocurrir.

Fue leer estas palabras y volverse adicto a ella, a su manera de escribir, a su personalidad arrolladora, a sus palabras cargadas de tristeza y de soledad.

Por lo demás, tiene dieciséis años y vive en una gran ciudad, pero ahora está pasando una larga temporada en una casa que sus padres tienen en el Valle del Silencio, a escasos treinta kilómetros de Valdelobos. Últimamente ha estado enferma (ingresada en un hospital), o puede que lo esté todavía; su enfermedad es extraña y ni siquiera los médicos saben decirle bien qué le ocurre. Está harta de su familia, se siente sola, no tiene amigos y su vida sentimental ha sido un fiasco (hasta ahora). A ella también le gusta la noche, pero al mismo tiempo la aterra, y está convencida de que algo muy importante está cambiando en su interior. Como suele ocurrir. Pero no sabe cómo tomárselo, ni qué hacer.

Abel cree que Oscura y él tienen mucho en común. Aunque no es por eso que lee su blog. Lo hace porque hay algo en su manera de escribir que le resulta irresistible. Sus palabras descarnadas. Su carácter fuerte. Su decisión. Es como si a cada frase suya que lee, Abel reconociera el ideal que quiere para su propia



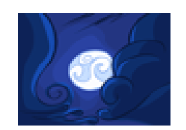
vida. También percibe su tristeza, su desazón. Su corazón lleno de energía, pero también de herrumbre. Hermoso pero podrido. Exactamente igual que el suyo.

Además, hay otro detalle. Abel se suscribió al blog de Oscura. Lo hizo el primer día, cuando comprendió que lo que aquella desconocida tenía que contar le interesaba por encima de todo. Ahora, un mensaje le avisa todas las noches cuando ella acaba de apretar la opción «Publicar entrada». Suele hacerlo entre la una y las dos de la madrugada. Durante unos segundos, Abel sabe que ella también está ahí, en alguna parte de la noche virtual, tal vez observando la misma página donde él rastrea sus palabras. Le gusta pensar que algo sutil pero muy importante los mantiene conectados.

Cuando se dio cuenta de todo esto, algo comenzó a cambiar para él. Una de esas noches, se decidió a irrumpir en su blog y a dejarle un comentario. Lo hizo mientras el corazón le latía como un tambor dentro del pecho. Fueron las primeras palabras de amor de toda su vida. Las primeras que dirigía a una chica, alguien que no era su madre, Hipólito o sus relaciones de trabajo. Tuvo que reescribir la frase varias veces antes de darla por buena, pero al fin pulsó la tecla «Enviar comentario» y sus sentimientos pasaron al instante a formar parte del espacio inmensamente inabarcable de la red. El mensaje también era inmenso e inabarcable:

> Desde que sé que existes vale la pena vivir una noche más.





Ocho

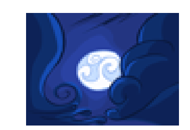
Abel y Weirdo, Weirdo y Abel: la cara y la cruz de una misma personalidad.

Lo que Weirdo detesta de Abel: su docilidad, su fragilidad, su miedo, su incapacidad para enfrentarse a sus propias circunstancias y su cobardía. Sobre todo, su cobardía. Le odia cada vez que baja la cabeza y dice: «Sí, madre». Cada vez que permite que le traten como si aún fuera un bebé. Cada vez que cumple órdenes que no entiende, que no comparte, que hace algo que él jamás haría. Por las venas de Weirdo bulle el deseo de rebelarse. Arrebatarle al otro, al dócil, al sumiso, al conformista, las riendas de su vida y, por una vez, hacer lo que le dé la gana. Por una vez…

Lo que Abel teme de Weirdo: su garra, su fuerza, su convicción, tanta rabia acumulada durante años de aguantar y obedecer, de seguir un sistema de normas absurdas que no comprende ni comparte. Teme que un día no pueda contenerle, porque Weirdo nació de pronto, sin él saber cómo ni de qué, y desde ese instante no ha dejado de crecer en su interior. Siente que se hace más y poderoso y que, de seguir así, acabará plantándole cara a todo, también a su madre. Y sabe que el otro no está dispuesto a no salirse con la suya, porque no tolera que le den órdenes, que le traten como a un ser inferior, necesitado, minusválido.

Abel, así lo siente, es cosa del pasado.

Weirdo es el señor del futuro.



Nueve

Rosa tuvo la última ocurrencia horrible la noche en que Abel cumplió quince años. Abel no se lo ha perdonado, ni cree que pueda hacerlo.

—Tengo una sorpresa para ti —le dijo con voz muy alegre—. Está en el coche, ven.

Le agarró de la mano y le condujo hasta la sala de billar, después de abrir una por una todas las cerraduras. Hizo lo mismo con la puerta de entrada. Había aparcado ahí mismo. El maletero podía abrirse casi sin salir del porche.

—Cierra los ojos —dijo la madre empuñando las llaves.

Abel obedeció. Escuchó cómo se abría la maleta.

—Qué suerte, se ha dormido —musitó Rosa antes de añadir—: Ya puedes abrir los ojos.

Abel se quedó petrificado del espanto. Dentro del maletero del coche, ovillado sobre sí mismo, había un niño de unos cuatro años. Estaba despeinado y tenía las mejillas sucias. Las lágrimas habían abierto surcos en la suciedad.

—Se ha quedado agotado de tanto llorar—dijo la madre, contemplando al niño igual que si fuera un trofeo de caza.

Abel sintió sus propias lágrimas a punto de desbordarse

—¿Qué has hecho, mamá? ¿De dónde lo has sacado?

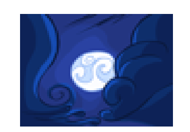
—Del centro comercial —dijo ella, orgullosa—. Ha sido muy fácil. Ha venido por su propio pie. No había nadie vigilándole, ningún adulto cerca. ¡Menudos padres! ¿Te gusta? Debe de pesar unos veinte kilos. Eso significa que tiene un litro y me…

—¡Cállate! —gritó Abel, fuera de sí.

Aquella fue la primera vez que le gritó a su madre. Rosa le miró sin comprender qué le ocurría. El niño comenzó a moverse, alertado por los gritos.

—¿No tienes hambre? —preguntó Rosa, desconcertada.

—Claro que sí. Pero no lo quiero. Prefiero animales muertos de los que encuentras por las cunetas.



El niño abrió los ojos. Nada más ver a Rosa, comenzó a berrear. Se puso de pie en el maletero. Abel le agarró para que no se cayera.

—No pasa nada, bonito, no te asustes. ¿Cómo te llamas?

La tripa de Abel rugió como un león al solo contacto. El niño le miró con dos ojazos de asombro, ajeno por completo al peligro.

—De verdad que no pasa nada —repitió Abel, tratando de sonar tranquilizador—. Ahora mismo volverás con tus padres. ¿Tienes ganas de ir con ellos?

El pequeño asintió con timidez.

—¿No me vas a decir cómo te llamas?

—Ton.

—¿Ton? Es un nombre un poco raro, ¿no crees?

—Aún no habla muy bien. Es muy pequeño —dijo Rosa—. A saber cómo se llama. Tomás o Antonio o lo que sea…

—Muy bien, Ton —siguió Abel—. Yo soy Abel y esta es mi mamá. Y ahora vamos a llevarte a casa, ¿de acuerdo?

El niño no contestó. Siguió mirando con ojos asustados.

—¿Tienes hambre?

Ton meneó la cabeza.

—Agua —dijo.

Abel le ayudó a bajar del coche y le llevó hasta la toma de agua del jardín. Allí, el pequeño bebió como de una fuente. Luego regresaron al vehículo.

—Llévalo adónde lo has encontrado —le ordenó a su madre, con la voz más firme que había utilizado jamás para dirigirse a ella.

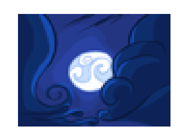
—Hijo, piénsalo bien. Nadie sabe dónde está. Te conviene tomar sangre de niño, te dará fuerzas. No hace falta que le mates. Puedes hacer como Arístides…

Abel saltó en el acto:

—Yo no soy como él, madre.

Aquella fue la primera vez que llamó «madre» a Rosa. Nunca más volvió a llamarla mamá.

La mujer contempló a su hijo desde una distancia de años luz.



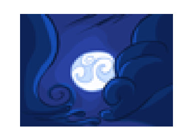
—Si te vas ahora, puede que aún encuentres el centro comercial abierto —añadió Abel.

Rosa suspiró, derrotada. Tendió la mano a Ton y le llevó hasta el asiento trasero del coche. Le puso el cinturón. Cerró la portezuela. Luego se volvió hacia Abel y dijo:

—Muy bien, le devolveré. Pero antes entra en casa.

Rosa jamás se marcha sin echar todas las llaves. Las seis. Aquella noche tampoco lo hizo.





Diez

De modo que Abel tiene conciencia de ser un monstruo. No es fácil vivir con esa certeza.

También sabe por qué razón es un monstruo. Rosa le habló de Arístides. Y también de su padre biológico, una vez. Abel no quiere saber nada de ninguno de los dos. Les debe cuanto es. Es decir, todo aquello que detesta y de lo que nunca podrá librarse.

Después del episodio de Ton, Abel comenzó a sentirse muy deprimido. Se odiaba a sí mismo. Maldecía su vida. No quería ser como era. Su madre achacaba su estado de ánimo a los trastornos propios de la adolescencia, pero él sabía que su mal era mucho más profundo y tenía que ver con el monstruo que llevaba dentro. Con el monstruo que no quería ser.

Resolvió combatir de una vez por todas todo lo que odiaba. Comenzando por la alimentación. Probaría la comida. La comida *normal*, aquella que sirve de alimento a los seres humanos, no a los monstruos.

Lo hizo oponiéndose a su madre.

—Ya te he contado qué ocurrió cuando volviste a probar la leche, después del ataque. Se te hinchó la garganta. Te salieron ronchas en la piel. Por poco te mueres cariño.

Pero Abel también es terco. Estaba convencido de lo que debía hacer. Intentarlo, por lo menos. Tenía que intentar ser *normal.*

Un solo mordisco a una manzana le provocó un día de náuseas. Medio filete de pescado hizo que le salieran manchas de color violeta en la piel de todo el cuerpo. Dos días después, le dolían todos los músculos y sentía ganas de vomitar, además de un dolor insoportable en el estómago. Al tercer día, apenas podía levantarse de la cama. Su piel era del color del pergamino y sus articulaciones estaban laxas, desmayadas. Su poca energía se agotaba cuando bajaba los párpados e intentaba conciliar el sueño. Un sueño que, presentía, iba a ser mucho más que eso.

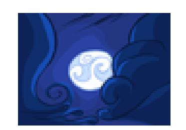
Si no llega a ser por su madre, que consiguió media docena de gallinas vivas, no hubiera sobrevivido. Estaban encerradas en el cuarto de baño cuando Rosa le ayudó a levantarse y recorrer el pasillo. A varios metros de la puerta, Abel comenzó a olisquear el alimento. Salivó. Una vez dentro, no pudo contenerse.



Se comportó, más que nunca, como una fiera salvaje. En menos de diez minutos, ni una sola de las aves conservaba la cabeza, y Abel, después de succionar el líquido precioso del cuello del último de los bípedos, lamía las manchas del suelo, goloso.

Aquella noche comprendió que siempre sería un monstruo.

Y que debía aprender a aceptarlo, aunque fuera insoportable.



Once

A las doce en punto, Rosa ha entrado en el cuarto de su hijo. Sin llamar.

—Me voy a la cama, cariño. Si necesitas algo, despiértame, ¿de acuerdo? —ha dicho besándole en la frente.

Exactamente las mismas palabras y el mismo gesto de todas las noches, sin excepción. También su respuesta es la de siempre, sin apartar la vista de la pantalla:

—Que descanses, madre.

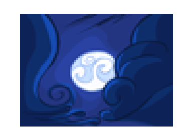
Rosa ha salido, dejando de nuevo la puerta abierta.

Abel sabe que su madre tampoco conseguirá hoy dormir más de dos horas seguidas, como le ocurre todas las noches desde hace dieciséis años. Se quedará dormida hojeando una revista, pero despertará poco después, y así varias veces antes de la hora en que todos los días suena el despertador, las 7:30. Durante los intermedios, merodeará por la casa, visitará la cocina, abrirá la nevera y volverá —varias veces— a meter las narices en los asuntos de su hijo. Lo mismo de siempre.

Desde aquella noche en que Arístides le susurró al oído «descansa», Rosa nunca más ha conseguido descansar.

Abel se levanta a beber un poco de agua. Lleva algo más de una hora reviviendo las conversaciones que ha mantenido con Oscura, analizando cada línea, preguntándose qué esconden sus palabras veladas. Y también sintiéndose mal porque lo que debería estar haciendo es terminar el diseño del sitio web que debe entregar pasado mañana. Se siente como el niño que no hace sus deberes. Decide levantarse un momento. A veces es bueno despistarse un poco, pensar en otra cosa, dar una vuelta por la casa y volver a la carga con otro ánimo. Mientras llena el vaso, oye el campanilleo que anuncia, en su ordenador, la llegada de un nuevo mensaje.

Cierra la nevera dando un golpe y camina a paso rápido por el pasillo. Comprueba el correo. En efecto: aquí está. Lo que estaba esperando. Oscura acaba de actualizar su blog.



De un solo clic, se encuentra en la página principal de la bitácora *Esta noche no hay luna llena*. El corazón se le acelera solo de comenzar a leer el texto que la chica virtual depositó en la red después de su primera conversación.

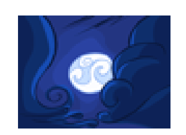
> Ayer pasó algo. Algo importante, creo.
>
> Mantuve una conversación silenciosa, anónima, pero llena de palabras bonitas, con alguien que se hace llamar «Extraño». Weirdo en inglés.
>
> En las últimas semanas he tenido que aprender a prescindir de todo el mundo. Mi novio, mi mejor amiga, mi familia. Parece que no encajo en el mismo mundo donde ellos se mueven como pez en el agua. Me siento como si perteneciéramos a universos diferentes. Ha sido muy doloroso comprenderlo.
>
> Creo que, en parte, comencé el blog porque no tenía a nadie dispuesto a escuchar de verdad mis problemas. Por eso, y porque escribir siempre ha sido mi refugio, mi verdadero mundo, el territorio donde me siento libre de verdad, sin que nadie me diga lo que espera de mí o lo que tengo que hacer. Escribir ha sido un modo de hablar con mi silencio, de decirme a mí misma cosas que a nadie parecían interesarle… y de algún modo es como si mi silencio me hubiera contestado, como si las palabras me hubieran hecho un regalo maravilloso: tú, Weirdo.
>
> Había perdido la costumbre de tener a alguien. Por eso ayer me sentía rara, avergonzada, y te lo dije. Luego lo pensé mejor. Me dormí contenta. Por primera vez en muchas semanas desde que todo ocurrió, estaba alegre. Me gusta saber que estás ahí, en mitad de la noche, esperando mis palabras.
>
> Creo que nunca podré dejar de escribir para ti y que nunca más volveré a estar sola.

Abel llega al final del texto con el corazón desbocado. Como si quisiera aprenderlas de memoria, lee una y otra vez las hermosas palabras de Oscura, que le emocionan como nada nunca.

Abre el canal de conversación. La chica aparece en la lista de usuarios desconectados.

Tienen un extraño poder, las palabras. «Nunca más volveré a estar sola», «algo importante».

Abel siente ganas de hablar con ella, de explicarle que la quiere, que le gustaría ayudarla a resolver todos sus problemas. No esta noche, sino siempre, porque no soporta pensar que se siente triste. Le gustaría mirarla a los ojos y decirle: «Eres especial, Oscura, la persona más especial que he conocido nunca». Contarle que él ha experimentado muchas veces sentimientos parecidos, y es



por eso que sabe que son almas gemelas, complementarias, que se necesitan para alcanzar la plenitud. Sabe todo eso desde la primera vez que leyó su bitácora, pero esta noche está deseando decírselo. A abrirle por completo su corazón.

Un cascabeleo anuncia un cambio en la lista de usuarios. Oscura aparece como conectada. Abel se lanza sobre el teclado. Con pulso rápido y manos temblonas de puro nerviosismo, escribe:

WEIRDO: Bienvenida, Oscura. Quería decirte que estoy enamor…

—¿Qué tal, cariño? ¿Sigues trabajando?

Abel da un respingo.

¡Cómo detesta esa maldita costumbre de su madre de entrar sin llamar! Con un rápido movimiento del ratón, adelanta la pantalla donde la página web sigue incompleta. Rosa se sienta a los pies de la cama y contempla el ordenador con el ceño fruncido. El bolsillo derecho de su batín acolchado tintinea. Son las llaves, de las que nunca se separa.

—Aún no me has dicho qué quieres de regalo de cumpleaños —dice. Se le nota que no tiene sueño y sí muchas ganas de hablar.

Abel vacila. Piensa: «Sí te lo he dicho. Te he dicho que quiero salir». Tiene pendiente una conversación seria con su madre, pero este no es un buen momento. O puede que sí. El insomnio es una costumbre tan instalada en las noches de Rosa, que gran parte de sus charlas se han desarrollado en estos intermedios entre sueño y sueño. Decide intentarlo.

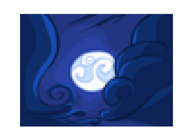
—Creo que ya imaginas lo que quiero —le dice—. Quiero que te pongas en mi lugar.

Rosa frunce los labios. Presiente lo que su hijo va a decirle —no es tonta— y no le hace ninguna gracia. Frunce los labios, contrariada.

—Necesito salir de aquí, madre.

Rosa menea la cabeza hacia ambos lados, sin mirar a los ojos de su hijo.

—Ya sabes que eso no puede ser, Abel —abre la boca, como si fuera a decir algo. Calla. Otro intento—: No eres como los demás y debes asumirlo.



Rosa le acaricia el pelo. Abel rehúye el contacto.

—Soy consciente de lo que soy, madre. Sé comportarme. No soy un peligro para nadie.

Rosa sonríe. Le observa con los ojos húmedos y la cabeza ladeada, igual que miraría a un niño de cuatro años que estuviera diciendo una tontería graciosa.

—No son los demás quienes me preocupan, ya lo sabes. Eres mucho más vulnerable de lo que crees, cielo. Necesitas que alguien cuide de ti —le acaricia el pelo, tiene la mirada húmeda—. Para eso tienes a tu madre.

—Puedo cuidar de mí mismo —dice, tajante—. Y tarde o temprano tendrás que dejar…

—Crees que sabes cuidarte porque aquí no te falta nada —le interrumpe Rosa, que es experta en desoír lo que no quiere escuchar—, porque me tienes a mí, que te proporciono todo lo que necesitas, porque has tenido una existencia cómoda. Pero ahí afuera todo es diferente. Te sorprenderías.

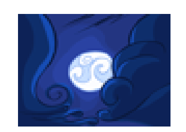
—Sé lo que hay ahí afuera.

Abel medita sus últimas palabras. Nunca, jamás, ante nadie, reconocería el terror que le provoca el mundo que se extiende más allá de los muros de su casa. Todo lo que sabe de él se limita a los tres metros que hay más allá del porche y al reducido jardín de la parte de atrás. Y a lo que ve por internet. La vida a través de la pantalla. Un mundo del que le protege un maldito cristal y que al mismo tiempo le atrae con una fuerza irresistible.

—No, mi amor, te equivocas. No tienes ni idea… —susurra Rosa, meliflua—, y no entiendo por qué de pronto te interesa saberlo. Siempre has sido feliz aquí, conmigo…

Rosa tiene razón. Antes le bastaba con asomarse a esa diminuta porción de universo que rodea su casa para saciar su curiosidad. Enseguida entraba de nuevo, deseoso de reencontrarse con lo conocido: el encanto de su carcelera y la comodidad de su prisión.

Fue de pronto, al cumplir los dieciséis, cuando empezó a nacer dentro de él una curiosidad, nueva. Reparó en detalles que nunca antes había visto: las luces de algunas casas titilando al otro lado del monte. La entrada casi fantasmal de Los Halcones. Por primera vez sintió deseos de cruzar el porche, dejar atrás la valla de la casa y caminar campo traviesa, más allá, mucho más allá del territorio que sus ojos eran capaces de abarcar. Pisotear los campos, sentir el universo entero sobre su cabeza, alcanzar la carretera que se vislumbraba, serpenteante, en la montaña y recorrerla para llegar a cualquier parte, sin importar adonde.



De modo que su madre esta vez tiene razón. No sabe nada del mundo exterior, salvo que la curiosidad que le inspira es muy superior al miedo que siente. Sabe bien cuál es el antídoto para eso, qué necesita: salir.

—No puedes esconderme toda la vida —dice.

—No te escondo —salta Rosa—. Solo te protejo.

Abel se da cuenta de que su madre está a punto de echarse a llorar y piensa que debe hablarle de otro modo. Si quiere conseguir algo, tendrá que ser por las buenas. Prueba otra estrategia. La verdad sin aditivos:

—Quiero estudiar música, madre.

—Pensaba que ya lo hacías por internet.

—Quiero ir a una escuela. Conocer gente.

Rosa niega con la cabeza de un modo cada vez más rotundo.

—Tú no puedes conocer gente.

—¿Por qué no? Podrías llevarme a Valdelobos y recogerme después. Hasta que pueda sacarme el permiso de conducir…

—¿El permiso de…? —una carcajada incrédula, que Abel encuentra ofensiva—. ¡Deja de decir tonterías, hijo!

Abel toma una decisión: basta por hoy. Se siente ofendido, humillado. No son tonterías, son intereses legítimos a su edad. Cualquier adolescente querría sacarse el carné de conducir.

«Claro», piensa; pero él no es un adolescente como los demás. Él es un monstruo.

Rosa se levanta.

—Piensa otra cosa, cariño. Algo que sí puedas hacer —le besa en la frente—. Me voy a la cama.

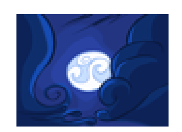
La última de las estrategias de su madre suele consistir en una huida sin respuestas. Rosa mira a su hijo con ojos ausentes.

—No quiero otra cosa —añade él—. Quiero estudiar música en Valdelobos.

Rosa ofrece la peor de las respuestas. La que no significa nada. Ni sí ni no. Ni la renuncia a la esperanza ni la celebración del éxito:

—Buenas noches.

Abel se levanta y corta el paso a Rosa.



—Madre, necesito que me dejes hacerlo. Es muy importante para mí —implora—. Por favor…

—Hay tantas cosas importantes… —susurra ella, cansada, ausente, ajena, indiferente a la enorme preocupación de su hijo.

Abel se queda en mitad del pasillo, observándola con ojos de incredulidad y tristeza. Se pregunta por qué su madre tiene tanto miedo de lo que pueda ocurrir que necesita disfrazarlo de instinto de protección. De un amor que renuncia a la libertad, ahogando poco a poco.

Rosa se da cuenta de las toneladas de tristeza que se esconden en los ojos de su hijo y se ve en la necesidad de añadir algo. Le agarra la cara entre las palmas calientes de sus manos y, una vez más, le habla como si fuera un niño de pocos años:

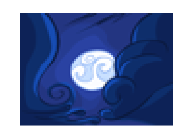
—Es un disparate, Abel, ¿no lo ves? Tú no eres como los demás, hijo, mentalízate. Además, ya tienes ese curso de internet, ¿no? Yo te lo pago, cueste lo que cueste.

«Cueste lo que cueste». El precio de la libertad.

Cuando su madre se retira, después de apagar la luz del pasillo, Abel regresa a su cuarto y cierra la puerta. Hace desaparecer de la pantalla la página de diseños web y de nuevo aflora el mensaje del canal de conversación. Oscura aparece como desconectada. En la pantalla principal, un vacío que recuerda a un campo de hielo. A un desierto. A una noche sin estrellas ni esperanza.

El reloj marca las 2:03. Hora de comenzar la maldita clase.





Doce

Abel revisa varias veces más a lo largo de la noche el canal de conversación y también el blog de Oscura. La última, a las 7:14. No hay cambios. Oscura no ha vuelto a aparecer por ninguna parte. Se pregunta qué estará haciendo.

Al final, ha conseguido concentrarse en el trabajo y las horas han sido más fructíferas de lo que pensaba.

A las 7:21 envía la página web terminada junto con la factura por sus servicios.

Abre la página de una operadora de telefonía y curiosea entre los distintos modelos de teléfonos celulares. Todos le parecen atractivos. Los hay caros y muy caros.

Cuando su madre se levanta, a la misma hora de siempre, es la cuarta vez que lo hace desde que se fue a dormir.

Abel desconecta el ordenador, apaga la luz, se quita las zapatillas y se mete en la cama.

Rosa, en bata y zapatillas, entra en el cuarto de su hijo, le arropa con las mantas, besa su mejilla áspera y susurra junto a su oído:

—Que descanses, cariño.

Se comporta como si la conversación de la noche anterior no hubiera tenido lugar.

Abel susurra, con poca convicción:

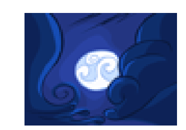
—Que tengas un buen día, madre.

Abel cierra los ojos. Rosa echa las seis llaves de las seis cerraduras. Doble vuelta.

A partir de este momento, nada de lo que ocurra en el mundo puede afectar a Abel.

Con las primeras luces del amanecer, las criaturas de la noche corren a esconderse.





Trece

Nada se parece más a la muerte que el sueño de un hematófago. Solo una cosa puede perturbarlo: la luz del sol.

Desde que cierra los ojos con el primer anuncio del amanecer hasta que vuelve abrirlos en la oscuridad de la noche, Abel no forma parte de este mundo. Su corazón late con una lentitud imposible, apenas respira, no hay actividad bajo sus párpados, sus músculos están paralizados. Tampoco sueña. Nunca.

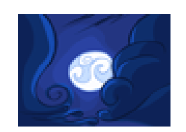
Rosa comenzó a saberlo solo unas horas después del contagio. Su hijo durmió todo el día, sin despertar ni para comer. No la reclamó a su lado para que le diera la mano a través de los barrotes de la cuna, como hacía siempre. Eran cerca de las dos de la tarde cuando ella, asustada, decidió hacer algo. Comenzó a subir la persiana.

Fue una decisión fatal.

Nada más percibir el leve hilo de claridad filtrado a través de los cristales, el pequeño soltó un chillido largo y agudo. No era un llanto normal, sino un graznido espantoso. Rosa dejó caer la persiana, asustada. La habitación quedó de nuevo sumida en las tinieblas.

Tomó al pequeño en sus brazos y le acunó, como solía hacer las noches en que no podía dormir o cuando estaba enfermo. Necesitaba tenerle cerca, protegerle, convencerse de que no iba a ocurrir nada. Se aterrorizó nada más sentir el cuerpo de su hijito. Rígido, ardiente, duro como un muñeco de plástico. Le dejó de nuevo, desolada, y se sentó a velar su sueño, preguntándose qué debía hacer.

Llamó al trabajo para decir que estaba enferma. También telefoneó a Merche. Con ella fue más difícil que con el idiota de su jefe. Su amiga se ofreció a ayudarla a pesar de que ella le dijo una y otra vez que no era necesario. Hizo preguntas, prometió visitarlos por la tarde. No le quedó otro remedio que decirle cosas desagradables para que la dejara en paz. Merche no comprendió por qué su amiga le hablaba de aquel modo y se sintió muy herida. Pensó que no le correspondía a ella arreglar las cosas y desde ese día creció entre ambas una distancia que nunca más se repararía y que Merche nunca lograría comprender.



Rosa acababa de decidir que no le convenía la gente dispuesta a meter las narices en su vida.

—Tendremos que prescindir de todo el mundo —susurró, sentándose en la oscuridad del cuarto de Abel.

El osito de dormir de su hijo —de trapo, deforme y gastado— estaba en el suelo. Había sido expulsado de la cuna. Era la primera vez que Abel no lo necesitaba para conciliar el sueño. Peluches, pañales, pequeños juguetes musicales, un andador… Algo le decía que aquella escenografía pertenecía ya a otra vida. Durante las horas que faltaban para el anochecer, pensó mucho. Hizo planes.

En el mismo instante en que la noche borró del atardecer el último rastro de claridad, Abel abrió los ojos. Contempló a su madre durante unos segundos que se hicieron eternos. Antes de que ella pudiera levantarse y agarrarlo, él trepó por los barrotes y bajó de la cuna. Por primera vez, sin su ayuda. Caminó hacia Rosa con pasos firmes, que no recordaban en nada a su modo de caminar antes del contagio. Se detuvo ante ella y le acarició las mejillas con sus dos manitas ásperas y rechonchas. Un rugido anunció que Abel necesitaba su ración de comida. Rosa lo identificó al instante: le recordó a Arístides, al rato que pasaron en su casa, charlando. Le pareció que su hijo la miraba con avidez, como si quisiera comerla.

Cerró los ojos.

«Necesita alimentarse», pensó.

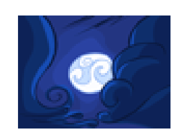
Estaba preparada para cualquier cosa que pudiera ocurrirle.

«No me importa compartir tu destino, hijo mío», pensó.

Pero no ocurrió nada. Su hijo la miraba con curiosidad, como si esperara algo.

Por instinto o por costumbre, Rosa apartó la tela que cubría sus pechos rebosantes de leche. El niño se volvió a negar. Ella insistió. Una y otra vez. Abel apartaba la carita, pero ella se la agarró y le obligó a alimentarse. Después de un primer momento de forcejeo, Abel terminó por aferrarse a su pezón izquierdo y succionó con desgana.

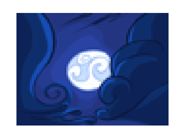
Rosa agarró a Abel como había hecho hasta entonces e intentó acunarle, de ese modo amoroso en que todas las madres del planeta abrazan a sus bebés mientras los alimentan.



Él se revolvió, incómodo, para situarse frente a frente. Mientras mamaba, haciendo un ruido horrible, no dejó de mirarla ni un solo instante a los ojos, vigilante.

Ambos, madre e hijo, se acechaban el uno al otro.





Catorce

En cuanto desaparecieron las marcas de los colmillos de Arístides, Rosa decidió llevar a Abel al médico. Consiguió que su pediatra le diera cita para última hora de la tarde, después de oscurecer.

—Le salen ronchas en la piel —dijo Rosa mostrando las marcas que recorrían el pequeño cuerpo.

La primera extrañeza del doctor llegó mientras le quitaba la ropa.

—¿Ya no lleva pañal?

—No. Lo rechazó de la noche a la mañana —dijo desviando la mirada.

Cabeceó el facultativo, impresionado, mientras empuñaba un termómetro digital.

Tomó la temperatura tres veces en las sienes del paciente. Las tres observó los dígitos de la pantalla con recelo. Finalmente, se rindió a la evidencia y anotó en su historial:

«Temperatura corporal: 43».

Después de pesarle, llegó el segundo mazazo.

—Pierde peso muy deprisa —dijo el médico, cada vez más inquieto.

—Últimamente no tiene mucho apetito —se justificó ella.

La exploración siguió por los oídos y la garganta.

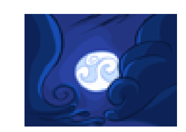
—Tiene la dentición muy adelantada para su edad. Y un par de caninos muy afilados, qué curioso —miró al bebé y le dijo—: Pareces un vampirito, chaval.

Rosa palideció. No quiso decirle al médico que, solo durante la última semana, a Abel le habían salido once dientes.

—Su hijo está muy desarrollado para la edad que tiene. Fíjese en cómo corre. Pocos niños lo hacen así con solo trece meses —continuó el médico.

Desde que despertaba al anochecer hasta que se dormía con el alba, Abel derrochaba energía. A su madre le resultaba agotador.

—¿Podría darme algo para las ronchas? —insistió Rosa, que quería marcharse de allí cuanto antes.



—No me gustan esas marcas —meditó el doctor—. De entrada, apuntan a un trastorno alimentario, pero me gustaría hacerle algunas pruebas para asegurarme.

Mientras el médico rellenaba recetas y volantes, el estómago de Abel emitió un rugido. Rosa se levantó, asustada. Sabía lo que eso significaba. Hambre. Un hambre que no sabía esperar.

Se apresuró a ponerle la chaqueta al niño y abrochársela con cuidado. Estaba subiendo la cremallera cuando oyó el segundo rugido. Se volvió hacia el médico, avergonzada, pero el hombre seguía escribiendo. Por suerte, no se había dado cuenta.

Rosa abrió la puerta del consultorio y salió a toda prisa, tras articular un torpe:

—Tengo que irme, gracias.

El médico, asombrado, solo tuvo tiempo de gritar:

—Señora, se olvida las recetas…

Pero Rosa ya había alcanzado la calle, con el niño casi en volandas.

Vivían muy cerca, y en apenas diez minutos habrían llegado a casa. Rosa se daba toda la prisa que podía, mientras Abel se divertía con el ajetreo callejero.

Cuando se disponían a cruzar la avenida, el semáforo cambió a rojo. Junto a ellos se detuvo una anciana que paseaba un perrito lanudo. Rosa apenas se fijó en ella, y menos aún en la mascota, que apenas superaba en tamaño a un gato.

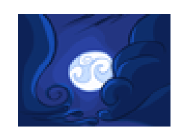
Abel sí los vio. Sonó un chillido.

Rosa volvió en sí de sus cavilaciones y tropezó con una escena horripilante. La señora tiraba del perrito, sujeto a su correa, para salvarlo de las manos de Abel. El niño había agarrado al animal panza arriba, le había hincado los dientes en el abdomen y succionaba con todas sus fuerzas. Se estaba poniendo el abrigo perdido de sangre. El animal gemía con desesperación, agitando las patas en vano. La señora chillaba, histérica.

Por entre la comisura de los labios de Abel resbalaba un hilillo de sangre muy brillante.

—¡Basta, Abel! —gritó Rosa, horrorizada, intentando arrancar al animal de sus fauces.

Pero Abel lo agarró muy fuerte con sus manitas regordetas, se encogió un poco, para protegerse, y continuó chupando. Cuando dejó caer al perro sobre la acera, el animal ya no pataleaba. Tampoco gemía. No es posible hacerlo cuando



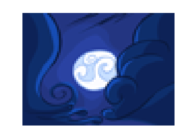
tu corazón se ha parado y en tus venas no queda sangre que bombear. La anciana se agachó para recoger el cuerpo del animal, con la cara desencajada por el espanto, por el desconcierto. Durante el resto de su vida se estaría preguntando si realmente vio lo que creyó haber visto.

Con un movimiento rápido, Rosa cogió a su hijo en brazos y echó a correr en dirección a su casa. Estaba aterrorizada.

Aquella noche, cuando desnudó a Abel para ponerle el pijama, descubrió que las ronchas de su piel habían desaparecido.

En aquel momento, tomó una decisión:

«Tenemos que irnos de aquí».



Quince

En cuanto se incorpora a una nueva noche, Abel piensa:

«Es mi cumpleaños».

Oye el sonido de las cerraduras de la puerta principal. Su madre echa las cuatro llaves. Se pregunta qué habrá pasado con su paquete. Mira el reloj: las 18:23.

Hace poco habría pensado que el invierno es una maravilla, contento de tener más de trece horas por delante. Ahora no lo ve así: más de trece horas para discutir con su madre, para vivir la incertidumbre de un nuevo encuentro con Oscura o para sentirse prisionero en su propia casa, en su propia vida.

Las dos cerraduras de la segunda puerta y los pasos cansados escaleras arriba.

Nada más salir de la cama, conecta el ordenador.

Su madre se detiene frente a la puerta de su cuarto.

—Hola, hijo. ¡Feliz cumpleaños! —dice, risueña.

Le besa en la frente, aprovechando que Abel está sentado frente a la pantalla. Ya no está enfadada.

—¿Tienes hambre?

—No mucha —miente.

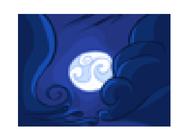
—Espera a ver lo que te he traído. ¡Se te va a hacer la boca agua!

Rosa sigue su camino de todos los días, hacia su habitación. Se desnudará y se dará una ducha. Luego, la cena y la tele. O puede que hoy las cosas sean de otro modo. Hoy es un día especial.

Abel necesita saber de Oscura. Abre el blog de todas las noches, pero allí todo sigue como lo dejó hace unas horas. No hay ninguna entrada nueva. «Ella siempre escribe de madrugada», recuerda. No le extraña.

Abre el correo electrónico y escribe un mensaje urgente:

> Anoche no quise escribirte un correo porque mantuve hasta muy tarde la esperanza de que volvieras a conectarte. Quería decírtelo en tiempo real, pero



> ya no aguanto más: tu mensaje de anoche me dejó sin aliento. Necesito verte. Hoy es mi cumpleaños. El mejor regalo serías tú. Te espero en el canal de conversación.

Cuando pulsa la tecla «Enviar», se siente más aliviado. Como si de pronto su alma pesara menos.

Merodea un rato de aquí para allá. Mira el correo. Entra en la página de su banco y revisa el estado de su cuenta. Pone una canción y la tararea durante treinta segundos. La detiene. Pone otra. La escucha en silencio, concentrado en la hermosa voz femenina, como se escucha señal que llega de otro mundo. Un mensaje que hasta hoy mismo era incomprensible, pero que de pronto ha llenado de sentido.

After tonight

Will you remember…[1]

Es una balada dulce, que se enreda con su tristeza y le dispara los latidos del corazón. Abel no entiende lo que le ocurre y al mismo tiempo reconoce los síntomas a la perfección. El amor es, en muchas cosas, como la música: llega allí donde las palabras sobran.

After you go

Will you return to love me

After the night becomes the day?[2]

Cuando la canción ha terminado, se levanta y recorre el pasillo. Su corazón sigue intranquilo. En el mismo momento en que entra en la cocina, su estómago ruge como un volcán, haciendo notar su presencia.

Su madre suelta una risita.

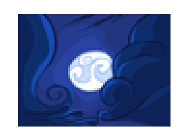
—Ya veo que te has levantado con hambre. Ven —se seca las manos con el delantal—, vamos fuera.

Dentro del bolsillo derecho de la bata de su madre, las llaves tintinean a cada paso. Rosa abre las cerraduras de la segunda puerta. Lo primero que ve Abel es un gran paquete envuelto en papel marrón que descansa sobre la mesa de billar. Lo observa con lentitud mientras su madre abre una por una las cuatro cerraduras que los separan del exterior.

---

[1] Del inglés: Después de esta noche / Recordarás…

[2] Después de marcharte / ¿Volverás a quererme / Después de que la noche se transforme en día?



Las pulsaciones se le disparan otra vez ante la certeza de lo que contiene el envoltorio. ¡Por fin ha llegado su compra! Se muere de ganas de abrir el paquete.

Rosa le lleva fuera. Una esplendorosa Luna creciente, que casi parece llena, domina el cielo nocturno; descansa, curiosa y anaranjada, sobre el horizonte.

Pasan por delante de las jaulas, sin detenerse. Abel comienza a estar intrigado. Procuran no pisar las trampas mientras rodean la casa por el camino lateral. Su estómago ruge otra vez. Olfatea el aire. Comienza a salivar, como su madre ha vaticinado. Rosa le observa, satisfecha de haber acertado.

—Huele a… —musita Abel, sintiendo que se le hace la boca agua.

Para él es un olor penetrante y delicioso. Lo reconoce a un par de kilómetros de distancia. Le atrae como la miel a las moscas. En ese momento, oye un mugido.

En el patio de atrás, su madre ha instalado un biombo viejo que guardaba en el trastero. La sorpresa —que ya no lo es tanto— los espera detrás, amarrada al limonero masticando algo con cara de aburrimiento.

—¡Un ternero! —exclama Abel, que no puede evitar relamerse ante semejante festín.

—¡De casi noventa kilos! —añade Rosa, rebosante de felicidad.

¡Es un regalo estupendo!

—¿De dónde lo has sacado?

—¡Eso no importa! —le quita importancia su madre, con un gesto poco convincente.

Abel frunce la boca con contrariedad.

—¡Lo has comprado!

—Bueno, ahora eso da igual.

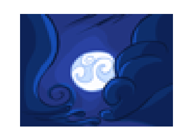
—¡Lo has comprado, madre! Y te habrá costado una fortuna.

Abel se siente fatal. Sabe lo que vale un animal como este. Y también sabe que, con el sueldo de su madre, no es algo que puedan permitirse.

—Hipólito me ha ayudado —dice ella, como para quitarle importancia al asunto.

Abel niega con la cabeza, chasqueando la lengua.

—No es necesario —susurra—. Podría comer otras cosas…



—Lo importante es que te gusta —dice ella, de nuevo risueña— y que es enorme. Igual puede durarte dos o tres días, ¿no crees?

Abel mira al animal, que también le observa, indiferente. Al final, tiene que rendirse a la evidencia. Sangre fresca y de ternero. Un lujo que se da muy pocas veces.

—Es genial, madre —reconoce—. ¿Lo llevo al cuarto de baño?

Rosa agarra la mano de su hijo. Con la otra mano le acaricia el pelo, le recoloca el flequillo, como hacía cuando era pequeño.

—Hoy es un día especial, Abel. Si tú quieres, te dejo cenar aquí, bajo la luz de la luna.

—¿Aquí, en el patio? —sus ojos brillan como dos estrellas.

—En un rato llegará Hipólito y te ayudará a limpiarlo todo. Se ha ofrecido él.

Hipólito es un buen tipo. Le cae tan bien que a veces le gustaría que fuera su padre. Abel sonríe y abraza a Rosa, le da las gracias, deja escapar un gruñido que recuerda una carcajada.

Ella se pone seria. Levanta el dedo índice.

—Pero tienes que darme tu palabra de que entrarás en cuanto termines.

—Claro, madre. Prometido.

Rosa le mira ladeando la cabeza, con los ojos húmedos.

—Perfecto, entonces —Rosa se marcha con la cabeza gacha, mirando al suelo, procurando no pisar las trampas—. Que aproveche, hijo —musita antes de desaparecer.

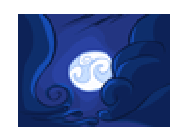
Abel se queda solo. Quieto como una estatua. Escucha el silencio.

La noche es gélida, pero él no tiene frío. Un rumor de hojas llega a sus oídos. Un aleteo. Un ulular. Con algo de entrenamiento, le costaría poco identificar uno por uno todos los animales del bosque. Y casi nada atacarlos por sorpresa.

La bóveda nocturna le parece de terciopelo. La luna es como una joya blanca y distante. Preciosa. Perfecta.

Le recuerda a Oscura. *Esta noche no hay luna llena.* Es el mejor nombre que podría haber elegido para su blog. La sola idea de no verla le intranquiliza, le pone triste.

El ternero muge, aburrido, ignorante de lo que le espera. Abel se arrodilla delante del animal y lo mira a los ojos. No reconoce en ellos ningún temor.



«Quien es capaz de mirar de frente a su asesino, no debería morir», se dice mientras hunde sus colmillos en el cuello del robusto animal.

La sangre es dulce y deliciosa. Procura libarla con lentitud de sibarita. Degustarla. Solo si aprende a controlarse podrá ser como desea ser. Es una bestia salvaje con un propósito extraño: domesticarse.

Esta vez, decide, no quiere saciarse. Dejará al animal con vida. Así se reserva para mañana la posibilidad de continuar el festín. Cuando termina, se seca los labios con el dorso de la mano y se levanta. Los ojos tristes del ternero le observan en silencio. Abel mira las luces que titilan a lo lejos.

«Sería tan fácil echar a correr y no regresar…», piensa.

Solo tendría que atreverse. En apenas unas zancadas habría dejado atrás la casa, su vida, su prisión. Se convertiría en una criatura nueva, libre. Se escondería en el bosque, en cualquier parte. Construiría una cabaña, habitaría una gruta. Al fin y al cabo, los primeros moradores de este valle fueron ermitaños. Su madre no le encontraría nunca. Ni siquiera podría perseguirle. Sería un hasta nunca sin remedio. Un giro inesperado y esperanzador de los acontecimientos.

Una lechuza ulula en la copa de un árbol cercano.

«Así no», se corrige. «Tiene que ser de otra forma».

Esta noche se siente mejor que nunca. Ha sido capaz de no saciarse, de comportarse como un ser civilizado. Además, no le gusta esa sensación que sobreviene después de comer demasiado. Le recuerda a lo irracional, al lado brutal de sí mismo. Hoy es más humano que nunca.

Disfruta de la noche y del momento. Recorre el camino de las trampas, observándolas. Mira también las jaulas, que no esconden sorpresas. Mira la luna y otra vez piensa en ella.

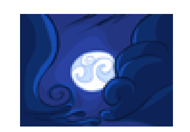
«Sería tan fácil…».

Fácil, sí. Acaso demasiado.

Suspira. No conoce nada de lo que hay más allá de los muros del jardín. Desde que llegó aquí, cuando apenas tenía un año y medio, no ha rebasado nunca los límites de la casa. Si lo hiciera, lo más seguro es que se perdiera.

Aunque no es eso lo que le da miedo. Le asusta pensar que podría echar de menos esta vida.

«Eres un cobarde, Abel», se dice. «Nunca lo sabrás sin intentarlo».



Se pregunta dónde estará ella, qué estará haciendo en este mismo instante. Se acerca a la tapia, a la reja, a la entrada, y mira más allá. Apoya los brazos en el hierro frío y siente que podría saltar.

Entonces ve los faros del coche de Hipólito acercándose desde el camino. Se detiene, la portezuela se abre y el hombre sale, risueño como siempre, y le saluda:

—¿Qué hay, chaval? ¿Ya te has dado el festín? —pregunta, palmeándole la espalda con tanta fuerza que por poco le tira.

—Hola, Hipólito. Qué bien que estés aquí.

—¡Por supuesto! He salido antes de la incineradora. ¡No podía faltar a la celebración! —le revuelve el pelo, divertido—. ¡Ya solo te queda uno para la mayoría de edad!

Abel responde con una sonrisa triste. Dadas las circunstancias, no tiene mucha fe en que la mayoría de edad cambie las cosas.

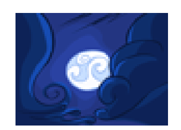
—¡Anda! ¡Pero si no has comido nada! —exclama Hipólito al ver al ternero con vida.

—Bueno, algo sí —responde él—. No tenía más hambre.

—Vaya… —Hipólito también parece orgulloso de él—. Entonces, ¿no hay que limpiar?

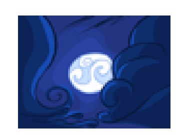
—Hoy no —Abel le sonríe, y se nota que está contento.



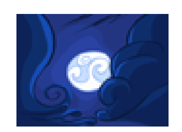


Cuarta conversación

WEIRDO:	Estaba muy preocupado por ti.
OSCURA:	Me lo imaginaba.
WEIRDO:	Me alegro de que hayas vuelto.
OSCURA:	Gracias. Yo también me alegro de verte.
WEIRDO:	Te he echado mucho de menos.
OSCURA:	Yo también. Por cierto, Weirdo…
WEIRDO:	Sí?
OSCURA:	Gracias.
WEIRDO:	Por qué?
OSCURA:	Por la canción. Es preciosa.
WEIRDO:	De nada. Me alegro de que te haya gustado.
OSCURA:	Me hiciste llorar.
WEIRDO:	Vaya, lo siento.
OSCURA:	No te disculpes. Hacía tiempo que no lloraba por algo bueno. Estos días están siendo horribles.
WEIRDO:	No piensas contarme lo que ha pasado?
OSCURA:	Prefiero que lo leas en mi blog.
WEIRDO:	Vale, como quieras.
OSCURA:	Me resulta más fácil. Es como dejar que se me vacíe el alma.
WEIRDO:	Eso es para ti escribir?
OSCURA:	Más o menos.
WEIRDO:	Creo que tienes razón. Para mí las canciones son algo parecido. Nunca había sabido expresarlo.
OSCURA:	Y no has pensado en darte a conocer?
WEIRDO:	Cómo?
OSCURA:	Por internet. Hay mucha gente que ha triunfado así. Tienes que grabar una maqueta y colgarla en la red.
WEIRDO:	No creo que tenga nivel suficiente. Hay mucha gente que compone.
OSCURA:	A mí me pareces muy bueno.
WEIRDO:	En serio?



OSCURA:	Sí.
WEIRDO:	y crees que le podría interesar a más gente?
OSCURA:	Estoy segura. Pero si no lo intentas, nunca lo sabrás.
WEIRDO:	Vaya.
OSCURA:	Eres bueno. Podrías ser un cantante famoso.
WEIRDO:	O un compositor. Podría componer para otros grupos.
OSCURA:	Claro.
WEIRDO:	Eso me gustaría más. Componer para otros.
OSCURA:	Eres un poco raro.
WEIRDO:	Ya.
OSCURA:	Hazme caso: graba una maqueta.
WEIRDO:	Lo pensaré. Gracias por animarme.
OSCURA:	Bueno, me voy a la cama. Estoy hecha polvo.
WEIRDO:	De acuerdo. Que descanses bien.
OSCURA:	Tú no te acuestas?
WEIRDO:	Aún no. Yo nunca duermo de noche.
OSCURA:	Cuándo, entonces?
WEIRDO:	De día. Desde que amanece hasta que se pone el sol.
OSCURA:	Jajaja! Y la luz del sol te mata y no soportas el ajo, verdad?
WEIRDO:	Lo del sol, exacto. Lo del ajo es una patraña.
OSCURA:	Jajaja.
WEIRDO:	Te parece gracioso?
OSCURA:	Nunca sé qué pensar sobre ti, la verdad.
WEIRDO:	Entonces no pienses nada.
OSCURA:	Fácil, estoy tan cansada que tengo la mente en blanco.
WEIRDO:	Vete a la cama y sueña conmigo.
OSCURA:	Crees que no tengo cosas mejores en las que soñar?
WEIRDO:	No. Qué puede haber mejor que yo?
OSCURA:	Muchas cosas.
WEIRDO:	Dime una.
OSCURA:	Una piscina llena de chocolate con leche muy espeso!
WEIRDO:	Tienes razón. Te doy permiso para soñar eso y olvidarte de mí.



OSCURA: Eh, de verdad, me caigo de sueño. Casi no puedo ni escribir.

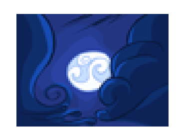
WEIRDO: Te conectarás mañana?

OSCURA: No lo sé. A veces mi padre me castiga.

WEIRDO: Ah.

OSCURA: Buenas noches, criatura de la noche.

WEIRDO: Adiós, alma gemela. Que disfrutes en tu piscina de chocolate con leche. Ojalá pudiera soñar con ella (y contigo) yo también.



Dieciséis

—¿Una guitarra? —pregunta Rosa al ver asomar el instrumento del envoltorio.

Están en el salón sentados a la mesa; Hipólito, con una media sonrisa dibujada en la cara. Sobre el mantel de hilo rescatado para la ocasión, bailan las llamas de dos velas rojas. Solo hay dos platos y dos cubiertos. En la cocina humea la cena.

Abel agarra la guitarra y rasguea las cuerdas, feliz.

—Es mi auto-regalo de cumpleaños —anuncia—. ¿Qué os parece?

Muestra el instrumento como quien alza un trofeo.

—No sabía que hubieras comprado una… —dice ella.

Revuelve en su bolsillo derecho, con gesto nervioso, y las llaves tintinean.

—En mis tiempos también aprendí a tocar la guitarra —dice Hipólito, encantador, antes de preguntar—: ¿Me dejas?

Abel le entrega su tesoro. Hipólito se sienta, abraza la caja de madera, prueba las cuerdas, dibuja un acorde con los dedos sobre el mástil, como quien se familiariza con un lugar después de mucho tiempo de ausencia, y cierra los ojos. A Abel le llama la atención la delicadeza en la que todo sucede.

De pronto, los dedos de Hipólito recuerdan un viejo camino que no recorrían desde hacía años. Su mano derecha, con el pulgar erguido, acaricia las cuerdas una a una mientras la izquierda pespuntea un misterio en el mástil. El resultado es una melodía delicada, suave, hermosa, que parece formar parte del propio instrumento.

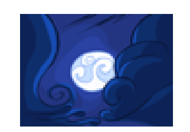
—¡Es genial, tío! —aplaude Abel, entusiasmado, cuando Hipólito termina y abre los ojos—. ¡Tocas muy bien!

—No, no, no —el hombre le devuelve el tesoro—. Lo dejé muy pronto. Pero me gustaba mucho.

—¿Por qué no me enseñas a tocar eso? —pregunta Abel.

Rosa no deja escapar la oportunidad:

—Perfecto: lecciones particulares de guitarra, y además a domicilio. Más de lo que querías.



Abel no acusa el golpe, prefiere fingir que no ha oído nada.

Rosa sonríe, un poco desconcertada por esta habilidad que acaba de descubrirle a su amigo, y también por la camaradería que acaba de forjarse entre él y su hijo. Camaradería masculina, adulta, fuera de su alcance. Una relación que no depende de ella, a la que no esta acostumbrada. Durante todos estos años ha ejercido una vigilancia tan excesiva sobre Abel que esta mínima pérdida de control basta para que se sienta mal.

—¡Bueno! Hipólito y yo vamos a cenar —anuncia—. ¡Siéntate con nosotros, hijo!

—Preferiría ir un rato a mi habitación —dice él.

—Es tu cumpleaños, Abel. ¿No piensas celebrarlo con nosotros?

—Ya lo estoy celebrando —responde, y señala su guitarra nueva.

—Pero he preparado todo esto para ti… —Rosa señala el mantel, los platos de la vajilla buena, las velas encendidas…

Nada de todo eso le importa a Abel.

—Deja que el chaval se encierre un poco —media Hipólito, y Abel cree que al mismo tiempo le guiña un ojo, cómplice.

A Rosa no le gusta que la contradigan. No está acostumbrada. Frunce el ceño. Duda. Por un momento, parece que va a enfadarse con Hipólito. Pero termina cediendo.

—Bueno… Pero te avisaré para que soples las velas.

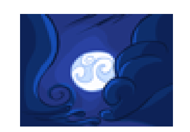
Siempre el mismo ritual absurdo: Rosa quiere que Abel apague las velas de cumpleaños de un pastel cuyo solo olor le provoca náuseas. Lo hornea ella misma, lo recubre de chocolate negro y lo decora con crema pastelera y bolitas de caramelo. Parece un pastel de cumpleaños normal, si no fuera porque el interesado no puede tu probarlo.

Abel cumple con el ritual desde hace más de tres lustros: pide un deseo, sopla las velas y luego contempla cómo su madre devora con fruición una porción del dulce.

Abel consigue retirarse a su cuarto. Echa un vistazo a la bandeja de entrada. Ningún correo recibido. No hay noticias de Oscura.

«¿Dónde estás, criatura de la noche?».

Tampoco el blog ha sufrido ningún cambio. Eso le inquieta. ¿Qué pasará si ella no vuelve?



Sin embargo, esta noche hay algo que compensa tanta desazón. La guitarra es algo así como un sueño cumplido. Abre la web del curso virtual y pulsa en el vídeo titulado *Lección primera. Posición de la mano derecha.*

Por primera vez, puede imitar cuanto ve en pantalla en su propio instrumento. Nada más hacerlo, siente que le va a resultar fácil familiarizarse con él.

Un rato más tarde, su madre le llama con voz cantarina. Abel acude al ritual anual. El pastel es de chocolate —como siempre—, cuadrado —una novedad—, está decorado con bolitas de colores que forman la palabra «Felicidades», y frente a ellas, como dos soldados en perfecta formación, un par de velas en forma de números: uno y siete.

La sonrisa de Rosa también es la de siempre. Hipólito contempla la escena, orgulloso como el padre que nunca fue.

—Tienes que pensar un deseo —le dice su madre enarbolando la cámara de fotos.

Este año resulta fácil. Cualquier cosa que desee tendrá que ver con Oscura.

Abel se sienta tras los números en llamas, sonríe a la cámara, se prepara, sopla. Las llamas se apagan de una vez, barridas por su aliento de gigante. Hipólito aplaude, Rosa no deja de hacer fotos. Todas sin flash, claro. Luego se acerca y le besa en la frente. Le pide a su amigo:

—Tómanos una juntos, por favor.

El abrazo que hay que legar a la posteridad es breve pero sincero. Tiene una belleza ingenua y feroz que cualquiera percibe, incluso el improvisado fotógrafo.

Cuando Rosa procede a cortar el pastel en varias porciones, Abel dice:

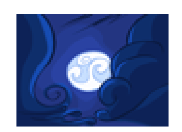
—Yo también tengo algo para ti, madre.

—¿Para mí? —se extraña ella, y deja la pala de servir congelada en mitad del vacío—. ¿Y por qué?

—Celebras que tu hijo ya tiene diecisiete años. El año que viene seré mayor de edad.

—Ya sabes que eso no… —comienza Rosa con la misma monserga de siempre, que suele terminar con un «En esta casa la mayoría de edad no tienen ningún valor Tu siempre serás mi bebé».

—Toma —la corta Abel depositando en sus manos un sobre que acaba de sacarse del bolsillo trasero de los pantalones.



—¿Qué es?

Rosa frunce el ceño y abre la boca en una expresión de desconcierto. No puede —no sabe— disimular su enorme sorpresa. Mira a Hipólito, como buscando respuestas a sus preguntas, y solo encuentra un rostro sonriente y un gesto que la anima a abrir el sobre.

—Nunca me habías hecho ningún regalo…—le dice a su hijo.

—Pues ya iba siendo hora —ríe él, y al hacerlo intercambia con Hipólito una mirada de complicidad que escama a su madre.

Rosa comienza a creer que entre Hipólito y su hijo hay demasiada camaradería. Que esto ha sido cosa de los dos.

Abre el sobre con el ceño fruncido. De su interior extrae una hoja de papel. Reconoce de inmediato el logotipo de una compañía aérea. Su nombre. El de Hipólito. Una fecha que no está muy lejana. Y el nombre de una ciudad: París.

—Siempre has dicho que te gustaría conocer París —dice Abel conteniendo la emoción.

Rosa suelta una risotada amarga. Una risotada que duele.

—Pero ¿cómo se te ocurre…? —agita el billete en el aire. Lo mira otra vez, con la expresión triste de quien deja escapar un sueño mil veces acariciado. Se lleva una mano a la frente—: Cariño, yo no puedo viajar.

—Claro que puedes —afirma Abel, mirando de nuevo a Hipólito en busca de auxilio—. Pídele vacaciones al déspota de tu jefe y ya está. Poli me ha dicho que te debe días de vacaciones. No hay nada que te detenga, incluso te he buscado compañía. ¡Cómete París, madre!

La mirada de Rosa congela el ambiente.

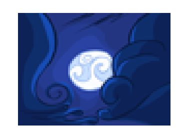
—¿Os habéis puesto de acuerdo? —pregunta entornando los ojos. Sus pupilas van y vienen de uno a otro: de Hipólito a Abel, de Abel a Hipólito, en busca de una respuesta que no está dispuesta a escuchar. Finalmente, se detiene en su amigo y le espeta—: Tú le has ayudado, claro.

—Me pidió consejo y yo se lo di —se defiende el hombre—. Me pareció una magnífica idea.

—¡No me lo puedo creer! ¿Os habéis vuelto locos?

Rosa suelta las hojas sobre el mantel de hilo, pone los brazos enjarras, los mira resollando, sin encontrar las palabras que ayuden a expresar su desazón.

—No te preocupes tanto, madre. No tienes que estar pendiente de mí a todas horas. No necesito niñera.



Hipólito asiente y añade:

—El chico tiene razón. Déjale demostrártelo. Sabrá cuidarse durante tres días.

Rosa boquea como un pez recién sacado del agua. Ahora sus ojos se centran en el bueno de Hipólito y parecen a punto de estallar de rabia.

—Qué sabes tú, si nunca has tenido hijos… —le lanza a su amigo con amargura. Luego le toca el turno a Abel—: Y tú… Tú crees que puedes prescindir de mí, pero te equivocas. Sin mí te morirías de hambre. O te mataría el primero que se tropezara contigo. ¿Es eso lo que quieres?

Ninguno de los dos contesta.

Rosa no puede creer lo que ocurre. Su único amigo y su hijo, aliados para contradecirla, para restarle importancia a las reglas que rigen con mano de hierro su existencia desde hace tantos años. Peor: imponiendo normas en su propia casa.

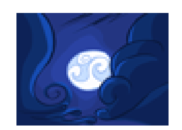
—Hipólito, podía esperar una tontería como esta de un mocoso como Abel, pero de ti… de ti… ¡Ni siquiera sé cómo calificarte! ¡Eres un descerebrado si crees que puedo ir contigo a París dejándole aquí solo!

Hipólito es de esas personas que nunca pierden los nervios, que siempre encuentran el modo de hablar pausado, sin alterarse. Esta vez no es una excepción. Sin levantar la voz, agarra la mano de Rosa y susurra:

—Creo que estás sacando las cosas de quicio, Rosa, cariño. Siéntate y hablamos del asunto con tranquili…

—¡No iré a ninguna parte! ¡Yo no puedo marcharme de aquí! ¡Mi sitio está junto a mi hijo! —en un ataque de furia, Rosa hace trizas los billetes de avión. Los pedazos caen al suelo—. ¡Y no hay nada, absolutamente nada más que hablar!

Sale del salón hecha una furia, se encierra en el baño y echa el pestillo dando un golpe. Los dos hombres se miran estupefactos, cada uno desde su lado de la mesa. A los dos les parece que las llamitas de las velas rojas tiemblan por lo que acaba de pasar.



Diecisiete

Rosa solo le habló de su padre una vez, el día en que cumplió trece años. Ni siquiera quiso decirle su nombre.

—Se marchó antes de que nacieras —le explicó—. No llegó a conocerte.

Abel quiso saber por qué. Rosa se encogió de hombros.

—No quería hijos. Se enfadó mucho cuando me quedé embarazada.

Abel no entendía aquellas complicaciones de adultos. Visto desde el punto de vista de los mayores, el mundo le parecía a menudo un lugar complicado y feo. A los trece años es difícil comprender a un padre que no quiere conocerte o que no desea siquiera tu existencia.

—Yo deseaba tenerte más que nada en el mundo —añadió Rosa acariciándole el pelo, como solía—. Le tenía mucho miedo a la soledad.

No nos gusta reconocerlo, pero el miedo nos lleva a hacer muchas más cosas de las que imaginamos. A veces, cosas muy importantes.

—¿Y nunca volviste a saber de él?

—No.

Rosa se quedó pensativa, sus ojos se llenaron de lágrimas, le agarró la mano.

—Toda la gente a la que he querido ha terminado abandonándome: mi padre, mi madre, mi hermana, tu padre…

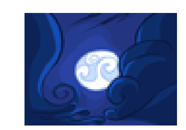
Abel se sintió incómodo. Le habría gustado cambiar de conversación, apartar la mano, huir de aquellas palabras que le señalaban como de una casa que se está quemando.

Su madre se limpió las lágrimas con el dorso de la mano libre y esbozó una sonrisa que le salió muy triste.

Abel guardó silencio. Se abrazó a su madre. Le prometió que él nunca la abandonaría. Nunca, pasara lo que pasara. Jamás.

—Lo sé, cariño, lo sé. Por eso necesitaba tener un hijo —concluyó ella.





Dieciocho

La noche de su cumpleaños resulta un infierno. De Oscura, ni rastro.

Rosa, encerrada en su habitación, sin querer ver a nadie.

Hipólito, esperando la ocasión para disculparse con ella («¿Disculparte de qué?», le ha preguntado Abel, y el hombre se ha encogido de hombros), pero prisionero de esta casa de la que no se puede salir sin abrir seis cerraduras (por supuesto, las llaves están donde siempre: en el bolsillo derecho del batín de Rosa).

La guitarra, en un rincón, muda y tan estupefacta como su propietario.

Para entretenerse, Abel recoge las trizas del papel que ha desgarrado su madre y las pega con cinta adhesiva, como si estuviera armando un rompecabezas.

Hipólito y Abel, abandonados en el salón, hablan de música, de viajes, de trabajo. Bajito, para que Rosa no se enfurezca al oírlos.

Hipólito le cuenta a Abel lo especial que es su madre. Abel le cuenta lo mucho que desea —que necesita— salir al exterior. Le dice que se siente atrapado, que a ratos se deprime y piensa que la vida no merece la pena. Son dos amigos sincerándose el uno con el otro, sin que la diferencia de edad sea un obstáculo entre ellos.

Abel se pasa toda la noche reprimiéndose las ganas de hablarle a Hipólito de Oscura. También será la primera vez que le hable a alguien de una chica, y necesita reunir el valor necesario para hacerlo.

Es Hipólito quien confiesa, a media voz, cerca de las tres de la mañana:

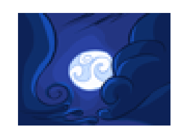
—Me gusta tu madre, chaval. Me gusta mucho. Pero creo que ella no se da cuenta y me da miedo decírselo.

Abel sonríe.

—No me extraña —dice—. A mí también me daría.

—¿Tú crees que tengo alguna posibilidad?

Abel se encoge de hombros. Observa las dos velas a punto de apagarse, consumidas. Observa la botella de whisky que Rosa dejó sobre la mesa al



principio de la velada. Observa el poso que el café ha dejado en el fondo de la taza del invitado.

—Ojalá la tuvieras. Formáis una buena pareja.

Hipólito se emociona. Se le humedecen los ojos. Le agarra el hombro y le zarandea suavemente, en un gesto de camarada.

—Gracias, chaval. Me gusta tener tu bendición.

Hipólito no ha tenido hijos, es cierto, pero es un hombre sabio. Ha visto mucho de la vida y ha aprendido a esperar su oportunidad. Solo que no esperaba tropezar con un hueso tan duro de roer como Rosa.

—Yo no pienso darme por vencido.

—Me alegro. Yo estoy de tu parte.

Hipólito brinda por ello. Bebe dos buenos tragos de whisky. Tiene pintada en la cara una sombra de esperanza, que se confunde con la tristeza. A ambos les gustaría que las cosas fueran diferentes.

—Deberías decírselo —propone Abel. Hipólito le mira de hito en hito, sopesa la respuesta—. A las mujeres les gustan los valientes capaces de desconcertarlas.

—¿Tú crees?

—Claro.

El gesto de suficiencia con que Abel acompaña estas últimas palabras alerta al compañero de mesa. Acaban de intercambiar los papeles. Y ambos se dan cuenta.

—Te vas a echar a reír, pero… nunca me he declarado a una mujer.

Abel, en efecto, se echa a reír.

—¿En serio?

—En serio. Cada vez que sentí tentaciones de hacerlo, me frenó el pánico. Pensé que ellas echarían a correr, asustadas por mi torpeza. Que no volvería a verlas.

Abel sigue riendo.

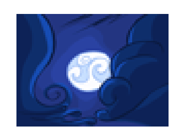
—¿Tú te has declarado? —pregunta Hipólito.

—Sí.

—¡Lo sabía! —Hipólito golpea la mesa y los platos cantan—. ¿Y qué tal?

—Ha desaparecido. Igual es eso que dices.

—¡No fastidies! ¿En serio?



—En serio.

Hipólito pone cara de gran catástrofe. Abel ríe:

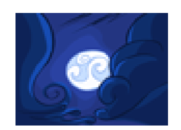
—Eres la primera persona a quien se lo cuento. Si se lo explicas a mi madre, te como para cenar.

Hipólito no puede parar de reír ante la ocurrencia del chico. Tal vez sean los nervios por lo que acaba de contarle, o tal vez la propia situación, que es un poco anómala, inesperada.

A las cinco y media de la madrugada, Rosa se levanta para ir al baño y encuentra en su salón a dos camaradas compinchados en temas de amor y estrategia. Aprovecha para decirle a Hipólito que se marche, abre los seis cerrojos y le deja ir sin siquiera despedirse.

Tras cerrar de nuevo, después de subir la escalera como si fuera la cuesta del cielo, se detiene en el rellano, frente al salón, para espetarle a su hijo:

—Estarás contento. Me has estropeado la celebración.



Diecinueve

Ya en su habitación, con la puerta cerrada y la luz tenue, Abel piensa: «Menos mal que tengo la música».

Surgió de pronto en su cabeza, sin más. Sus pensamientos nunca son silenciosos.

Hace años que escucha sonidos, melodías, acordes. Al principio no sabía escribirlos. Después de mucho esfuerzo, aprendió a hacerlo.

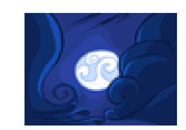
La escritura musical es uno de los grandes misterios del universo. La totalidad de las cosas y las emociones resumida en siete notas.

Durante mucho tiempo, Abel ha tenido la sensación de que lo único verdaderamente suyo era la posibilidad de escuchar el mundo, de dejar que la música crezca dentro de su cabeza y tome la forma de sus anhelos, de sus esperanzas, de sus miedos o sus frustraciones.

Desde hace poco, hay algo más.

Ahora Abel piensa: «Menos mal que tengo a Oscura».

Pero de inmediato se pregunta: «¿De verdad la tengo?».



Veinte

Abel mata las horas nocturnas de la ausencia de Oscura —segunda noche ya, y esto comienza a ser insoportable— tomando decisiones.

Intenta elegir un teléfono entre los más de veinte modelos en oferta de la página de una operadora. Cuando por fin lo ha conseguido y se dispone a comprarlo, repara en que es imposible. Ninguna compañía vende teléfonos a menores de edad. Necesitaría la autorización y los datos de su madre, pero desde que ayer la fiesta de cumpleaños terminó en desastre, su madre está de un humor de perros. Hoy ni siquiera le dirige la palabra.

Esta noche también será larga.

Abel suspira, aburrido, resignado, harto. Coge la guitarra y se sienta con ella frente a la pantalla. En su cabeza hay una melodía, pero aún no ha descubierto el modo de hacerla surgir de las cuerdas de su instrumento. Lo conseguirá, está seguro, pero necesita algo de tiempo. Y mejor ánimo, también. Siguiendo los dictados de la música que suena en su cabeza, escribe:

Quiero decirte que antes de ti toda mi vida

solo era un inmenso laberinto sin salida.

Abel suelta un bufido. Esta sensación de descontento también le acompaña a todas horas. Se pregunta si es normal. ¿Será cosa de creadores, de escritores, de músicos? Cuando Bon Jovi termina una canción, ¿se siente así de mal? Le gustaría saberlo. Si después de escribir una de sus genialidades, por ejemplo,

There's a hell of a lot of lonely

Baby I'm scared

Waiting out there[3]

… si también Bon Jovi siente que acaba de escribir la estupidez más grande la historia de la humanidad, si también se enfada consigo mismo y se maldice por su falta de talento.

---

[3] Del inglés: Hay un infierno de mucha soledad / Cariño, estoy asustado / esperándote ahí fuera.



Le gustaría saber cómo se distingue el genio verdadero del falso y si hay alguien capaz de reconocerlo a simple vista.

Se reclina en su silla, se frota la cara con las manos y piensa: «¿Cómo podría hacer que las horas no fueran eternas?».

De pronto ocurre algo. Un campanilleo. Un acorde sencillo. Usuario conectado.

Se lanza sobre el canal de mensajería instantánea y revisa la lista.

USUARIO:	Oscura.
ESTADO:	Conectado. Disponible.
LEMA:	Esta noche no hay luna llena.

¡Por fin! «Pensaba que iba a volverme loco de esperarte».

La conversación se convierte en un atolondrado intento de comunicación en que ambos preguntan y contestan al mismo tiempo.

OSCURA:	Hola!
WEIRDO:	Hola!

Abel sonríe. Su corazón se acelera. Otra vez escriben a la vez.

WEIRDO:	Has leído mis mensajes?
OSCURA:	Perdona por no contestarte.

Hablar por un canal de conversación, como todas las cosas de la vida, requiere cierta práctica. Y cierto orden, también. Hoy los dos parecen tan contentos de volver a verse que su charla corre el riesgo de convertirse en un caos, o puede que lo sea ya.

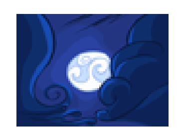
OSCURA:	Sí, lo he leído.
WEIRDO:	Estabas fuera?
OSCURA:	He tenido una recaída.



WEIRDO:	Vaya… lo siento. Estás bien?
OSCURA:	Cuando veas el blog te vas a asustar.
WEIRDO:	Te he echado de menos.
OSCURA:	Y yo a ti. Por cierto… ¡¡¡FELICIDADES!!!
WEIRDO:	Te has acordado. Gracias.
OSCURA:	Claro. Me habría gustado felicitarte el mismo día.
WEIRDO:	No importa. Tu felicitación es la mejor que he recibido.
OSCURA:	Cómo lo celebraste?
WEIRDO:	Me peleé con mi madre.
OSCURA:	Hablas en serio?
WEIRDO:	¡Demasiado en serio! Sigue sin hablarme.
OSCURA:	Oh. Lo siento. Me habría gustado celebrarlo contigo. Ojalá pudiéramos. No estamos tan lejos.
WEIRDO:	Lo sé. A veces saber que estás ahí es peor…
OSCURA:	Qué quieres decir?
WEIRDO:	Casi puedo olerte.
OSCURA:	Yo suelo pensar que echo a correr y llego hasta tu casa.
WEIRDO:	Me voy a volver loco de pensar que podrías hacer eso. Te buscaré por todas partes… más que ahora.
OSCURA:	Algún día lo haré, te lo prometo.
WEIRDO:	Eres lo único que merece la pena de toda mi vida.
OSCURA:	Tú también eres muy especial para mí.
WEIRDO:	Prométeme que lo harás.
OSCURA:	Lo haré. Te salvaré. Prométeme tú también una cosa…
WEIRDO:	Dime.
OSCURA:	Que si tardo dos o tres días me estarás esperando.
WEIRDO:	Oscura… te estaría esperando aunque tardaras una eternidad.

Rosa camina por el pasillo durante toda la madrugada, pero no entra en su cuarto. Por si acaso, él está preparado para hacer desaparecer esta conversación en cualquier momento.

Por suerte no tiene que hacerlo, y la charla se alarga hasta que, cerca de las tres, Oscura le dice que tiene que irse. Se despiden hasta el día siguiente y,

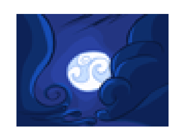


cuando sale del canal, Abel se siente otra persona. Exultante, feliz. Esta noche se siente poderoso, invulnerable.

Rasguea un rato la guitarra y a las 4:53 apaga la luz y se mete en la cama. No duerme. Piensa. Mucho rato.

A las 7:53 oye a su madre abrir las cerraduras y volver a cerrarlas. Es la primera vez en toda su vida que no se despide de él al irse a trabajar.

A las 8:02, coincidiendo con el primer albor, las funciones vitales del cuerpo de Abel se ralentizan, la temperatura de su cuerpo baja varios grados y sus párpados caen como el telón tras la escena final de una función de teatro.



Veintiuno

Cuántas veces se ha preguntado cómo debe de ser sobrevivir ahí fuera.

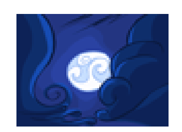
Rodeado de tentaciones. Temeroso de la luz. Sobre el verdadero rostro, una máscara invulnerable. Bajo la piel, mil añicos de cristal.

No le gusta pensar en él, pero a veces lo hace. Arístides. Él sobrevivía en el exterior. Le iba bien. Trabajaba en su beneficio. Obtenía su provecho. Era fuerte.

A veces se pregunta si Arístides también piensa en él, si le recuerda.

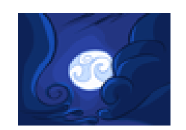
Si volverá a verle algún día.





Veintidós

¿Cuánto pesa la eternidad?
¿Cómo hiere el silencio?
¿Cuánto cuesta la soledad?
¿Qué nos roba el recuerdo?
¿A qué mundo llegaste tú
a cambiar mis esquemas?
¿Quién te trajo, por qué razón?
¿Qué se va si te alejas?
No me importa el vacío
del despertar
porque sé que estás cerca.
¿Cuándo llega la muerte?,
preguntarás.
Cada vez que te alejas.



Veintitrés

Abel abre los ojos en la oscuridad. Mira el reloj de la mesilla. Las 18:46.Tiene la impresión de que le ha despertado algún ruido, pero no oye nada más que el rugido de sus tripas hambrientas. Se muere de hambre.

Se levanta, se calza las zapatillas, se despereza, pulsa el botón de encendido del ordenador.

Entonces oye un mugido. Alto, claro, prolongado. No proviene del patio, sino del interior de la casa. Parece que su madre ha querido dejarle el ternero a mano. Y que su amigo de cuatro patas está celebrando a todo volumen haber vivido un día más. Decide salir en su busca.

Si alguien le viera ahora, recorriendo con sigilo el pasillo, opinaría que su imagen es todo lo contrario de lo que puede esperarse de un gran depredador: se frota los ojos, se revuelve el pelo, bosteza y arrastra las zapatillas. Es un ser sediento de sangre, con legañas.

Encuentra al ternero en el vestíbulo, amarrado con una soga al radiador, rodeado de los orines y las heces de las últimas horas. Huele tan mal que a punto está de marearse. Su olfato hipersensible apenas puede soportarlo.

Comienza por recoger las boñigas con la ayuda de una bolsa. Luego echa serrín en el suelo y barre. Remata la tarea pasando la fregona.

El ternero le observa con interés, como preguntándose de qué va todo esto.

Al ganado vacuno, por lo general, no le agradan las escaleras. Llevar al ternero hasta el cuarto de baño es una tarea digna de un titán. Cuando por fin llegan arriba, el bicho se niega a meterse en el óvalo esmaltado. Aunque su opinión no es importante, claro. A ningún carnívoro le interesa la opinión del filete que está a punto de devorar.

Abel intenta no manchar nada, pero la sangre salpica las cortinas, rezuma hasta el suelo y lo deja todo perdido.

—Mi madre se pondrá de los nervios —murmura cuando ya no hay ningún ser vivo que pueda oírle.

Lo recoge todo con mucha práctica. Mete los restos del animal en las bolsas negras de siempre y se entrega de nuevo a la limpieza. Mañana, su madre cargará los restos en el maletero, donde permanecerán hasta que termine la



jornada laboral. De camino a casa, si es que no sigue enfadada, hará una parada en la incineradora, donde Hipólito se hará cargo de todo y, de paso, la invitará a café. Abel no sabe si esta es la mejor manera de librarse de los desperdicios, pero es la que decidió su madre y no hay nada que hablar. Está harto de todo esto. Ya casi ha terminado cuando escucha el campanilleo musical que proviene de su ordenador. Acaba de entrar un mensaje.

Como está esperando noticias de Oscura, y las desea más que nada en el mundo, Abel deja la limpieza para más tarde y sale a la carrera hacia su cuarto. Sus calcetines mojados dibujan un rastro de desdibujadas huellas rojas en el pasillo. Se sienta ante la pantalla, ansioso.

En el remitente: ella.

El asunto: «Ayúdame».

Sus ojos vuelan sobre el texto:

> Weirdo, necesito pedirte un inmenso favor. Eres la única persona en quien puedo confiar, el único a quien me atrevería a pedirle esto. Necesito que hagas algo por mí, algo muy importante. Y debe ser mañana por la noche. Por favor, no me digas que no. Estaré esperando tu respuesta.

Pulsa la opción «Responder» y escribe a toda prisa:

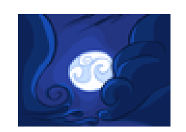
> WEIRDO: Haría lo que fuera por ti.

Justo en ese momento, Abel repara en algo. Un vacío junto al ordenador, allí donde ayer al acostarse dejó la guitarra. La puso ahí para tenerla bien a mano al despertar. Había previsto darle un estreno digno. Para algo le costó todos sus ahorros.

Pero la guitarra ha desaparecido.

Inquieto, mira en el salón, en la cocina, en el armario del pasillo. Está seguro de que su madre tiene algo que ver con esto. Anoche estaba más fuera de sí que nunca.

Revisa las habitaciones de los trastos. Las llaman así por no llamarlas «basureros» o «vertederos», lo cual sería más exacto. Son dos cuartos que nunca se han utilizado sino para guardar en ellos todo lo que no sirve y que Rosa se resiste a tirar. No es fácil encontrar nada allí, pero Abel lo intenta de todos



modos. Un rato más tarde, se convence de que su guitarra no está en la casa. La ha buscado por todas partes. Ha desaparecido.

O algo mucho peor.

Se sienta frente a la tele apagada y espera a su madre en pie de guerra. No hace nada sino darle vueltas a las ideas obsesivas de su cabeza. Por primera vez de forma consciente, tiene un importante motivo para estar enfadado.

Rosa llega a las 19:47, cargada con las bolsas del supermercado. Como de costumbre, el sonido de los seis cerrojos al descorrerse anuncia su llegada sin ningún disimulo. Luego, los seis cerrojos al cerrarse de nuevo y unos pasos cansados que suben la escalera.

Antes de dejarla llegar arriba, Abel espeta con un tono poco amistoso:

—¿Dónde está mi guitarra?

La madre imposta la voz para aparentar naturalidad:

—Y yo qué sé.

Abel siente que la rabia se apodera de él. Es la rabia del impotente, del que se sabe vencido antes de comenzarla batalla.

—Devuélvemela —dice.

La madre tarda en responder. Mira hacia el cuarto de baño. La luz encendida, el suelo empapado, el camino de huellas rojas en el pasillo…

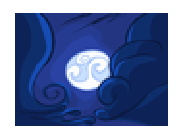
—Espero que recojas toda esta porquería ahora mismo —dice.

—Devuélveme mi guitarra.

Abel y su madre se miran sin disimular la ira durante unos segundos eternos, angustiosos. Si las miradas fueran combustibles, en este momento una chispa haría saltar la casa por los aires. Luego, ella sigue el recorrido hacia su cuarto. Se quita los zapatos, entra al baño, murmura algo por lo bajo, se comporta como si esta fuera una noche normal. Frente al espejo, se quita la ropa y se dispone a darse una ducha. Las heridas que las palabras han abierto tardarán en cicatrizar.

Abel permanece un rato más en el salón y luego se retira. Fingirá trabajar. Aprenderá a respirar con tantas ausencias: Oscura, su guitarra, su tranquilidad. Tramará algo. Ha llegado el momento de hacerlo. Tiene que encontrar una solución que le libere de tanta rabia. Echará de menos a Oscura. Hoy, que tanto desea hablar con ella.

En resumen: otra noche eterna devorada por la desesperación y la soledad.



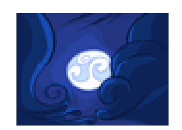
Veinticuatro

Oscura:

Haría lo que fuera por ti. Solo dime qué necesitas y cuenta conmigo.

Hoy, mañana y siempre.

W.



Quinta conversación

OSCURA:	Estoy mal, Weirdo.
WEIRDO:	Qué te pasa?
OSCURA:	Todo es horrible.
WEIRDO:	Has hablado con tu padre.
OSCURA:	Sí.
WEIRDO:	Qué ha pasado?
OSCURA:	Lo peor. Lo que ya sabía.
WEIRDO:	Le dijiste que quieres cambiar de bachillerato?
OSCURA:	Sí. Se puso hecho una furia.
WEIRDO:	Por qué?
OSCURA:	No quiere que sea escritora.
WEIRDO:	Vaya…
OSCURA:	Se ha enterado de que hablé con mi tutor del instituto para empezar el bachillerato artístico.
WEIRDO:	Y qué dijo?
OSCURA:	Me va a matricular en otro instituto.
WEIRDO:	Por qué?
OSCURA:	Uno donde estaré interna.
WEIRDO:	Un internado?
OSCURA:	Más bien una cárcel. No saldré de allí hasta que entre en la universidad.
WEIRDO:	No puede hacerte eso.
OSCURA:	Sí que puede, es mi padre.
WEIRDO:	Y tu madre? No dice nada?
OSCURA:	Siempre le da la razón. Creo que no se atreve a contradecirle.
WEIRDO:	Vaya, lo siento. Todo esto es culpa mía.
OSCURA:	No. Yo decidí hacerte caso. Y me alegro.
WEIRDO:	Lo siento mucho, de verdad.
OSCURA:	No lo sientas. Tenía que intentarlo. Sin ti no me hubiera atrevido.
WEIRDO:	Pero te ha salido fatal.
OSCURA:	No importa. Me he sentido muy bien mientras lo hacía.



WEIRDO: Te entiendo.

OSCURA: Es como si me hubiera demostrado a mí misma que puedo salir adelante, que soy fuerte.

WEIRDO: Lo eres.

OSCURA: Ya no tengo miedo de lo que pueda ocurrir. No crees que eso es importante?

WEIRDO: Lo es, y mucho. A mí me ha pasado algo parecido.

OSCURA: Ah, sí?

WEIRDO: También me ha ocurrido algo que me ha hecho perder el miedo.

OSCURA: Y qué ha sido?

WEIRDO: Conocerte.

OSCURA: A mí?

WEIRDO: Sí. Desde que te conozco ya no temo a nada. Ni siquiera a la muerte.

OSCURA: No digas eso. Yo no quiero que te mueras.

WEIRDO: Yo tampoco. No sin verte.

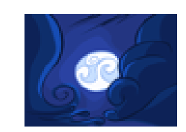
OSCURA: Nunca.

WEIRDO: Bueno, nunca, pero si me prometes que estarás conmigo.

OSCURA: Estaré contigo.

WEIRDO: Siempre?

OSCURA: Siempre.



Veinticinco

La casa está en completo silencio. Su madre no ha vuelto todavía. Presta atención para asegurarse.

El mismo gesto de todas las tardes al despertar: Abel mira el reloj. Las 19:11. Fija los ojos en el techo. Contempla la oscuridad, el levísimo resplandor de los números digitales del despertador. «La muerte no debe de ser muy diferente a mi vida», se dice y, por primera vez en mucho tiempo, se da cuenta de que no tiene ganas de levantarse. Nada de lo que pueda ocurrir en el mundo antes de las 21:00 le interesa lo más mínimo.

Permanece largo rato en la misma posición, entregado a sus pensamientos, hasta que le parece extraño que su madre no haya llegado todavía. Varias veces cree que en menos de un segundo oirá el motor, las llaves, las cerraduras al abrirse… Pero se equivoca. El silencio lo ha invadido todo.

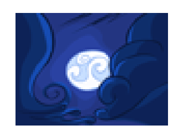
Intrigado, decide levantarse e investigar. Las bolsas con los restos del ternero han desaparecido del baño. El suelo está limpio; la cocina, recogida. Abre la nevera y bebe agua directamente del gollete, aprovechando que su madre no está. Entonces ve la nota sobre la mesa. Es la letra de su madre.

Hoy ceno fuera. Llegaré tarde.

Abel intuye con quién ha quedado su madre para cenar. Solo hay un candidato posible: Hipólito. Esta idea le tranquiliza. Hipólito sabe cómo tratarla, siempre vuelve más relajada después de hablar con él, su influencia la ayuda a menudo a ver las cosas de otro modo. Hipólito es más que un cómplice: es alguien que juega en el mismo equipo. Además, existe la posibilidad de que hoy se declare, y eso hace las cosas mucho más interesantes.

¿Cómo reaccionará su madre a una declaración de amor, después de tanto tiempo? Abel está deseando saberlo.

Cuando regresa a su cuarto, busca en la bandeja el mensaje que Oscura le envió ayer, después de que él aceptara ayudarla. Decide releerlo, para tenerlo todo bien claro una vez llegue el momento. Está tan inquieto que la ausencia de su guitarra ha pasado a un segundo plano.



Querido Weirdo:

Gracias por aceptar ayudarme. No lo olvidaré (es una frase que suena peliculera, pero te aseguro que es la única verdad). Esto es lo que tienes que hacer (es importante que sigas mis instrucciones al pie de la letra):

Nos conectaremos mañana por la noche, a las 21:00. Sé muy puntual (por favor). Abre el programa de mensajería instantánea. Recibirás una invitación para una videoconferencia. Acéptala: seré yo.

Maximiza la ventana de la videoconferencia. Necesito que veas bien todo lo que pase, sin perder ni un detalle. Tienes que prestar atención.

Tendremos unos quince minutos para las presentaciones y las cuestiones técnicas (por ejemplo, comprobar que mi cámara enfoca donde debe enfocar). Luego, es mejor que tapes tu cámara. Ten algo a mano con que hacerlo. Un pañuelo, una bolsa de plástico o algo así. Cuando yo te avise deberás tapar la cámara y bajar al mínimo el volumen de los altavoces.

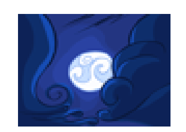
A las 21:16:03 (exactamente) comenzará lo de verdad importante. Sobre todo, no te asustes. Ni dejes de mirar, pase lo que pase. Por favor: pase lo que pase. Ya te advierto que lo que pasará no será bonito ni agradable.

No puedes hablarme. Aunque te mueras de ganas, ¿entendido? Es importante que no escuche tu voz.

Cuando creas que todo ha terminado, abre un mensaje de correo electrónico y escríbeme. Necesito que me cuentes todo lo que has visto. Sin dejarte ni un solo detalle. Ya sé que esto te parecerá raro, pero no sé cuándo podré leer el mensaje, ni desde dónde. Lo único que puedo prometerte es que te contestaré. Y si después de todo aún quieres ser amigo mío, haré lo que sea por ti. Espero que todo haya quedado claro. Si tienes dudas, por favor, pregúntamelas cuanto antes. Nos vemos mañana a las 21:00. Y gracias otra vez.

Consulta el reloj. Las 20:01. Se levanta. Se afeita con lentitud y torpeza. Se pone unos vaqueros y su camiseta favorita, tras doblar el pijama con cuidado. Vuelve al ordenador. Las 20:17. Si conociera algún modo de acelerar el paso de las manecillas, esta noche lo haría. Su único entretenimiento es leer, una y otra vez, el mensaje misterioso. Y desear que llegue el momento.

Regresa al cuarto de baño y revisa su aspecto. Con la cuchilla seca se rasura un manojo de pelos que se le ha olvidado bajo el mentón (le falta práctica). Se pone fijador, se moldea el pelo para que quede de punta, luego se lo aplasta para que parezca más liso. Al fin, se lo pone de punta otra vez. Se lava las



manos, se cepilla los dientes. Observa que se ha manchado la camiseta de dentífrico y corre a ponerse otra maldiciéndose por lo bajo, por torpe.

A las 20:31 está otra vez sentado ante la pantalla, tieso como una sota, mirando la ventana recién abierta del canal de conversación, esperando a que ocurra algo que aún va a tardar.

Revisa el volumen de los altavoces, el estado de la cámara, se asegura de que no haya ningún mensaje nuevo en la bandeja de entrada. Luego decide que tiene que hacer algo para no volverse loco. Se tumba en el suelo y comienza a hacer abdominales. Piensa que Oscura se moriría de la risa si pudiera verle, pero él siente que lleva encima tanta energía acumulada que de un modo u otro tiene que liberarla.

Cuando termina, está sudando. Decide darse una ducha para desprenderse del olor. Se cambia de ropa, se peina de nuevo. Es absurdo, pero por lo menos le sirve para llenar los minutos. Tanto, que por poco se le hace tarde. Es maravilloso que su madre no esté en casa, porque en caso contrario le acribillaría a preguntas ante su extraño comportamiento. Tendría que encerrarse en su cuarto.

Está cansado de ser una fiera encerrada.

A las 20:58, con el pelo aplastado y los nervios a flor de piel, está en su sitio. De nuevo repite todas las comprobaciones técnicas, para asegurarse de que todo está bien. Duda. Revisa su aspecto en la pantalla. Se retoca algún pelo que se empeña en desobedecerle. Se observa desde todos los ángulos. Los minutos se alargan como si fueran de goma. Los últimos sesenta segundos los pasa muy quieto, casi sin respirar, esperando a que Oscura dé señales de vida, como le había anunciado.

¿Y si no aparece? ¿Y si todo ha sido una broma?

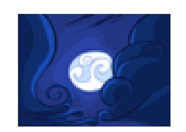
El deseo nos vuelve vulnerables, seres miedosos que temen a los fantasmas.

Cuando salta en la pantalla el aviso, le sobresalta.

«Ha recibido una invitación a videoconferencia de *Esta noche no hay luna llena*. ¿Desea hablar ahora?»

Se apresura a pulsar «Aceptar».

Se abre una pantalla de color marrón borroso. Se oye una especie de tos electrónica. Abel maximiza la pantalla. Quiere seguir las instrucciones al pie de la letra. En una esquina aparece su imagen, tal y como debe estar viéndose al otro lado. Trata de comportarse con naturalidad. De disimular sus nervios, de parecer guapo.



Se muere de ganas de ver a Oscura. Esa niebla marrón le desconcierta.

—¿Cómo estás, Weirdo? —pregunta una voz de chica desde el otro lado.

«¡Es una chica! ¡Lo sabía! ¡Sabía que no podía estar engañándome!», exclama algo dentro de él.

—Un poco nervioso —responde.

—Yo también —admite ella—. Supongo que es normal.

—Supongo.

Weirdo piensa en las otras videoconferencias que ha mantenido con sus clientes y en lo poco que se parecen a esta. Con los responsables de las empresas se muestra seguro, habla con voz clara, es rotundo. Hoy, las palabras se niegan a salir, el corazón late al galope y las manos le sudan al acercarse al teclado.

—Mmmm… Déjame que te mire —dice la voz de Oscura—. Estás mejor que en la foto. La corbata no te sienta nada bien.

Siente que se pone colorado. No tiene ni idea de si nota. No quiere que se le note.

—No te veo —balbucea, nervioso.

—Ya lo sé —responde la voz de ella, muy segura—. Me gusta jugar con ventaja, perdona.

—¿Qué quieres decir?

—No quería que me vieras antes de asegurarme de que tú eres tú y no un viejo salido —y Oscura suelta una risita.

En la ventana virtual, la niebla marrón comienza a disiparse. En primer plano aparece una nariz a pantalla completa.

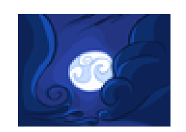
—Huy, perdón —dice Oscura, y se aparta de pronto—. ¿La imagen es buena? ¿Me ves bien? ¿Qué te parezco?

Weirdo abre mucho los ojos. Su corazón se pone tan contento con lo que ve que lo celebra tamborileando como un loco.

«Eres preciosa», piensa Weirdo, maravillado de su suerte.

Y no puede evitar dar un respingo cuando oye que ella dice:

—Gracias, exagerado.



Es la primera vez que piensa en voz alta. No se siente avergonzado. Más bien le da las gracias a su subconsciente por haberle traicionado de un modo tan oportuno. Sonríe. Oscura sonríe también.

Deduce, y no se equivoca, que hoy va a ser la primera vez de muchas cosas.

Oscura es morena, tiene una melena negra y abundante que le cae sobre los hombros. No ve bien el color de sus ojos, pero le han parecido claros hace un momento, cuando estaba más cerca. Lleva unos vaqueros azules y un suéter de lana ancho y de color gris. Le parece que tiene un cuerpo muy bonito, aunque apenas puede adivinarlo bajo la ropa.

—¡Bienvenido a mi cuarto! —dice ella abriendo los brazos como si quisiera abrazar las paredes.

—¿Qué llevas en la mano? —pregunta Abel.

—Ah, esto —Oscura ríe otra vez. Algo en su cara se ilumina cuando lo hace. Se pone aún más guapa—, es un calcetín de mi hermano. No encontraba nada para tapar la cámara. ¿Tú tienes algo?

—Sí, mis gayumbos.

Oscura suelta otra carcajada.

—¿En serio?

—Es que no uso pañuelos.

—A ver, pruébalos.

Abel hace lo que le pide. Deja los calzoncillos sobre la cámara.

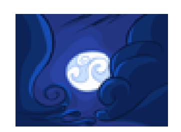
—Perfecto —dictamina Oscura—, no se ve nada. Así tiene que ser.

Abel retira la prenda rápidamente.

—¿Por qué no quieres verme?

—No tengo tiempo de explicártelo ahora, pero es mejor, hazme caso —Oscura mira el reloj en la esquina del ordenador—. Espera, voy a echar el pestillo. Ya casi es la hora.

La chica se levanta y desaparece del plano. Abel aprovecha para echar un vistazo a la habitación. No hay nada en ella que le parezca extraordinario: una cama cubierta por una colcha rosa, algunos libros, peluches, un marco con una fotografía (que no alcanza a ver), una silla llena de ropa, una alfombra redonda, una maqueta del *Halcón Milenario*… Parece la típica habitación de alguien de dieciséis años. No parece el cuarto de un ser peligroso, ni siquiera de un bicho raro.



—¿Te gusta *Star Wars*? —pregunta en cuanto ella reaparece.

—Ah, ¿lo dices por eso? —señala la nave de Han Solo, posada en el tercer anaquel—. Es de mi hermano. A veces duerme aquí.

Lo ha dicho con cara de fastidio, mientras corregía de nuevo la posición de la cámara. La imagen tiembla un poco antes de detenerse. En primer plano, Oscura, muy seria.

—¿Estás preparado? —pregunta otra vez. —Claro. Cuando quieras.

—Oye, Weirdo… Si pasara algo… Si no nos volviéramos a ver… Quiero que sepas…

—No va a pasar nada. Y nos vamos a volver a ver —dice él, demasiado asustado por las palabras que escucha.

—Solo quería darte las gracias.

—Me las darás en persona.

—Ojalá.

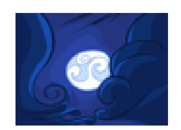
—Seguro.

—Bien, ¿preparado? —pregunta ella por tercera vez, mirando el reloj. No espera respuesta para decir—: Ahora tienes que tapar la cámara y bajar el volumen de los altavoces.

Se apresura a hacerlo. Está listo.

Nunca en la vida se ha sentido más nervioso.

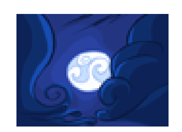




Veintiséis

Antes de encontrarte odiaba mi vida,
era un laberinto sin una salida.
Antes de encontrarte no había futuro.
Solo noches largas y un dolor profundo.
Antes de encontrarte todo estaba oscuro.

La noche está en calma,
yo te necesito,
sueño cada noche
que escapo contigo.



Veintisiete

Abel sigue las instrucciones al pie de la letra. Su imagen desaparece del recuadro inferior, oculta tras un telón negro.

Abel mira el reloj. Son las 21:14. Escucha a Oscura decir:

—Ya está todo. Ahora tengo que abrir la ventana.

Weirdo, con el corazón desbocado, se atreve a lanzar una pregunta osada:

—¿Me dices tu verdadero nombre?

—Me parece tan raro que aún no lo sepas… Me llamo Olivia.

«Olivia», repite Abel, encantado con la sonoridad de una palabra que, sin saberlo, ya era tan importante en su vida.

La chica vuelve a estar justo en mitad del plano, sentada en el suelo, sobre la alfombra. Mira hacia la ventana fijamente, como si algo llamara mucho su atención.

—Yo me llamo Abel —informa él.

—Abel… —repite ella, muy seria, con voz de sonámbula—. Tienes nombre del bueno de la historia.

A Abel le parece que hay un brillo diferente en sus ojos Es un cambio muy pequeño, pero perceptible.

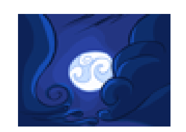
—¿Has visto la Luna? —pregunta Oscura, con voz más apagada que la de hace un momento—. ¿No te parece preciosa? A mí me da mucho miedo.

—No puedo verla. Mi habitación no tiene ventanas.

Oscura cierra los ojos. Comienza a moverse con mucha lentitud adelante y atrás, como si se meciera al compás de una música que solo suena para ella. Adelante, atrás, adelante, atrás…

—La Luna me da mucho miedo, Abel… —susurra, cada vez más bajo—. No me dejes sola, por favor…

Abel no tiene tiempo de contestar. No puede decirle que no, que jamás la dejará sola. Que ahora que la ha encontrado, nunca va a dejarla escapar. Que no podría ni siquiera imaginar su vida sin ella. No tiene tiempo porque la verdadera coreografía, inesperada, abrupta, acaba de dar comienzo.



En las horas que lleva esperando este momento, Abel ha imaginado muchas cosas. Ahora ocurre algo que podía sospechar ni en la mejor de sus fantasías: la realidad supera la ficción con creces.

En el centro de la alfombra, Oscura comienza a desabrocharse los pantalones. Sus movimientos son naturales, sin afectación. Los mismos que haría si estuviera sola y se desnudara para meterse en la cama. Se quita la prenda y la deja en el suelo, a su lado.

—No te vayas, Abel —susurra Olivia en un aliento casi inaudible—, por favor, no dejes de mirarme.

Abel no podría dejar de mirarla aunque en este momento apareciera por la puerta de su dormitorio el mismísimo Arístides.

Ahora Olivia se quita el suéter de lana. Lleva una camiseta de manga corta, de color rosa. Se la quita también. La melena negra se desparrama sobre sus hombros casi desnudos.

Olivia echa las dos prendas al suelo. Lleva un sujetador blanco. Las braguitas son de color rosa. Tiene un cuerpo precioso. Todo en ella es precioso.

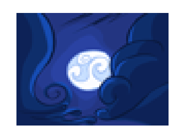
Abel se frota los ojos, suspira, se recuesta en la silla. Le cuesta trabajo respirar, pero procura que no se note. Como si Olivia estuviera atenta a algo que no fuera ella misma y esta especie de inconsciencia en la que parece haber caído.

Abel comienza a sentir que le palpitan las sienes cuando ella se quita el sujetador. Todavía se le nota la marca del biquini de un verano ya lejano, que el otoño casi ha borrado.

«Todo esto es como un sueño», piensa Abel, y se contra dice: «No, no, es mucho mejor que un sueño».

Olivia se contonea ligeramente para despojarse de la última prenda. Abel agradece no tener que hablar y que ella no pueda verle. Es la primera vez que ve a una chica desnuda. Ha visto otras, en sus largas noches de aburrimiento e internet, pero no parecían reales. Ninguna le ha provocado todos estos sentimientos que ahora se aglomeran en alguna parte de su corazón, o de su cabeza, o de su sexo… Está eufórico. Podría gritar, darle gracias a su suerte, a los dioses, a la vida de la que últimamente reniega. Podría, si ella no estuviera escuchando.

De pronto, Olivia deja de moverse, abre los ojos, dirige una mirada helada, como muerta, hacia él y acto seguido se desploma sobre la alfombra. Cae como un pájaro muerto, con un golpe seco.



Abel se levanta, asustado. La llamaría a gritos, pronunciaría sus dos nombres, pero recuerda las instrucciones:

«No debes decir nada, solo mirar».

Observa el hermoso cuerpo inerte. Tiene las piernas flexionadas, un brazo bajo la cadera, el otro extendido, la mano fuera del círculo de la alfombra, la melena cubriéndole la cara.

Oscura comienza a convulsionar. A moverse como la marioneta que acciona un demente. Una y otra vez, y otra… Adelante y atrás, adelante y atrás, con una violencia inusitada, inhumana. Adelante y atrás. A cada nueva sacudida, deja escapar un gemido de dolor. El llanto de la chica es el llanto de un cachorro desvalido.

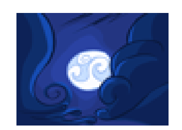
Luego, sus extremidades adoptan una rigidez repentina, vuelven a su lugar, y el cuerpo comienza a retorcerse. Comienza a emitir otra clase de ruidos: gruñe, gime más fuerte, jadea. Poco a poco, el sonido deja de ser humano.

Abel comienza a comprender todo lo que leyó en el blog de Oscura. Aquella historia que le tenía atrapado como lo hacen las buenas novelas. Comprende el significado de la luna llena, de la soledad y el desasosiego de ella. Comprende que son mucho más almas gemelas de lo que se hubiera atrevido a desear.

Está en estas cavilaciones, intentando comprender y asimilar lo que ve, cuando de pronto Oscura se pone a cuatro patas de un salto. La cabeza gacha, el pelo sobre la cara rozando el suelo. Cuando levanta la cara, Abel siente que la sangre se le congela. Es como si su corazón hubiera dejado de latir un momento.

Lo que ocurre desde este momento resulta increíble incluso para alguien tan acostumbrado a lo inaudito como él.





Veintiocho

Hola, Olivia:

Aún estoy temblando. Como me pediste que hiciera, te escribo para explicarte todo lo que he visto. A pesar de que ni siquiera ahora termino de creerlo.

Ha sido la influencia de la luna. En cuanto la has visto, te has transformado. Primero, parecías dormida. Luego, te has desmayado sobre la alfombra.

Has estado inconsciente apenas un minuto y te has despertado agitada, rugiendo, haciendo todo tipo de ruidos de bestia salvaje.

Luego te has puesto a cuatro patas. Aún conservabas tu cuerpo humano, pero tu cara había comenzado a transformarse. ¡Tenías las mejillas cubiertas de pelo de color marrón oscuro! No sé si «pelo» es la palabra adecuada. Primero era como una mancha, un momento después ya parecían las cerdas de un cepillo de dientes, luego se han ido transformando en un manto peludo y compacto, un pelaje adecuado para pasar las noches entre la nieve, a la intemperie. Crecía delante de mis ojos, a una velocidad increíble.

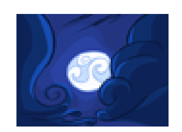
También me ha parecido que se te agrandaban los ojos. De pronto había desaparecido el color blanco y la pupila lo invadía todo. Y de tu boca empezaban a asomar unas fauces de grandes colmillos. En ese momento, aún no tenías tu forma definitiva. No eras loba ni humana. Eras un ser a medio transformar.

Luego, tu cuerpo ha comenzado a cambiar de verdad. Algunas partes (como las piernas o el trasero) han menguado. Otras, como los hombros, han crecido y se han hecho más robustas. El pelo ha terminado de invadir toda tu anatomía. Creo que en esta última etapa es cuando te ha crecido la cola (estaba tan impresionado que no sé si el orden será el correcto, perdona). Todo ocurría sin interrupción, a una velocidad imposible de asimilar.

Nada más completar tu forma de loba, has lanzado un aullido muy largo y muy triste. Creo que has mirado a la cámara, pero ya no eras tú. No había ni rastro de ti en esa mirada. No había memoria, ni comprensión, ni miedo. Te habías liberado de todas las emociones humanas.

Has dado algunas vueltas por el cuarto. No entiendo el comportamiento de los lobos, pero juraría que buscabas por dónde escapar. Lo importante es que te has parado a husmear tu ropa (amontonada en el suelo) como si te despertara mucho interés, como si reconocieras algo tuyo en ese montón de prendas.

Justo en ese momento han sonado los primeros golpes en la puerta. Te has asustado. Has soltado otro aullido, más corto y más desgarrador. Los golpes han cesado y se ha escuchado una voz (de hombre) gritando desde el otro lado:



—¡Ha entrado un lobo en la habitación de Olivia!

Llegado este momento, he subido el volumen de los altavoces para escuchar bien lo que ocurría (perdona, no te he hecho caso en este punto, pero ha sido el único). La voz de hombre ha preguntado:

—¡Olivia! ¿Estás bien? ¿Me oyes, hija?

Mientras, tu forma animal daba vueltas más deprisa. De pronto, has alzado la cabeza, como reparando en la luna y en la ventana abierta.

Demasiado tarde.

Tu padre (un señor muy grande, armado con una escopeta) ha entrado en la habitación rompiendo el pestillo. Alguien (una mujer) lanzaba gritos en alguna parte que yo no podía ver. Ha sido esa voz la que ha dicho:

—¡La niña no está! ¡Gracias a Dios!

Se te ha erizado todo el pelo del lomo al verlos. Has lanzado un gruñido aterrador, mostrando los colmillos enormes. Por un momento he pensado que ibas a atacar a tu propio padre, pero entonces ha ocurrido algo.

Cuando le has tenido frente a frente, él armado y tú rabiosa, ha habido un cruce de miradas entre vosotros. Igual pensarás que estoy loco, pero me ha parecido ver algo de ti en lo más profundo de esa mirada lobuna. Algo que te ha impedido matar al cazador que iba por ti. Y creo que a él le ha ocurrido lo mismo. Empuñaba la escopeta, pero no ha disparado. También él se ha quedado como congelado unos instantes. También él te ha mirado a los ojos y ha sido como si esa mirada le detuviera.

Tal vez esa mirada os ha salvado la vida a los dos. O puede que tenga demasiada imaginación. Bueno, será mejor que deje las especulaciones a un lado y termine de una vez de contarte lo ocurrido.

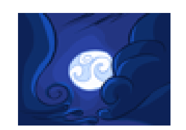
Un segundo después de lo que acabo de narrar, se ha roto el sortilegio. Tú has lanzado una dentellada al aire. Él, tu padre, el cazador, ha apretado el gatillo. Ha sonado un disparo y, a continuación, un aullido de dolor. El tiro ha hecho blanco en una de tus patas traseras.

Otra voz masculina ha llegado desde alguna parte:

—¡Mata a esa fiera! ¡Si no la matas, volverá!

Tu padre empuñaba la escopeta y te apuntaba. Pero tú no estabas quieta y le ponías difíciles las cosas.

Te confieso que he temido lo peor. Me he asustado de verdad. Por primera vez en mi vida, he rezado porque algo ocurriera. O, mejor, porque algo no ocurriera. He rezado por ti. Y alguien debe de haber escuchado mis plegarias, porque en el mismo instante en que tu padre empuñaba por segunda vez la escopeta y te apuntaba, tú has hecho algo prodigioso.



Un salto. Uno de gimnasta, de acróbata, de bailarina, de ser venido de otro mundo. Has escapado por la ventana.

Solo después de tu fuga ha entrado en escena otra persona. Un chaval gordo. ¿Tu hermano? Llevaba un hacha en la mano, y tenía aspecto de primate. Bueno, no te enfades, igual es que estaba enfadado y sin afeitar. Sea como sea, él y tu padre se han quedado detenidos en el centro de la alfombra. Han mirado tu ropa en el suelo, pero no han sabido darle ningún significado. Estaban rabiosos y creo que se sentían un poco ridículos porque la presa hubiera escapado delante de sus propias narices. Tu padre resollaba, blanco como el papel, cuando ha dicho:

—Es la misma loba de la otra vez.

—¿Cómo lo sabes? —ha preguntado la voz de mujer desde el pasillo.

—La he reconocido. Y ella a mí. ¿No habéis visto cómo me miraba? Estos animales son muy inteligentes.

Tu hermano, que fruncía el ceño, ha preguntado:

—¿Y por qué ha vuelto?

—Ha aprendido el camino. Sabe que aquí hay comida. En esta época, los lobos se mueren de hambre. Además, la imbécil de tu hija se deja las ventanas abiertas ¡en pleno bosque! —ha vociferado, cerrando la ventana de un golpe.

El porrazo ha retumbado como un trueno en mi cabeza. Pero lo han hecho mucho más las últimas palabras de tu padre:

—En cuanto empiece a clarear, iré por ella. Te aseguro que esa bestia no vuelve por esta casa.

Ha salido a grandes zancadas, seguido de tu hermano, que ha añadido:

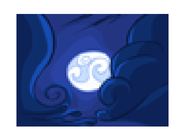
—Iré contigo. Será fácil, está herida. No llegará muy lejos.

Un temblor frío me ha recorrido el cuerpo.

Es verdad que estás herida, Olivia. Sobre la alfombra ha quedado un pequeño reguero de sangre. No sé hasta dónde podrás llegar así. Adónde vas a ir. Qué ocurrirá si recuperas la forma humana. Cómo te las apañarás para volver a entrar si han cerrado la ventana.

Ni siquiera sé cómo lo haces para recuperar tu forma humana. Puede que ni tú lo sepas. Para eso necesitabas mi ayuda, ¿verdad? Para comprender algo.

He permanecido atento a la imagen de la cámara durante toda la noche. No ha ocurrido nada más. Bueno, sí, el gordinflón de tu hermano ha entrado un momento a buscar algo (su pijama, creo) y se ha ido enseguida. Debía de estar cagado de miedo ante la posibilidad de despertar en compañía de un lobo, porque ni siquiera se ha dado cuenta de que el ordenador continuaba conectado. Mejor: hubiera sido horrible pasarme la noche velando su sueño. Por lo demás, apenas nada. Serían poco más de las cinco cuando he oído un aullido. Primero he



creído que eras tú, que regresabas. Luego he llegado a la conclusión de que esto no es posible. He pensado un poco.

Te transformaste a las 21:16:03. Sabías muy bien la hora a la que iba a ocurrir la transformación, porque esa es la hora exacta del plenilunio en este ciclo lunar. La fase actual de la Luna durará unas doce horas. La transformación del licántropo no tiene que ver con la noche, sino con la Luna. Da igual que sea de noche o de día, tú seguirás siendo loba hasta que se den las circunstancias que te permitan dejar de serlo. Aunque no sé de qué circunstancias se trata ni si todas tienen que ver con la fase lunar.

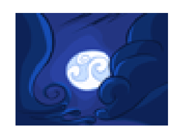
La cacería comenzará al amanecer.

No podré defenderte, y me maldigo por ello.

Si te ocurre algo, no lo soportaré. Por si acaso, seguiré vigilando durante toda la madrugada. Tu ausencia es insoportable.

Ahora ya sé tu secreto, Olivia. Tal vez alguna noche en que no haya luna llena te contaré el mío.

Abel.



Veintinueve

Si Abel tuviera un sueño normal, tal vez esta noche no dormiría, o sufriría pesadillas, o tendría un descanso revuelto. Nada de eso. Su descanso es parecido a la muerte, como siempre. Nada lo interrumpe. Ni siquiera el inconsciente, ni la desesperación. En los sueños de Abel, solo hay tinieblas.

Del mismo modo, para él el anochecer es como un mecanismo automático. Ayer, antes de acostarse, consultó la hora de la puesta del sol. 18:16. El momento de su vuelta a la vida se adelanta, en esta época, unos dos minutos cada día. Esa es la hora en que su angustia por Olivia renacerá.

En el mismo instante en que la segundera roza el punto previsto, clic, un interruptor invisible le abre los ojos.

Su primer pensamiento: «La cacería. Olivia». Sin ponerse las zapatillas, corre al ordenador. Por primera vez, lo ha dejado conectado todo el día. Sin embargo, no ha ocurrido lo mismo al otro lado. Un aviso le informa de las novedades:

«*Esta noche no hay luna llena* ha finalizado la conversación a las 15:26. ¿Desea enviar una nueva petición de conversación?».

Aplaza la decisión hasta más tarde.

Una alerta parpadea en la barra inferior.

«Tiene un mensaje de *Esta noche no hay luna llena.* ¿Desea leerlo ahora? ¿Desea conectarse al chat?».

Pulsa «Conectarme al chat», impaciente.

Teclea las seis letras del nombre de ella como quien escribe el código que le salvará de la catástrofe.

«Olivia».

Abel revisa el estado de su interlocutor: «Conectado. Listo para hablar». La impaciencia le carcome.



Escribe:

WEIRDO: Estás bien? Cuándo has vuelto?

La respuesta llega, helada como la hoja de un cuchillo en la oscuridad:

OSCURA: Quién coño eres tú?

Weirdo no necesita leer nada más para saber que otra persona usurpa la personalidad de su chica. Siente que el pulso le late en las sienes.

WEIRDO: Y tú?

Escribiendo. Otra respuesta.

OSCURA: Deja en paz a mi hermana.

Weirdo sonríe. Se apresura a teclear.

WEIRDO: Ah. Hola, Benjamín. Otra vez metiendo las narices donde no te llaman?

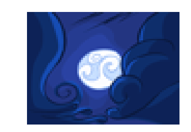
Conoce al hermano de Olivia no solo de verle en acción la noche anterior, sino de las muchas cosas que de él ha leído en el blog.

Un nuevo mensaje:

OSCURA: Tienes suerte de que no sepa dónde vives, gilipollas.

WEIRDO: Igual la suerte es tuya, bocazas.

OSCURA: Me amenazas?



WEIRDO:	No más que tú a mí.
OSCURA:	Escúchame, imbécil: deja en paz a mi hermana. Necesitas que te lo deletree? No tengo inconveniente: D-E-J-A -E-N -P-A-Z- A-M-I-H-E-R...
WEIRDO:	Vete a la mierda.

Pausa. Si esto fuera un combate de boxeo, estos serían los segundos en que los dos contendientes se miran a los ojos, calculan sus fuerzas, planifican la estrategia que mejor sirva para abatir al enemigo que tienen delante.

Benjamín dispara:

OSCURA:	Olivia no te ha dicho que tiene novio?
WEIRDO:	Sí, claro.
OSCURA:	Pues no creo que a él le guste saber que vas detrás de su chica.
WEIRDO:	Olivia le dejó. Y ya le ha olvidado.
OSCURA:	Está claro que no hablamos de la misma persona, gilipollas. No es al bobo de Salva a quien me refiero. No te habló de Arístides? El dueño del bar Noche Cerrada. Está cachas y tiene pasta. No tienes nada que hacer.

Abel siente una punzada en el corazón, ¿Celos? ¿Una duda imposible? ¿Terror?

Repite para sí: «Arístides».

Y acto seguido se dice: «No, no puede ser el mismo».

OSCURA:	Las tías son así, chaval. Te dejan tirado cuando menos te lo esperas para irse con otro.
WEIRDO:	No te creo.
OSCURA:	Es tu problema, tío. Si quieres comprobarlo tú mismo, ven al bar esta noche.
WEIRDO:	Qué bar?
OSCURA:	El Noche Cerrada. No has estado nunca allí? En qué universo vives?



«En ninguno», piensa Abel, «pero solo hasta hoy».

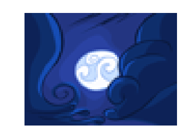
WEIRDO: Dame la dirección y no te enrolles.

Abel anota las indicaciones que van apareciendo en la pantalla: un punto kilométrico de una carretera H no le suena de nada, justo entre el término municipal de Valdelobos y el pueblo vecino. Lo busca en un programa de localización por satélite y no puede creer que esté tan cerca. Oscura al alcance de su mano. Escribe un nuevo mensaje:

WEIRDO: Allí nos veremos, imbécil.

Y a continuación piensa: «Aunque me cueste la vida».





Treinta

El Noche Cerrada está en el punto kilométrico 680 de la carretera de Valdelobos, a pocos kilómetros de la entrada del pueblo. En algunas páginas web se dice que ofrecen la mejor selección musical, bocadillos calientes y fríos y una mesa de billar. Abren a las ocho de la tarde y cierran a las dos de la madrugada, todos los días excepto los lunes. Abel hace desaparecer la información en cuanto el sonido de la puerta anuncia la llegada de su madre.

La oye subir, entrar en su cuarto taconeando y luego en el baño arrastrando las viejas zapatillas. Abel suspira, impaciente. Otra noche de malas caras.

Está deseando saber cómo le ha ido a Hipólito.

Ahora los pasos regresan, se detienen ante su habitación y, por primera vez en su vida, escucha tres toques de nudillos en la puerta.

—Pasa —dice Abel, sorprendido por el cambio y después de comprobar que en la pantalla del ordenador todo está en orden.

—¿Tienes hambre? —pregunta su madre asomando la nariz tímidamente por un resquicio de la puerta—. Hoy no he podido buscar nada.

—No pasa nada —dice él, que a decir verdad lleva un buen rato soportando los quejidos de su estómago—. Estoy bien.

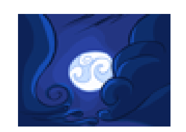
Hoy tiene otras prioridades.

—Está bien, hijo —musita ella.

Su voz aún es metálica, cortante, pero ya comienza a perder el helor de los últimos días. El enfado se va suavizando poco a poco. Las cosas siempre vuelven a su lugar.

Abel trama un plan para esta noche. Esperará a que su madre duerma y le arrebatará las llaves. Valdelobos no está lejos, apenas a treinta kilómetros. Ha consultado en internet y sabe bien qué carreteras llevan allí. Solo espera tener un poco de suerte y encontrar alguien que le lleve. Necesita saber si lo que dice Benjamín es cierto. Aunque, por encima de todo, necesita ver a Olivia. Aunque sea por última vez.

—¿Puedo hablar contigo un momento, hijo? —pregunta Rosa.



Accede, resignado. Todo tiene un aire de solemnidad que el silencio y la voz titubeante de su madre acentúan.

—Tengo que decirte una cosa.

Abel escucha, deseando saber si su amigo ha tenido suerte. Se ha puesto cómodo, su pierna derecha apoyada sobre la rodilla izquierda y la espalda recostada en el respaldo. Rosa, en cambio, se ha sentado en el borde de la cama, con las rodillas juntas y las manos entrelazadas

—Ayer Hipólito me pidió que me case con él —dice.

Abel examina la expresión de su madre. No parece contenta. Lo ha dicho como quien da cuenta de algo vergonzoso. Luego ha bajado la mirada y ha contraído los labios en una mueca de resignación.

—Felicidades, madre. Me alegro de que por fin se haya decidido. Creo que lleva mucho tiempo loco por ti —dice él, sonriendo—. Te mereces tener a alguien que esté atento a…

—Le he dicho que no —suelta ella.

Abel permanece en silencio. Podría preguntarle por qué lo ha hecho, si está loca, si lo ha pensado bien. Podría recordarle cuánto tiempo lleva quejándose de su soledad pesada como una losa. Podría pedirle que deje de buscar excusas para estar sola, que él ya es mayor y puede vivir sin ella, que su cometido ha terminado y si lo asume de una vez será mejor para todos. Para ella, para él, para el bueno de Hipólito, que lleva todos estos años queriéndola en secreto y sabe Dios cómo ha hecho para armarse de valor y decírselo. Como Abel conoce de memoria cualquier respuesta que pueda darle su madre, solo contesta:

—En fin, tú verás. Pero creo que te equivocas.

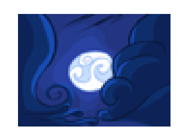
Rosa levanta la mirada del suelo y la clava en los ojos de su hijo. Es una mirada extraña y vacía, que da miedo. La mirada de alguien que hace mucho tiempo decidió que nunca sería feliz. La mirada de alguien que no es capaz de dejar que las cosas ocurran de otro modo porque ha hecho de su desdicha su religión.

Abel sabe que raras veces las palabras logran cambiarlas cosas, pero a pesar de todo se atreve a decir:

—Madre, deberías permitir que las cosas fueran de otra manera.

Rosa le corta, seca, rotunda:

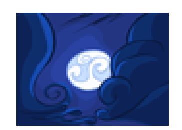
—No me digas lo que debo hacer. Hace mucho que lo sé.



Acto seguido, se levanta y camina hacia la cocina, dando la conversación por terminada.

Si alguien le preguntara a Abel qué siente en este preciso momento, no sabría describirlo. Es una mezcla de rabia con tristeza con resignación con soledad con desprecio con odio y con años y años de aburrimiento acumulado. No cree que haya nadie en el mundo más desesperanzado que él.

Cuando cierra la puerta de su habitación, desea que el mundo desaparezca tras ella.



Treinta y uno

La noche transcurre lenta, insufrible. Su madre permanece en el salón, pensando, con la televisión apagada. Después, en medio del silencio denso, Abel escucha los pasos de Rosa bajar las escaleras. Es un movimiento nuevo, diferente a los de otros días. Los dos cerrojos se abren, luego los otros cuatro, la puerta chirría.

¿Su madre se marcha? ¿A estas horas?

No. No le llega el ruido del motor del coche. Más bien debe de haber salido a tomar un poco el aire, a tranquilizarse. No lo hace muy a menudo, pero no es tan raro.

Abel se esfuerza por volver a sus cosas, pese a la inquietud, fingiendo normalidad, cuando escucha de nuevo pasos precipitados. Su madre sube la escalera. Ha dejado la puerta abierta (no ha oído los cerrojos), va directa al cuarto de los trastos, remueve las cosas de un armario, sale de nuevo precipitadamente. Al pasar junto a la habitación de Abel, exclama con voz nerviosa:

—Hijo, hay un lobo ahí afuera.

Abel se levanta de un salto. Su corazón ha triplicado sus pulsaciones en menos de un segundo. Sale al pasillo a tiempo de ver a su madre con una escopeta en las manos, bajando la escalera a gran velocidad. Corre tras ella, con el corazón a punto de estallar.

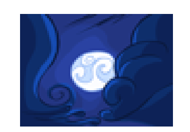
Recuerda unas palabras que le escribió Oscura en el chat: «Suelo pensar que echo a correr y llego hasta tu casa».

Entonces le dijo que deseaba que lo hiciera. Ahora maldice que pueda haberlo hecho.

Rosa sale al jardín con el arma en ristre, mirando a todos lados, como un cazador histérico. Atraviesa la cancela de entrada y sus pasos crujen en la gravilla del camino. Dice para sí misma:

—Debí poner trampas más allá del muro. Ahora le habríamos cazado.

Abel se alegra de que no existan esas trampas. Olisquea el aire frío de la noche, en busca de rastros del cuadrúpedo al que persigue su madre. Un olor acre inconfundible llega hasta sus fosas nasales. Es sangre. No hay duda de que



hay un animal herido merodeando la casa. Si pudiera salir al camino, allí donde su madre escruta la oscuridad, tal vez sus ojos de criatura nocturna serían capaces de verlo. Pero cuando intenta rebasar la vega de hierro, su madre le impide el paso:

—Ni se te ocurra salir. Estos bichos son muy peligrosos —grita muy nerviosa.

Abel no se mueve. Desde aquí puede ver varios metros del camino de gravilla y un primer tramo de bosque.

Distingue un par de ratones que corretean entre el follaje y un búho mudo encaramado a una rama alta. Nada más. Aunque el olor de la sangre le indica que la presa no está lejos.

Rosa achina los ojos, se carga de espaldas, sujeta la escopeta con las dos manos cruzándola sobre el pecho, da vueltas sobre sí misma, como si en cualquier momento una gran bestia fuera a saltar sobre ella. Se comporta como el protagonista de una película de acción. Resulta un poco cómica, pero Abel no está para bromas.

Suena un susurro entre el follaje. Rosa se vuelve de pronto, le parece que ve algo y dispara tres veces. Los disparos resuenan en la amplitud de la noche.

—¡No dispares! —grita Abel, y se precipita sobre su madre con tanto ímpetu que la hace caer.

Rosa se retuerce, no comprende la reacción de su hijo.

—¡Déjame! ¿Qué estás haciendo?—brama.

El olor de la sangre fresca es ahora más intenso, pero Abel sabe dominarse. Por primera vez, las emociones pueden más que su instinto de animal hambriento.

Desde esta nueva posición horizontal, más allá de la verja de entrada, Abel ve un par de ojos brillantes que le observan escondidos entre la espesura. Ve en ellos mucho más de lo que comprende: ve terror. Ve súplica. Ve deseo. Escucha un breve aullido de dolor. Es una loba parda, de mediano tamaño e inusitada belleza. Ágil a pesar de la herida que la hace cojear. La ve salir de su escondrijo y escabullirse en la espesura de la noche.

—¿Lo ves? —exclama ella, maldiciendo su mala suerte—. ¡Era un lobo! ¡Hubieras tenido comida para dos días! ¡Mierda!

Abel ayuda a su madre a levantarse. Rosa se sacude la ropa. Encañonando el arma, sale al camino y observa en todas direcciones, nada dispuesta a darse por vencida.



—No importa, madre —dice él—. Ya te he dicho que no tengo hambre.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¡Estaba frente a nuestras narices! ¡Le teníamos a tiro!

—No quiero comer lobo, madre. Eso es todo.

—¿No quieres? ¡Ah, no me digas! —hay un tono de desprecio en la voz demasiado alta de Rosa—. ¿Vas a hacerte vegetariano?

Abel frunce el ceño. Le molesta la ironía de su madre.

—Ojalá pudiera —masculla.

Entran de nuevo en la casa. Abel aguarda mientras su madre echa los cuatro cerrojos de la entrada principal. El encuentro con la loba le ha dejado trastornado. No puede apartar de su mente esos ojos, esa mirada de brillo casi humano, inteligente.

Aunque hay varios indicios que le llevan a creer que su sospecha es imposible: ya no hay luna llena, Oscura se transformó hace ya muchas horas y, además, Benjamín asegura que esta noche acudirá al bar donde, de algún modo, se han citado. No, es imposible que ese animal fuera ella. Es solo su deseo de encontrarla el que le empuja.

Su madre sigue insistiendo.

—¿Piensas explicarme qué está pasando? Estás rarísimo —dice.

—No pasa nada, madre.

Y ante la mirada inquisitorial de ella, que se ha detenido junto a la segunda puerta con los brazos en jarras y el pelo revuelto, añade:

—He decidido cambiar.

—¿Cambiar?

—Intentarlo, al menos.

—¿Cambiar cómo?

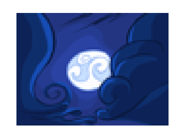
—No quiero que el instinto me domine.

Rosa suelta una carcajada larga, hiriente, antes de comenzar a subir los escalones. Su voz resuena como un eco en el techo de la escalera cuando dice:



—Muy bien, hijo. Si lo consigues, serás el único ser vivo del planeta que logra sobreponerse a sus instintos. No dejes de avisarme, por favor.





Treinta y dos

Abel está en lo cierto: puede cambiar.

Hay un momento en la vida en el que aún estamos a tiempo. Aún tenemos la posibilidad de elegir aquello en lo que vamos a convertirnos. Lo que deseamos ser. Abel está en ese momento crucial de la vida: tiene diecisiete años.

El chupasangre que desea cambiar espera ahora a que su madre se duerma. No apaga el ordenador. Deja la luz de su habitación encendida a propósito. Cierra la puerta. Alinea los zapatos junto a su mochila, en el pasillo. Camina en calcetines sobre las baldosas, para no hacer ruido. Mira a su madre desde el umbral.

Rosa tiene la tele puesta, una revista abierta sobre el pecho, las gafas a punto de caer de la punta de su nariz y la bata abrochada.

Abel se acerca al lecho donde se ha dormido sin esperarlo. La examina con prudencia, calcula las distancias. Solo unos centímetros le separan de las llaves, pero sabe que no va a ser un objetivo fácil. Un objetivo ruidoso siempre es un riesgo. Y del llavero cuelgan unas diez piezas, cada una con su propia banda sonora. Toma aire reúne fuerzas. Se atreve.

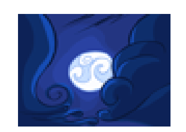
Se sitúa junto a la cama. Su brazo describe una parábola y su mano, como una pinza, se abalanza sobre el llavero y las diez minúsculas ruidosas. Casi lo ha conseguido, pero un segundo después tiene que echarse atrás.

Su madre se remueve en la cama. Las gafas resbalan y le caen sobre la boca, provocándole un sobresalto que amenaza con despertarla. Por suerte, Abel ha sido rápido y sigiloso. Ha salido antes de ser visto, ha recogido sus cosas y se ha refugiado en su cuarto, a la espera de la segunda oportunidad.

El corazón le late en la garganta.

Antes de volver a intentarlo, ha tenido que pasar una hora y media. Para aprovechar el tiempo, y también porque la ansiedad le devora, inspecciona de nuevo su mochila. Añade un bote de alcohol y otro de yodo, y algunas vendas. Si encuentra a Olivia va a necesitarlos, porque sabe que está herida.

Encontrarla. Puede que esa posibilidad sea una quimera; que el cazador ya se haya cobrado su pieza. Que sea verdad que es la novia de otro, y que él se disponga a hacer el primer y mayor ridículo de su vida. Aunque algo en su



interior se niega a creer que todas las palabras de ella en el chat fueran una mentira. Le resulta mucho más fácil pensar que quien miente es Benjamín, por alguna razón que no alcanza a comprender.

Conclusión: aunque esta noche fuera la última, valdría la pena ir tras ella.

Son más de las cuatro cuando sale de nuevo de su cuarto. En esta ocasión tiene más suerte. Su madre se ha quitado la bata y la ha dejado sobre la colcha, como si fuera una manta. Sin embargo, la televisión está apagada y el silencio es profundo, absoluto. Tiene a favor la luna menguante, que alumbra en mitad del cielo nocturno y parece querer ayudarle, y su desarrollada visión nocturna (una gran ayuda, por segunda vez en la misma noche). En contra, los rugidos feroces de su estómago vacío.

Entra en la habitación deslizándose sobre las baldosas. Como antes, se acerca a la cama y aguarda. La respiración de su madre es acompasada, calmosa. No hay revistas ni gafas que estorben. El único riesgo es el insomnio, esos despertares abruptos de Rosa, que pueden ocurrir en cualquier momento. Y que de hecho ocurren —lo sabe bien— varias veces todas las madrugadas.

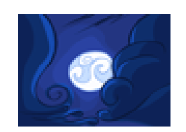
El bolsillo derecho de la bata está mucho más abultado que el otro. Ahí está su objetivo.

Calibra sus posibilidades. Cuenta hasta diez mentalmente, para infundirse valor. Al fin se lanza. Su mano entra limpiamente en el bolsillo, agarra el llavero y todo su contenido como si fuera un ovillo y cierra el puño con tanta fuerza que se lastima los dedos, pero no le importa. El tacto frío de las piezas de hierro le envalentona y le asusta. Tiene en su mano la libertad con la que lleva tanto tiempo soñando. El mundo entero en un puño.

Comprende que ahora no puede volverse atrás. Su madre se revuelve un poco, busca instintivamente su bata para arroparse con ella. Abel sabe que no tardará en despertar. Que no tiene mucho tiempo.

De modo que sale a toda prisa por el pasillo y recoge los zapatos. Casi trastabilla por la escalera, debido a los nervios. Alcanza la puerta. Enciende la luz. Se vuelve a toda prisa. Ha creído ver a alguien observándole. Es el miedo. Si su madre le descubre ahora, se pondrá hecha una furia y le obligará a volver a su cuarto. Todo habrá sido en vano. Un riesgo inútil.

Se queda paralizado al observar las cerraduras de la puerta interior. ¿Qué llave corresponde a cada una? Muchas llaves, dos cerraduras, una probabilidad entre varias de acertar a la primera. Infinitos intentos (contando los nervios y las repeticiones). No hay tiempo que perder.



Comienza a intentarlo sin ningún orden, sin ninguna precaución. Le parece que introduce varias veces la misma pieza en la misma hendidura. Tarda una infinidad en dar con la primera. Luego, vuelve a la carga con la segunda. Hasta que la puerta se abre y conquista el vestíbulo de la chimenea y se encara a la puerta de entrada, el acceso a otro mundo, al único verdadero. Le parece que oye ruido arriba y maldice su suerte. Le tiembla el pulso cuando elige otra llave, una cualquiera. Piensa:«Debería separar las que ya he utilizado». Pero no lo hace hasta más tarde, está demasiado nervioso para seguir ningún método.

Da con la tercera llave al sexto intento y luego todo parece más fácil. La ley de probabilidades le ayuda. De pronto, la última cerradura cede con suma facilidad y la puerta se abre. El frío de la noche le golpea la cara. La luna le recibe, impasible. Una brisa ligera mece las copas de los árboles más altos, que susurran una canción misteriosa.

Mientras se pone los zapatos, se siente aterrorizado y eufórico al mismo tiempo. Da un primer paso hacia la verja. Se detiene junto al coche. Un ruido llama su atención. Un animal pequeño. Una musaraña o tal vez un topo. Ha caído en una trampa y trata de liberarse con movimientos como espasmos. Esta vez no puede resistirse. Lleva muchas horas sin comer. Apenas perderá unos segundos.

Al rodear el vehículo, vislumbra algo en su interior, sobre el asiento de atrás. Una certeza dolorosa que le araña el alma. Su guitarra. La observa unos segundos a través de la ventanilla trasera, olvidando a la musaraña, perdiendo un tiempo precioso, reprimiéndose las lágrimas. Llega a la conclusión de que no puede llevarla en su huida, pero dejarla ahí le desgarra el corazón.

El silencio es tan absoluto como su desazón. Tres segundos después, echa a andar hacia la verja. El hierro se abre con un chirrido que alborota a algún ave nocturna. Cuando pisa más allá del único territorio conocido, una extraña serenidad le da fuerzas.

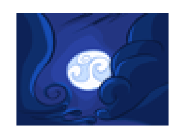
De pronto siente una ganas irrefrenables de correr. Y lo hace.

Corre.

Se aleja a toda velocidad, tanto como lo permiten sus piernas. Respira el aire de la noche, que huele a libertad, a zozobra, a mundo desconocido, a deseos de convertirse en otro, a esperanza de encontrar a Olivia, a pequeños roedores de los que alimentarse. A esperanza por estrenar.



Detrás de sí, deja las llaves colgando de la última cerradura y a su madre dormida, ajena por completo a la desagradable sorpresa que la espera al despertar.



Treinta y tres

En la pantalla de Abel, la última entrada del blog de Oscura es un interrogante abierto:

Los humanos y los lobos tenemos más en común de lo que imaginamos.

Una manada de lobos está compuesta por el jefe, su hembra y los distintos cachorros que han nacido en diferentes camadas. Si hubiera otra hembra, tendría un rango inferior y se quedaría en segundo lugar. Siempre.

En el grupo, nadie se atreve a desafiar el poder del fuerte y poderoso jefe. Si alguien lo hiciera, debería atenerse a las consecuencias.

Solo hay dos modos de abandonar la manada:

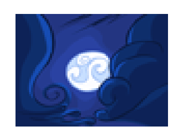
1. Los machos jóvenes se van en grupo, a buscar hembras y alimento. Con el tiempo, cada uno terminará fundando su propia manada, regida por las mismas reglas.
2. Un miembro es rechazado por los demás. Cuando esto ocurre, el extraño debe irse. Lo más probable es que se convierta en un lobo solitario, condenado a vivir, cazar y morir solo.

Hace tiempo que me siento una extraña entre los míos. El jefe me rechaza, no hay lugar para mí entre los hermanos. Creo que se acerca el momento de elegir mi propio camino. Abandonar la manada.

No tengo ni idea de si existen lobas solitarias, pero yo no quiero ser una de ellas.

Sé muy bien con quién quiero estar y por qué. Ahora solo necesito encontrar el camino que me conduce hasta ti, Weirdo.





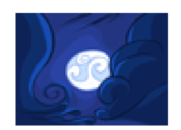
Treinta y cuatro

En el bolsillo derecho del batín, sobre la colcha, una nota escrita de puño y letra por Abel:

Querida madre:

Tengo mis razones para marcharme así, que algún día me gustaría explicarte. Te quiero mucho y te agradezco todos tus cuidados y sufrimientos de estos 17 años. Volveré algún día a hacerte una visita, pero, mientras tanto, me gustaría que aprovecharas mi ausencia para ser feliz. Seguro que Hipólito aún está dispuesto a acompañarte a París y los billetes siguen siendo válidos. Un beso de tu hijo que te quiere,

Abel



Treinta y cinco

Olivia:

Te escribo este correo electrónico, el último que envío desde mi habitación y mi casa, para decirte que esta noche va a ocurrir algo importante. Por si acaso no vuelvo a verte, quiero que sepas tres cosas: que te quiero, que eres lo más importante que me ha pasado y que soy un monstruo.

No tengo ni idea de dónde estás, aunque me propongo seguir la única pista que poseo: Noche Cerrada. Si te encuentro allí, nadie podrá detenerme, te lo prometo.

Si estás viva y si lo estoy yo después de esta noche, prometo que nunca más te sentirás sola.

Si lo que dice tu hermano es cierto, o si la cacería de tu padre ha salido bien, este será mi destino: me tumbaré bajo los árboles del bosque, cerraré los ojos y esperaré, paciente, a que el sol haga trizas mi cuerpo. Ten por seguro que mi último pensamiento será para ti.

Si en mi camino tropiezo con alguien dispuesto a hacerte daño, no importa de quién se trate, será él quien conozca ese destino. Ya sabes en quién estoy pensando, supongo: Arístides.

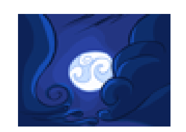
No sé si podrás leer este correo electrónico, ni cuándo. Da lo mismo. Necesitaba decirte todo esto. A veces, en las palabras nos jugamos la vida, ¿no crees?

Deséame suerte, amor mío.

Te quiero.

Abel

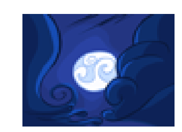




Cuenta la leyenda que al principio de los tiempos los seres humanos vivían bajo tierra. Llevaban una vida triste, de oscuridad e insatisfacción. Un día, los lobos, que sabían de su tristeza, los ayudaron a salir a la superficie y les mostraron las bellezas del mundo. Los enseñaron a cazar, a vivir en manada, a amar la naturaleza. Pero los hombres, ingratos, declararon la guerra a los lobos en cuanto no les quedó nada por aprender. Y una noche de luna llena, expulsaron a los lobos de su territorio.

Desde entonces, los lobos aúllan durante el plenilunio, locos de tristeza por no poder volver con los hombres.

Mientras tanto, los hombres sueñan con convertise en lobos para poder seguir aprendiendo.



Intermedio

Noche Cerrada

Extraño suceso anoche en un bar cercano a Valdelobos

UN INQUIETANTE SUCESO HA CONMOCIONADO A LOS HABITANTES DEL TRANQUILO VALLE DEL SILENCIO: ARÍSTIDES, EL DUEÑO DEL LOCAL DE DIVERSIÓN MÁS POPULAR DE LA ZONA, UN BAR-SALÓN DE BILLAR CONOCIDO COMO NOCHE CERRADA, DESAPARECIÓ EN EXTRAÑAS CIRCUNSTANCIAS LA PASADA MADRUGADA, POCO DESPUÉS DE QUE UN ASALTANTE ENTRARA POR SORPRESA EN SU PROPIEDAD. DESDE ENTONCES NO SE HA VUELTO A SABER DE ÉL. EL ÚNICO TESTIGO PRESENCIAL DE LOS HECHOS ES EL MEJOR AMIGO DEL DESAPARECIDO, UN JOVEN DE l8 AÑOS LLAMADO BENJAMÍN. SU TESTIMONIO, POR AHORA, SOLO HA CONSEGUIDO DESCONCERTAR A LOS AGENTES QUE INVESTIGAN EL CASO.

Según explicó a la policía el joven Benjamín, aún en estado de choque, llegó al bar de su amigo sobre las cinco de la madrugada. Jugaron unas partidas de billar y charlaron un rato, como solían hacer a menudo. A eso de las siete, un desconocido irrumpió en el local provocando numerosos destrozos. Respecto a la identidad del agresor, Benjamín se limitó a decir que «nunca le había visto antes» y que era «alto, fuerte y joven». También explicó que él y Arístides mantuvieron una acalorada pelea que siguió en el exterior del establecimiento, a orillas del Arroyo Negro, y de la que se desconocen los detalles, salvo que al terminar ninguno de los dos —ni Arístides niel atacante— fue vuelto a ver. Del motivo que provocó la pelea, el único testigo no ha querido revelar nada.

La policía ha inspeccionado la zona, en un área de cuatro kilómetros a la redonda, en busca de pistas, pero no ha tenido éxito. En el interior del local, en cambio, sí resultaban evidentes los efectos de la contienda: el billar había sido pisoteado y golpeado salvajemente, había numerosas botellas rotas, así como un espejo, varias puertas, parte del mostrador, varias baldosas del suelo, los tacos de billar, las patas de varias sillas e incluso un pedazo de un muro medianero. Según fuentes policiales, «debió de ser una trifulca tan virulenta que cuesta trabajo creer que la mantuvieran dos seres humanos».

El caso está lleno de interrogantes que no parecen fáciles de resolver.

De la víctima, apenas se sabe nada, salvo que se llamaba Arístides y



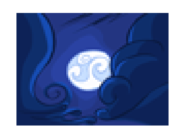
regentaba este bar desde hacía cinco años. Al parecer, no tenía parientes vivos ni más amigos que el ya mencionado Benjamín. La policía cree que su nombre podría ser un pseudónimo, ya que no consta su partida de nacimiento, no se le conoce ningún domicilio ni tiene historial médico de ningún tipo.

Lo desalentador es que del agresor se tienen aún menos datos. No se conocen los motivos que le impulsaron a obrar de ese modo. Su intención no era robar nada, puesto que ni siquiera se dirigió a la caja ni tomó objetos de valor. Tal vez se tratase de algún ajuste de cuentas, aunque la policía no tiene noticia de que en el bar se traficara con sustancias estupefacientes o ilegales.

En la parte trasera del local, la policía encontró una gran jaula cuya cerradura había sido destrozada. Se cree que pudo contener un lobo, puesto que junto a ella se han rastreado huellas que pueden corresponder a ese animal. Se ignora, no obstante, si este hecho pueda tener alguna relación con el ataque. La policía cree, además, que el lobo estaba herido, ya que dentro de la jaula aparecieron abundantes restos de sangre.

Por ahora, se investiga la posibilidad de que estos extraños hechos estén relacionados con la caza furtiva del lobo, especie protegida desde hace años. Por el momento no se ha podido esclarecer nada.

El joven testigo está recibiendo atención psicológica. El bar Noche Cerrada ha sido precintado por las fuerzas de seguridad hasta nuevo aviso. ■

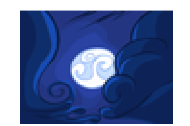


Segunda Parte

Oscura

Decálogo del lobo

Respeta a tus mayores.
Enseña a los jóvenes.
Coopera con la manada.
Juega siempre que puedas.
Caza cuando lo necesites.
Descansa entre ambas cosas.
Comparte tu afecto.
Expresa tus sentimientos.
Haz que el peligro te tema.
Deja huella.



1

Necesito contar las cosas horribles que me están ocurriendo y muchas otras que, imagino, me van a ocurrir. Comenzaré por el principio.

Hace dos semanas desperté de un coma. Para quien no sepa de qué hablo, coma (según el diccionario) es el «estado patológico que se caracteriza por la pérdida de conciencia, la sensibilidad y la capacidad motora voluntaria». El mío duró dos días y medio y fue de nivel tres (el máximo es cuatro). Es decir, que durante unas sesenta horas me convertí en un vegetal incapaz de oír, hablar, pensar, caminar ni saber nada de lo que ocurría a mi alrededor.

Al despertar me sentía débil y aturdida, como recién resucitada. No entendía por qué todo el mundo me hablaba al mismo tiempo ni por qué me hacían tantas preguntas. No me acordaba de nada, y me costó mucho comenzar a reconstruir el rompecabezas de mis propios recuerdos.

Los médicos me interrogaban sin cesar: «¿Qué es lo último que recuerdas con nitidez?». «¿Hiciste algo que quieras contarnos en las horas previas a la pérdida de consciencia?». «¿Bebiste, inhalaste o te inyectaste algo?». «¿Probaste sustancias desconocidas?». «Es muy importante, por tu bien, que seas absolutamente sincera». No entendía qué me estaban preguntando, ni por qué el médico lo hacía con aquella sonrisa bobalicona en los labios.

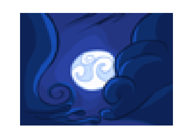
Le dije la verdad: la única «sustancia desconocida» que había probado era el agua del Arroyo Negro. Lo llaman así, aunque de negro no tiene nada. Todo lo contrario: es una corriente fresca, cristalina y buenísima, que parte por la mitad el Valle del Silencio (y que también corre muy cerca del bosque que queda tras la finca de mis padres) y del que la gente del lugar cuenta un montón de leyendas.

Creo que no me creyeron.

«Tu hermano nos dijo que cuando sufriste el ataque os encontrabais en un bar a las afueras de Valdelobos, pasando un buen rato. Es muy importante que sepamos qué habías bebido. Sabemos por Benjamín que el dueño del local os invitó a unas copas. Necesitamos saberlo todo, incluidos los detalles más pequeños, para poder elaborar un diagnóstico».

Estas eran las palabras de los médicos. Por supuesto, ninguno de ellos tenía ni idea de lo que había ocurrido en realidad.

Fui al Noche Cerrada porque mi hermano se empeñó. No suelo salir con Benjamín porque ninguno de los dos soporta los gustos del otro, comenzando por la música y terminando por los amigos. Aquella noche, sin embargo, papá estaba de muy malas pulgas y pensé que lo mejor era salir un rato a tomar el aire. No quería quedarme en casa pensando en Salva o viendo series deprimentes de esas que le gustan a mamá.



Además, por alguna extraña razón (la entendí más tarde), Benjamín insistió en que le acompañara. No lo había hecho nunca.

Fuimos en la moto de mi hermano, que cortaba el aire frío del valle como una cuchilla. Tardamos algo más de un cuarto de hora y llegamos poco después de la medianoche. El Noche Cerrada estaba casi desierto. Jugamos un par de partidas de billar, disfrutamos de la música (que es buena) y el dueño, ese amigo raro de mi hermano cuyo nombre nunca recuerdo, nos invitó a unas bebidas. Yo pedí una naranjada.

Cuando me la trajo, sonriendo como en un anuncio, recordé de pronto por qué no soporto a ese tipo: había echado vodka o algo así en mi vaso. Estaba asqueroso. Ellos se rieron a dúo de mi mueca de asco.

—A mi hermana solo le gustan las bebidas de menú infantil —dijo Benjamín.

—Pues ya va siendo hora de que crezcas, ¿no te parece? —dijo su amigo, acercándose demasiado.

No me pareció que oliera a alcohol, ni le vi beber nada, pero se comportaba como si estuviera borracho.

Dejé el vaso sobre la barra y no volví a probar su contenido.

—Te pones interesante cuando te enfadas —me dijo el raro, y me sentó fatal.

Sacó otro vaso, echó hielo y vació en él un botellín de naranjada. Luego me lo trajo, sin dejar de sonreír.

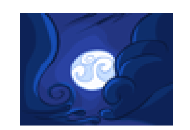
—Toma, princesa. Perdónanos, por favor.

Puso el vaso en mis manos —yo no hacía ni el menor gesto por agarrarlo ni por perdonarle— y se acercó tanto que sentí su aliento en mi boca. Fue repugnante. Me aparté. Creo que me salió otra mueca de asco. Entonces sentí su mano grande y caliente en mi espalda. La dejó caer entre mis omóplatos y la deslizó sobre la columna, hasta más allá de la cinturilla de mis pantalones, mientras me susurraba al oído:

—Tu hermano me ha contado lo que te ha pasado. Creo que has hecho lo mejor, princesa. Cuando te ponen los cuernos, hay que cortar por lo sano. Presiento que tú y yo somos muy parecidos.

Me levanté de un salto. Le dirigí una mirada asesina a mi hermano —que estaba junto al billar— y otra a su amigo. Dejé el vaso sobre la barra y decidí que me iba a dar una vuelta.

El amigo de mi hermano es mayor. No sabría precisar qué edad tiene, puede que treinta o algo menos. Es alto, cuerpo de gimnasio y una media melena muy negra que se sujeta en una coleta. Viste siempre de negro, conduce un deportivo impresionante y tiene un estilo de galán de cine que a veces da un poco de risa. Sé que en el bar entran todas las noches un montón de chicas cuyo mayor deseo sería acostarse con él. No se puede negar que es guapo, lo reconozco, pero hay algo en él que me repele. Y no puedo entender por qué, si tiene tantas chicas a su disposición, se encaprichó de la única que no quiere nada con él. Es decir: de mí. Los tíos son raros. Les gusta lo que no está a su alcance.



Últimamente, mi vida sentimental se ha convertido en una montaña rusa. Lo último que deseaba aquella noche era tener que pararle los pies a alguien. Cuando salí a la parte trasera del bar, dejando a los dos amiguitos jugando al billar, estaba realmente cabreada. No hacía más que pensar en Salva, en Margarita y en mi mala suerte con las relaciones. Tenía ganas de matar a mi hermano por haber contado mis cosas a un perfecto desconocido y también tenía muchísimas ganas de llorar que, por supuesto, disimulé como si me fuera la vida en ello.

«Dar una vuelta» cuando estás en el Noche Cerrada solo puede significar dos cosas: caminar por la carretera, que es secundaria y no tiene apenas arcén, con el riesgo de morir aplastada por el primer camión que pase, o bien dar un paseo por el bosque espeso que se encuentra justo detrás, y que también debe de estar poblado de peligros, solo que no brillan en la oscuridad como los faros de un camión.

Elegí la segunda opción.

Por suerte, había Luna llena y hacía buen tiempo. El bosque, bajo la pálida luz blanca, parecía un lugar apacible y tranquilo. De vez en cuando, algo susurraba a mis pies, o una lechuza ululaba lejos, pero nada de todo eso me asustaba lo más mínimo. Estaba demasiado rabiosa para sentir miedo. No podía creer que hubiera sido tan tonta como para aceptar la invitación de mi hermano. Y tampoco que él fuera tan traidor como para contar mi vida privada al baboso de su amigo. Y menos aún para compincharse con él en sus tretas de seducción. Porque de pronto lo tenía clarísimo: a eso se había debido la insistencia de mi hermano en que le acompañara. Su amigo había decidido —a saber por qué— ligar conmigo precisamente esa noche. Y Benjamín, que tiene cabeza de chorlito, decidió ayudarle a conseguirlo.

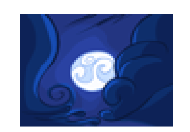
De modo que no buscaba nada en medio de aquella vegetación, solo calmarme un poco. Ni siquiera sabía adónde iba. Me senté a orillas del Arroyo Negro y lloré un buen rato pensando en Salva, en Margarita, en mi padre que no quería saber nada de mis sentimientos y a quien solo le importaba él mismo, en mi madre que le apoyaba hasta en sus errores, en lo complicada que resulta a veces la vida. Lloré por todo eso y logré sentirme un poquito mejor. Creo que estuve allí más de una hora, porque de pronto me di cuenta de que tenía frío y de que la luna estaba muy alta. La brisa mecía las copas de los árboles y el agua del arroyo borboteaba. Me dieron ganas de beber.

Me arrodillé junto al margen del río, formé un cuenco con las manos y bebí hasta saciarme. El agua estaba tan rica que no pude evitar sonreír al recordar las palabras que una vez me dijo Elíseo:

—Nunca bebas de las aguas encantadas del Arroyo Negro, niña, porque te ocurrirán cosas horribles.

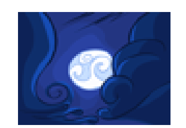
Tengo que acordarme de contar quién es Eliseo. De momento, solo diré que es pastor y muy viejo. Un hombre de campo. Y amigo de mi padre.

Pero estaba contando que bebí con mucha sed de las aguas del Arroyo Negro. Luego me levanté y comprobé que me sentía mejor, más relajada. Decidí volver al bar y pedirle a Benjamín que me llevara a casa. Eché a andar hacia el resplandor amarillento que se adivinaba unos metros más allá, junto a la carretera. Hasta mis oídos llegaba el retumbar de la música del local.



Digo esto porque estas son las dos únicas cosas de las que tengo memoria: la música y la luz en la distancia. Pocos pasos después, sentí un dolor muy fuerte en el estómago y el mundo comenzó a dar vueltas a mi alrededor. Me dio tiempo a sacar el móvil del bolsillo y llamar a mi hermano, pero no logré articular palabra.

Lo siguiente que recuerdo es el hospital y las preguntas.



2

Al despertar, lo primero que me llamó la atención fueron los olores. Había muchos, cargados de matices. Algunos eran tan fuertes que apenas podía soportarlos. El olor a suavizante de las sábanas. El olor a colonia de mi compañera de habitación. El hedor a gato de la enfermera. El tufo a orines de un bebé, nieto de mi compañera de cuarto. Y la peste a comida que lo impregnaba todo. Los dedos de las enfermeras, la tapicería de las sillas, la ropa de mi hermano. Solo con olerlos sabía lo que habían comido. Muchos de aquellos olores me revolvían el estómago o me hacían estornudar. De pronto no soportaba el gel de ducha o el suavizante para el pelo. Mucho menos, los productos de limpieza. El mundo está lleno de olores insufribles y nunca antes me había dado cuenta.

También la sangre. La olía a varios metros de distancia. Aunque estuviera dentro de esas bolsitas de plástico que se usan en las transfusiones. Y me daba náuseas.

Enseguida hice un descubrimiento mucho más impresionante. Cuando todos esos asquerosos efluvios no me lo impedían, era capaz de distinguir a las personas a muchos metros de distancia solo por el olor que llegaba hasta mis fosas nasales. No porque llevaran un perfume demasiado fuerte o porque no se hubieran duchado ese día. Simplemente, reconocía el olor de su piel. Cada persona tiene el suyo, único en el mundo (para quien sea capaz de identificarlos, claro). Mi médico, por ejemplo, olía entre acre y dulce, como a ciruela demasiado madura. Mi padre me recordaba a la sal mojada. Mi madre, a madera envejecida. A mis hermanos no los vi durante los días que permanecí ingresada. Con la excepción de Benjamín, que se dejó caer por allí con su amigo el guaperas, fingiendo estar muy preocupado.

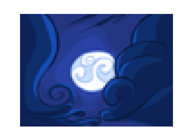
Lo primero que pensé al verlos fue: «¿Qué hacen estos aquí? ¿Cómo es posible que cuando estás enfermo no puedas evitar recibir a gente que no quieres ver?». Nada más olisquearlos pensé que mi hermano debería ducharse más a menudo: apestaba a sudor rancio. Su amigo, en cambio, tenía un olor que no logré identificar con nada humano. Ni rastro de sudor. Un aroma diluido a leche agria. Un poco raro para un tipo que regenta un bar en mitad de la nada, ¿verdad? Por cierto, que ni en el hospital cambió su actitud con respecto a mí. Me agarró la mano, acercó sus labios a mi oído —otra vez su aliento caliente junto a mi piel— y susurró:

—Estás muy guapa, princesa.

Me miraba como si fuera a comerme mientras mi hermano sonreía sin cesar. Qué asco. Cuando se fueron, la enfermera me dijo:

—Perdona que te lo diga, pero tu novio está como un queso.

—No es mi novio —me apresuré a aclarar.



Los ojos de la enfermera, la más joven y la más simpática de la planta (olía a cordero), se iluminaron de pronto. Fue a ella a quien le conté lo que me estaba ocurriendo. Lo de los olores y eso. Como era de prever, no me tomó en serio.

—No pasa nada, cariño —dijo con dulzura—. Has estado muy malita, es normal que te sientas un poco rara.

Otra enfermera, mucho mayor, me preguntó bajando un poco la voz:

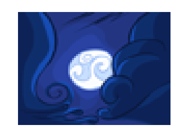
—¿Existe alguna posibilidad de que estés embarazada? —y añadió—: Los embarazos desarrollan algunos sentidos, como el olfato.

—No. Ninguna —dije.

El siguiente descubrimiento fue mucho más útil. Podía escuchar las conversaciones que tenían lugar en todas las habitaciones de mi planta. Más aún: podía aislar una sola de ellas, incluso la más lejana, para disfrutarla al máximo. Oía los cuchicheos de las enfermeras, las maldiciones por lo bajo de los enfermos y los bisbiseos al oído de cualquiera que pasara por allí. Oía el vuelo de las moscas y la respiración de las cucarachas bajo el linóleo del suelo. Oía las sirenas de la policía a seis kilómetros de distancia. Las discusiones de los conductores con el guardia municipal en el aparcamiento del hospital. El latido del corazón de los camilleros que avanzaban por el pasillo a toda prisa y el fluir de los jugos gástricos en el interior de sus intestinos. Por suerte, este concierto de ruidos no duró mucho, apenas unas horas. Luego, pareció atenuarse. O puede que fuera yo quien se acostumbró a él. ¿No dicen que cuando llegamos al mundo lo primero que percibimos es un ruido monumental, insoportable, al que, sin embargo, no tardamos en habituarnos?

De algún modo, es como si yo hubiera vuelto a nacer.





3

Ya sé lo que ocurrió desde que perdí el conocimiento junto al Arroyo Negro hasta que desperté en el hospital.

Tras recibir aquella llamada mía sin palabras, mi hermano utilizó por una vez la materia gris y dedujo que me había ocurrido algo. Su amigo le había dicho que había salido del bar en dirección al bosque, de modo que ambos sabían dónde debían buscarme. Me encontraron cerca de la orilla del riachuelo, inconsciente. Según Benjamín, fue casi un milagro que no cayera a la corriente. De haber sido así, puede que hubiera muerto ahogada.

Me llevaron hasta el bar y me arroparon sobre la mesa de billar, utilizándola como si fuera una camilla. Al ver que no reaccionaba, después de cinco minutos de reanimaciones inútiles (no quiero ni imaginarme en manos de esos dos), mi hermano se decidió a llamar a nuestros padres. Luego llegó la ambulancia.

De camino al hospital, los enfermeros de la unidad móvil tuvieron que hacerme un masaje cardiaco, con desfibrilador y todo, porque mis pulsaciones habían desaparecido. Como en las series de hospitales (espero que el médico, por lo menos, fuera guapo), consiguieron reanimarme, pero por poco tiempo: estaba llegando al hospital cuando sufrí un paro cardiaco. Yo, por supuesto, no me acuerdo de nada.

Tras un buen rato de angustia y maniobras por parte de los médicos, consiguieron «recuperarme» (eso significa que me trajeron, más o menos, de vuelta a la vida), pero no lograron que abriera los ojos. Había logrado sobrevivir, al menos técnicamente, pero una parte de mí continuaba muerta. En coma. Algo así como una pausa en el curso de los acontecimientos, un intermedio en la representación de la vida durante el cual, se supone, tienes permiso para ausentarte y conocer otros mundos.

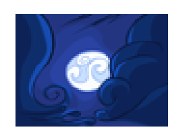
Después de todo esto, los médicos, muy serios, salieron a hablar con mis padres. No les dieron muchas esperanzas.

—Nadie sabe lo que puede prolongarse un coma —dijo el doctor que me había atendido—. Pueden ser minutos, horas o años.

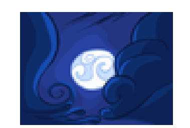
Mi madre pasó horas rezando en la iglesia del hospital. Mi padre se quedó en la planta, gritándole al médico que era un inútil por darse por vencido tan pronto. Ambas actitudes sirven a la perfección para que los vayáis conociendo.

Es decir, que pasé dos días y medio en algún lugar desconocido, más allá de este mundo. Si alguien se está preguntando qué encontré al otro lado, me temo que mi respuesta va a decepcionarle: nada en absoluto. Oscuridad. Silencio. Ningún recuerdo, ninguna luz, ningún angelito esperándome para conducirme a las puertas del cielo, ningún dios de voz aterciopelada dándome la bienvenida a su paraíso. Aunque tampoco ningún demonio infecto con las barbas incendiadas.

Más allá no había más que vacío.



¿Defraudados? Yo, la verdad, un poco. Tal vez será diferente cuando llegue mi hora definitiva.



4

Prometí hablar de Elíseo.

Ya dije que es pastor. Bueno, lo fue en su juventud, porque ahora vive retirado y de vez en cuando le hace algún trabajito a mi padre. Carpintería, albañilería, cosas así. Se conocen desde hace muchos años, cuando gracias a Eliseo mi padre compró los terrenos y la casa del valle por un precio de ganga. Su amistad se basa en lo único que tienen en común: su pasión por el bosque y por la caza.

Eliseo conoce estas tierras y todas sus historias como la palma de su mano y le encanta contarlas mientras recorre la zona. Por eso a mí siempre me ha gustado acompañar a mi padre y a su amigo en sus paseos, porque los cuentos del viejo pastor hablan de maldiciones, diablos y monstruos, y lo mejor es que él los toma tan en serio como las historias de invasiones romanas o de guerras civiles que también se escuchan con frecuencia por aquí. Mi padre siempre dice que es maravilloso que un hombre como él, casi analfabeto, recuerde tantas cosas y sepa contarlas con tanta pasión.

Además de ser un experto cazador, Eliseo posee una inteligencia natural, una especie de instinto para la caza. En su juventud fue tenido por el mejor cazador de lobos de la zona. Eran, desde luego, otros tiempos. Por aquel entonces, los lobos atemorizaban a las gentes del valle y su caza no solo no estaba prohibida, sino que era un arte difícil y admirado. A Eliseo le llamaban «el Tumbalobos», un sobrenombre que heredó de su padre y de su abuelo y cuyo origen nos ha contado docenas de veces, muy orgulloso.

Eliseo nunca sale de casa sin Bravo, su perro mastín. Es un perrote peludo y robusto, tan viejo y retirado como él, pero que aún conserva su aspecto imponente. Cuando era pequeña, me pasaba horas jugando con él, montada en su lomo como si fuera un elefante. No exagero si digo que Bravo fue mi mejor amigo en todo el Valle del Silencio.

Cuando llegué a casa, después de lo que me pasó, Eliseo me saludó con una sonrisa mustia. Supe al instante que se alegraba de verme, pero no logré interpretar aquella tristeza que descubrí en sus ojos. Poco tiempo después, oí que mi padre le decía, muy serio, y tan cortante como él sabe ser cuando se lo propone:

—No quiero volver a escuchar esas paparruchadas de encantamientos y maldiciones, Eliseo. Deja ya el asunto y vete a tu casa.

Así es la relación de mi padre con su amigo el pastor: mi padre ordena y Eliseo obedece. Para algo mi padre es el empresario, el hombre importante y rico que llegó de la gran ciudad. Y Eliseo es un pobre pastor de ovejas, viejo y cansado, que tiene la suerte de tenerle como amigo. Hay cosas que no cambian nunca.

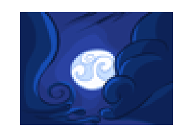
Conmigo, mi padre se comporta como con Eliseo. Sigue sin creer mi versión. Dice que a nadie le da un paro cardiaco por beber agua de un arroyo. Todo el tiempo me



pregunta si había tomado algo, quién me lo dio, dónde estuve y con quién. Cuando le conté la verdad contestó:

—Ya veo que en esto también vas a ser una testaruda.

También. Él y yo sabemos lo que significa. Por eso es una palabra que nos hace daño a los dos.



5

Desde el primer momento noté que mi padre seguía enfadado conmigo. En el hospital apenas me dirigía la palabra, ni siquiera los primeros días. Sigue pensando que he sido demasiado dura con Salva y que no me costaría nada arreglar las cosas.

Ayer incluso envió a mi madre a convencerme:

—Si no hubieras roto con Salva, nada de esto hubiera pasado —dijo.

Reconocí que tenía razón: si no hubiera roto con Salva, no habría ido al Noche Cerrada, no habría tenido que aguantar las maniobras raras de mi hermano y su amigo odioso, y no habría tenido necesidad de salir a tomar un poco de aire fresco. Aunque, en lo esencial, las cosas podrían verse también desde otro ángulo. Por ejemplo:

—Si Salva no me hubiera roto el corazón, no le habría dejado y nada de todo esto hubiera pasado —respondí.

Mi madre se sentó en el borde de mi cama y me acarició el pelo.

—Las relaciones entre dos personas siempre son difíciles, cariño —dijo—. A veces conviene saber perdonar para que todo vaya mejor que antes.

—Yo no quiero perdonar a Salva, mamá. Quiero olvidarle —repuse, más rotunda y segura que nunca.

Ella frunció los labios, disgustada, pero no insistió en el asunto. Sé que por mucho que papá la envíe con sus recados, ella me da la razón en silencio. A veces, perdonar es imposible. Creo que ella también lo sabe, aunque se empeñe en convencerme de lo contrario.

Antes de irse, aún volvió sobre sus talones y preguntó:

—¿No piensas decirle a los médicos lo que tomaste esa noche en el bar del pueblo?

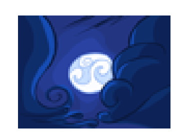
—No tomé nada, mamá. Solo agua del arroyo.

«El agua encantada de los cuentos de Eliseo», habría añadido, de haberme atrevido.

Por lo visto, los médicos del hospital han dicho que van a analizar el agua del Arroyo Negro, así que espero que la ciencia demuestre a mis padres lo que yo no soy capaz de hacerles entender.

Ah. Por si alguien todavía duda de mí, aclararé que NO tomé nada. Ni drogas, ni alcohol, ni nada. Ni esta vez ni ninguna otra. He visto varias veces qué efectos provocan esas porquerías sobre otros y tengo muy claro cuál es mi postura: paso, gracias. Quien quiera matarse, que lo haga sin mí.

Y por si acaso, voy aclarar algunas cosas más:

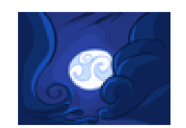


1. No fumo porque me da asco.
2. Otras cosas que me dan asco: las espinacas, las setas, la pasta de dientes con sabor a fresa, el kétchup, las cáscaras de pipas tiradas en el suelo, la gente borracha y las colillas mojadas.
3. No soporto el sabor del alcohol (y eso incluye la cerveza y, por supuesto, el vino).
4. Otras cosas que no soporto: los listillos, los programas de animales, el rap, que mi madre me llame para ordenar armarios, los refrescos con gas, tener que ayudar a mi hermano a ordenar los cajones de su escritorio, hacer la cama y los *phrasal verb* de las clases de inglés.
5. Me da terror probar cosas que no conozco (esto incluye la comida y los parques de atracciones).
6. Otras cosas que me dan terror: las películas de zombies, los túneles abandonados, las voces de ultratumba y la soledad.
7. No tengo amigos para salir. Por eso no salgo.
8. Esta entrada de hoy comienza a ser una lata. Mejor lo dejo y vuelvo mañana con mejor ánimo.

Ah, ¡se me olvidaba!: me han salido dos muelas del juicio. No: cuatro (acabo de mirarme al espejo). Son grandes y puntiagudas. Rarísimas.

Brindo por mi acertado dentista, que en la última revisión dijo que bajo mis encías no había muelas del juicio y, por tanto, nunca me saldrían.

Y de paso, brindo por todos los que se equivocan alguna vez, incluida yo. ¡Salud!



6

De todas las historias de Eliseo, mis favoritas siempre han sido las leyendas de licántropos. De pequeña, me aterrorizaban. Luego, comenzaron a fascinarme. Sobre todo cuando me di cuenta de que Eliseo se las tomaba en serio.

—Hay varias razones para convertirse en un *lobishome* o un lobo humano —nos contó una vez con voz susurrante—: se han dado casos de personas que, de tanto vivir con lobos, han acabado transformadas en uno de ellos, aunque no son muy habituales por aquí. Luego están los que, sin saberlo, se comportan como animales. Los que abrevan en el mismo lugar donde beben los lobos, por ejemplo. O los que por descuido pasan la noche en alguna de sus madrigueras. Es como si la naturaleza nos advirtiera: si quieres seguir siendo lo que eres, presta atención a lo que haces. El Arroyo Negro, sin ir más lejos, es un río de lobos y se han conocido por aquí muchas historias de transformaciones monstruosas que comenzaron con el gesto sencillo de beber sus aguas, que están malditas para los seres humanos. También se dice, aunque yo nunca conocí ningún caso, que la maldición de quien más te quiere te convierte en lobo. Aquellos a quienes su madre o su padre han maldecido por una causa justa están condenados de por vida a transmutar la piel en cada plenilunio y, desde ese instante, a aullarle con tristeza a la luna llena.

Elíseo decía que una vez vio una transformación con sus propios ojos. Aunque nunca nos la quiso contar.

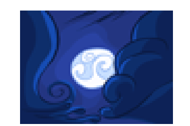
—El horror no puede explicarse —decía.

Aunque, según él, hay algo peor que transformarse:

—Lo peor que puede ocurrirle a un *lobishome* es perder el camino hasta la ropa que se quitó antes de convertirse. La metamorfosis dura lo mismo que la luna llena. Es decir, unas doce horas, según el ciclo lunar. Pero si el animal no encuentra su ropa humana, exactamente la misma que se quitó antes de la conversión, no podrá recuperar su aspecto y se quedará lobo para toda la vida.

Siempre me ha sobrecogido esta idea, sin ningún motivo. Y más aún lo que nuestro amigo el pastor explica a continuación:

—Nada hay peor que eso —dice Eliseo—, porque el lobo humano que no consigue recuperar su aspecto, poco a poco comienza a olvidar su vida de persona. Pierde sus recuerdos, sus emociones, sus modales. Se olvida de las palabras y deja de soñar. Al final, olvida los rostros de aquellos que fueron importantes en su vida. Hasta que el proceso es irreversible: ni aun encontrando el camino de regreso, ni aun restregándose contra sus ropas humanas, podría volver a ser una persona. Jamás. Como mucho, tendrá el instinto de regresar a los lugares donde alguna vez fue feliz junto a los suyos, y los observará desde lejos, mientras los humanos se mueren de miedo solo de intuir su presencia.



7

Ayer salí de casa por primera vez desde que abandoné el hospital (en silla de ruedas, por si alguien se pregunta cómo pude hacerlo). No es que no pueda caminar, pero aún me cuesta recorrer largas distancias sin sentirme luego agotada. Me llevaba mi madre, tan pendiente de mí en todo momento que terminó por ponerme nerviosa.

Fuimos a merendar a la chocolatería de Anselmo. Todo el mundo parecía muy contento de verme. Por la calle saludamos a dos o tres vecinas y nos paramos un rato a charlar con la masajista de papá. También tropezamos con Margarita. Nunca me había dado cuenta de que huele a ratón de campo (y prometo que este comentario no tiene nada que ver con lo que ha ocurrido. O puede que sí). Creo que debería lavarse más a menudo.

Mi madre no sabe que Margarita ya no es mi mejor amiga porque no he querido contarle todos los detalles de lo que pasó. Por eso ayer estaba empeñada en invitarla a merendar a toda costa. Se lo dijo por lo menos cuatro veces. Mi ex mejor amiga me miró cobardemente y le dio a mi madre la primera excusa que se le vino a la cabeza, pero no hubo problemas porque ella la creyó.

También dijo algo muy hipócrita y muy falso: «Ojalá te pongas bien pronto, te echamos muchísimo de menos», o algo así. Me dieron ganas de vomitar al escucharla. Por supuesto, mi madre no se dio cuenta de nada. Si Margarita y yo fuéramos actrices, esta interpretación nos habría hecho candidatas a los Premios Goya.

Por supuesto, no le sonreí ni una sola vez. Me comporté la mayor parte del tiempo como si no estuviera allí. Creo que logré ponerla bastante nerviosa. Premio.

—Es necesario que seas tan desagradable? —fue el único comentario de mi madre.

No dije nada. Ella prosiguió:

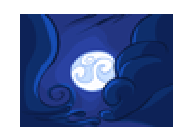
—Ya sé que no te encuentras bien, cariño, pero no deberías pagarlo con la gente que te quiere.

Típico de mamá (¿de todas las madres?): primero me regaña y luego me disculpa.

Por supuesto, no dije lo que estaba pensando con respecto a Margarita y «la gente que me quiere». Mejor así.

Me quedé dándole vueltas a algo: ¿a quién se refería Margarita cuando dijo «te echamos muchísimo de menos»? ¿A todo primero de bachillerato? ¿Solo a primero A, que es —por desgracia— compartimos? ¿O se refería a ella y Salva?

«Te echamos muchísimo de menos». Puaj. Me entraron de responder: «Pues esto es solo el principio, bonita. Vais a echarme de menos mucho más, porque no pienso volver a miraros a la cara».



Por suerte, mi madre ya me arrastraba lejos de ella y de sus frases odiosamente falsas.

El sabor del chocolate y la simpatía del buenazo de Anselmo, que me conoce desde que era una niña, hizo que se me olvidara un poco este encuentro horrible. Aunque lo malo no había pasado aún. Mi madre me tenía reservada otra sorpresita.

Apenas habíamos empezado a merendar cuando me dio la noticia:

—Mañana nos vamos a la finca —dijo mordisqueando el cuerno de un cruasán mojado en chocolate.

Ellos siempre llaman así a nuestra casa en mitad del Valle del Silencio. «La finca», como si fuera un rancho mexicano. No sé por qué no la llaman por su nombre, Los Halcones. Es un lugar único, rodeado de naturaleza, pero no muy animado, precisamente.

Intenté protestar, pero no me sirvió de nada.

—Tu padre y yo hemos pensado que es lo mejor para todos —sentenció con ese aire de tener siempre la razón—. A ti te vendrá bien el aire puro y la tranquilidad, y papá necesita distraerse. La caza le ayudará a no pensar en los problemas que está atravesando. Y mientras todo esto dure, le vendrá muy bien. A nosotras qué más nos da estar en un sitio o en otro, ¿no crees?

Típico de mamá. Siempre cede a los designios de mi padre, sin ni siquiera decir qué le gustaría hacer a ella.

Los problemas «por los que está atravesando» mi padre son laborales. No es tanto que necesite «distraerse», como dice mamá. Necesita salir de la ciudad para que los periodistas dejen de atosigarle y, de paso, pagar sus errores con los jabalíes, los corzos o los lobos —si es que queda alguno— del Valle del Silencio.

—¿Y qué pasa con mis hermanos? —pregunté, muerta de la envidia.

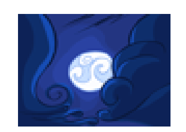
Mis hermanos, en este caso, son dos: Benjamín y Daniel, los anteriores a mí en el orden de nacimientos. A Benjamín ya le conocéis. Tiene dieciocho años y está repitiendo segundo de bachillerato. Daniel es el empollón de la familia y, como todo el mundo aquí, está estudiando Derecho. Tengo otros tres hermanos, pero son tan mayores que ya viven con sus novias.

—Ah, ellos pueden espabilarse solos —dijo mamá quitándole importancia—. Les dejaré el congelador lleno de comida y todos los días irá Antonia a echarles una mano.

Aclaración primera: mis tres hermanos mayores trabajan en las empresas de papá. Todos los hermanos, de un modo u otro, estamos destinados a terminar en las empresas de la familia, previo paso por la facultad de Derecho, Económicas o Empresariales.

Aclaración segunda: Antonia es una colombiana de treinta y cinco años que desde hace más de cinco se encarga de todas las tareas de nuestra casa. Mi madre no es muy buena ama de casa (aunque es una excelente cocinera).

Resumiendo: mis dos hermanos se lo pasarán en grande dando fiestas en el piso, mientras yo me muero de asco en el campo, a más de cien kilómetros de ellos.



Fantástico.

—En la finca me aburro mucho, mamá. Deja que me quede en la ciudad —he suplicado.

No me ha servido de nada, claro.

—¿Quedarte? ¡De ninguna manera! —ha zanjado ella— ¿No oíste lo que dijeron los médicos? Tienes que hacer reposo, tomarte las medicinas, comer bien… Es importante que te recuperes lo antes posible.

La parte buena es que me he librado del instituto. Perderé el curso, pero no me importa. Ya lo recuperaré más adelante.

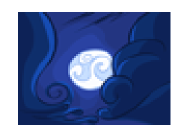
Así que este es el plan para las próximas semanas: mi padre se pasará los días cazando con Eliseo, ajeno a los periódicos y las noticias (que hablan de él a todas horas, por cierto), mientras yo me diseco, como una momia egipcia, de puro aburrimiento, hasta la desintegración total.

Creo que mi madre ha sentido lástima de mí, porque de pronto ha soltado:

—Podemos llevarnos el ordenador, si quieres.

Me he aferrado a eso como el náufrago a una tabla que flota. Ya sé que es deprimente, pero por lo menos me quedará este blog.

Algo es algo.



8

Trece razones para estar deprimida en el Valle del Silencio (versión resumida):

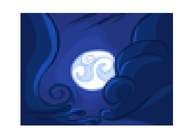
1. Tengo que pasar medio día en la cama.
2. No hay nadie con quien mantener una conversación divertida (el único sería Elíseo, pero mi padre le acapara todo el tiempo).
3. El saldo del móvil no me sirve para nada porque no me apetece llamar a nadie.
4. Tengo que tomarme seis pastillas cada día.
5. El centro comercial más cercano está a ciento catorce kilómetros.
6. Todo el tiempo pienso que mis hermanos están solos en casa sin que nadie los controle y me muero de la envidia.
7. Internet solo funciona bien de madrugada.
8. He engordado dos kilos (y si no me dejan salir a caminar, cuando me recupere pareceré una vaca).
9. Mi padre me trata como si fuera sospechosa de algo horrible.
10. Mi madre le da la razón a mi padre en todo.
11. Hoy ha llovido sin parar.
12. Dice el hombre del tiempo que mañana lloverá más aún.
13. Ayer vino a visitarme Salva.

Últimamente, mi vida sentimental se ha vuelto una montaña rusa. Creo que ha llegado el momento de hablar de ello.

Empecé a salir con Salva la última semana de agosto, durante esos días deprimentes en que te das cuenta de que el verano se está terminando y que frente a tus narices tienes un largo camino, lleno de exámenes y horas de estudio, que durará nueve largos meses.

Tal vez deba decir que yo llevaba seis meses enamorada de Salva. Desde aquella vez que estuvimos hablando al terminar uno de sus entrenamientos y me pareció el chico más encantador del universo. En esa época éramos amigos inseparables: Salva, Manu, Margarita y yo. Ya sabéis: cine casi todos los fines de semana, alguna pizzería los sábados por la noche, maratones de películas de terror en casa de Manu, aprovechando que sus padres se largaban los fines de semana.

No sé si sonará ridículo, o exagerado, o demasiado peliculero, pero me da igual: creo que aquello fue el principio de la temporada más feliz de mi vida.



Luego pasó lo que tenía que pasar (supongo). Margarita se enrolló con Manu, y Salva se fijó en mí. A veces, las cosas más importantes de la vida ocurren porque sí, de repente, como si el guionista que gobierna nuestros destinos se hubiera quedado sin ideas y tuviera que recurrir a lo más descabellado. Así, más o menos, ocurrió todo. De pronto, en la puerta de los lavabos de una cafetería del centro, Salva me dijo que estaba tonto por mí. Lo dijo con estas palabras, tal cual:

—Estoy tonto por ti.

Y a mí me dio tal ataque de risa, por culpa de los nervios, que pensó que me reía de él. Tuvo que pasar un buen rato hasta que pude explicárselo, y fui absolutamente sincera:

—Pensaba que no me lo ibas a decir nunca —le solté mientras él me miraba con ojos de búho.

Dejar de ser cuatro amigos para convertirnos en dos parejas no supuso un cambio tan grande. Ahora, en el cine, cada uno tenía su sitio (al lado de su novio o novia, claro), y cuando ellos quedaban para jugar al pádel, Margarita y yo los esperábamos en el bar, hablando de nuestros progresos como chicas mayores. Era divertido.

En esas conversaciones, Margarita siempre me asombraba. Con ella se cumplía a la perfección aquel viejo refrán que afirma lo mucho que engañan las apariencias. Por fuera mi amiga podía parecer tímida, más bien poca cosa. Pero a juzgar por lo que me contaba, os aseguro que no lo era en absoluto. Todo lo contrario: digamos que en cuestiones sexuales me llevaba una delantera increíble. Era como si ella ya hubiera aprobado la selectividad (con nota) mientras que yo todavía estaba comenzando primero de secundaria.

Bueno, tal vez exagero un poco. Ella no hacía más que decirme:

—Tienes que espabilarte o Salva se va a aburrir de esperar.

Y yo siempre replicaba del mismo modo:

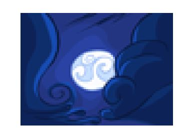
—Pues si se aburre de esperar es que no me quiere tanto como dice.

Ella soltaba un bufido para expresar que no estaba en absoluto de acuerdo conmigo. Para ella, el sexo era una especie de carrera en el que lo más importante era llegar el primero. Yo lo veía de otro modo, claro está. En mi opinión, hay cosas que no pueden precipitarse y que deben llegar cuando estás preparado para ellas. Y yo no me sentía preparada para ciertas cosas, por mucho que ella me regañara o quisiera darme lecciones intensivas. Mi comportamiento, no sé por qué, parecía enfurecerla.

—Pero ¿no estás enamorada de Salva? ¡No lo entiendo! ¡Te juro que no lo entiendo!

Yo tampoco la comprendía a ella, la verdad. Pero no pasaba nada. Éramos diferentes, eso era todo. Yo pensaba que podíamos seguir siendo tan buenas amigas como siempre aunque viéramos las cosas de un modo tan opuesto. Qué ingenua fui.

En realidad, Margarita preparaba su traición.



No sé si existe una palabra especial para designar a quien se vale de tu confianza en beneficio propio. «Traidora» no me parece suficiente. Necesitaría algo más fuerte. Es raro que a veces las palabras no sirvan.

El día once de octubre habíamos quedado para ir al cine. A eso de las siete de la tarde, Margarita me telefoneó para decir que sus padres la obligaban a ir con ellos a visitar a un familiar. Le dije que no pasaba nada, que la echaríamos de menos y que no se aburriera mucho durante la visita.

Soltó una risita nerviosa que solo supe interpretar después, mucho más tarde.

A las nueve y media hablé con Salva. Hablaba bajito porque le dolía la garganta, según me dijo. Y tenía fiebre. Había decidido quedarse en la cama y no podría ir al cine. Le pregunté si quería que fuera a hacerle compañía (sus padres se habían ido de fin de semana), pero respondió que no me preocupara, que solo tenía muchas ganas de dormir y se iba a la cama.

—Mañana te llamaré —añadió—, cuando me encuentre mejor.

Manu y yo estuvimos hablando un poco. En un principio pensamos que lo mejor sería quedarse en casa, pero ya habíamos comprado las entradas y además la película era de estreno absoluto, así que al final decidimos continuar nosotros con el plan.

—Seguro que a Salva y Marga no les importará que vayamos —dijo.

La peli resultó aburridísima y el cine estaba atestado de gente, pero nos lo pasamos bien. Nos reímos de lo malos que eran los actores y lo previsible que era el final. Compartimos un menú gigante de palomitas con refresco. Fue una buena noche, después de todo, y nos alegramos de habernos decidido a ir.

Cuando salimos del cine, a Manu se le ocurrió la peor idea de su vida:

—¿Pasamos por casa del enfermito para ver si necesita algo?

La casa de Salva no estaba lejos de allí. Solo teníamos que desviarnos un poco de nuestra ruta tomando otro autobús. Me pareció una buena idea.

A la una menos cuarto de la madrugada, estábamos llamando al timbre de casa de mi novio. No nos abrió nadie. Insistimos. Dos veces.

—¿Y si le ha pasado algo? —preguntó Manu, que siempre piensa en lo peor.

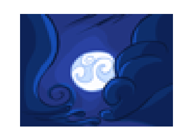
—Debe de estar durmiendo —contesté yo—. Se encontraba fatal. Será mejor que nos vayamos.

Ojalá lo hubiéramos hecho. Pero Manu continuó llamando y llamando. Al fin, escuchamos que alguien deslizaba la tapa de la mirilla. Unos segundos más, y llegó el sonido del cerrojo descorriéndose. Un Salva en calzoncillos y camiseta, sin cara de sueño ni el menor rastro de estar resfriado, salió a recibirnos.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —preguntó, como si nuestra visita le molestara mucho.

—Tío, nos tenías preocupados —soltó Manu— ¿Te habías vuelto sordo o qué?

—Estaba en la cama —dijo mi novio, siendo totalmente sincero. Me miró, debió de darse cuenta de que yo le observaba con cara de extrañeza y de inmediato se llevó la



mano a la frente, puso cara de estar muy enfermo y tosió dos veces antes de decir—: No me encuentro nada bien.

Entonces Manu tuvo una visión. No me refiero a la aparición de un espíritu, pero casi. Vio el casco de Margarita encima de la silla del recibidor.

El casco de Margarita es rosa, lleva un gran corazón rojo en el lado derecho y una Hello Kitty en el lado izquierdo. Sobre la visera, en la parte superior, una inscripción que dice: *Girl Power.* Os lo describo solo para que os deis cuenta de que el casco de Margarita es único en el mundo.

Quien lo haya visto una vez, es capaz de reconocerlo en cualquier parte.

—¿Margarita está aquí? —preguntó mi amigo, con un tono de voz que no sé decir si era de alegría o de sorpresa.

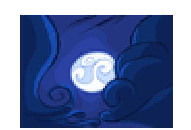
—N… —Salva se dio cuenta de que Manu había visto el casco y no pudo negar la evidencia— Sí… Ha venido a visitarme.

—¡Guay! —exclamó Manu empujando la puerta— ¡Podríais haber avisado de que estabais aquí y habríamos venido antes!

Mientras Manu se adentraba en el pasillo, camino de llevarse una sorpresa descomunal, Salva me miró a los ojos. Un escalofrío me recorrió la columna de arriba abajo, no sé por qué. No hizo falta que dijera nada. Aquella mirada lo contenía todo: el mayor engaño y la mayor traición de que podrían haberme hecho objeto. Y no hablo solo de la persona de quien estaba enamorada. También de quien yo creía mi mejor amiga.

No fui capaz de decir nada. De algún modo, nuestros ojos habían sido ya lo bastante explícitos.

Qué raro, a veces las palabras no hacen falta.



10

No quería hablar de ello, pero Salva vino a verme. Bueno, en realidad fue su padre quien tenía negocios que tratar con papá, y él decidió apuntarse, impresionado por las noticias que le dio la florecita traidora de Margarita.

Mamá preparó limonada y nos la sirvió en la cocina. Luego se fue al salón pretextando que tenía algo que hacer. Nos dejó solos a propósito, «para que podáis hablar», dijo, y se marchó sonriente, convencida de que ahora todo se arreglaría como por arte de magia.

Salva tenía la mirada fija en el vaso de limonada, donde flotaba un iceberg en miniatura. Me preguntó si me encontraba bien. Le dije que sí, gracias. Me preguntó si volvería al insti. Le dije que el curso que viene. Me dijo qué suerte, tía, cómo mola perder un curso. Le solté una mirada furibunda, a la que él contestó con un sermón sobre la cantidad de cosas inútiles que tenía que estudiar y el poco tiempo que le quedaba para dedicarse a sus aficiones, que son el fútbol, los videojuegos y dormir, según sus palabras. Luego se quedó callado otra vez, mirando el iceberg a punto de desaparecer en el líquido ligeramente amarillento. Después de un silencio que me pareció muy largo y muy incómodo, confesó:

—Yo no quería venir, pero mi padre me ha obligado.

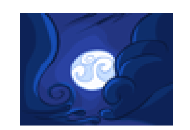
—Yo tampoco quería verte —contesté.

Fue un alivio. Hubiera sido horrible que viniera a disculparse o que estuviera arrepentido por lo que pasó, porque 1 yo no estoy (ni estaré nunca) dispuesta a perdonarle. Así que final de la representación.

Le dejé en la cocina, en la fresca compañía del medio litro de limonada que aún quedaba en la jarra, y me encerré en mi habitación.

Lo mejor de todo es que no pasó nada. No lloré, no me puse histérica, no sentí tristeza, ni nostalgia, ni rabia. Me dio lo mismo. Lo contrario del amor no es el odio, sino la indiferencia. La visita de Salva sirvió, por lo menos, para darme cuenta de eso.





11

He releído lo que escribí hace un par de días y me he dado cuenta de que interrumpí de un modo demasiado repentino mi relato de lo ocurrido entre Salva y yo la noche de la traición. Bueno, y también entre el bueno de Manu y su novia, la flor venenosa. Aunque cualquiera puede imaginarse cómo acabó la historia, supongo.

Aquella tarde de octubre, Margarita no había ido con sus padres a ninguna parte, como nos dijo. Se había puesto un tanga de color fucsia en cuyo diminuto triangulito delantero se podía leer: *I'm the best.* Creo que el plan fue idea de ella y que Salva se limitó a fingir que estaba constipado y a esperarla vestido con sus mejores bóxers y su mejor camiseta (por supuesto, de marca).

El resto, no quiero imaginarlo. Margarita la experta debió de desplegar todos sus conocimientos para él. Y me imagino que Salva, que era mucho menos especial de lo que yo creía, aceptó las lecciones con entusiasmo. Debió de ser un alumno muy aplicado.

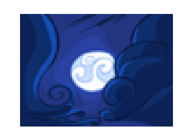
El resultado fue repugnante. Manu —a quien en la escena anterior dejé recorriendo el pasillo en dirección al dormitorio— tropezó con Margarita, casi desnuda (solo llevaba el tanga), en la habitación de Salva. Se quedó tan asombrado que ni siquiera le salieron palabras de reproche. Yo preferí ahorrarme el espectáculo y me quedé en el recibidor mirando a Salva a los ojos, plenamente consciente de que en aquel instante estaba perdiendo de un golpe al único chico del que me había enamorado y a mi mejor amiga.

No está mal para una sola noche.

De lo que estoy más orgullosa es de no haber derramado ni una sola lágrima delante de él. Lloré, sí, y mucho, al llegar a casa. De hecho, me pasé llorando todo el día siguiente, que era el de la fiesta de la Hispanidad. Mis padres veían en la tele el desfile militar, con sus autoridades anquilosadas en la tribuna y sus centenares de soldados marcando el paso, y yo no podía dejar de berrear y berrear, como si fuera una pacifista desesperada ante semejante espectáculo.

Lo peor llegó al segundo día, en el instituto, cuando tuve que soportar encontrarme a la traidora cara a cara, guardando sus cosas en la taquilla que queda justo al lado de la mía. Intentó hablarme al menos cuatro veces, pero todas ellas le di la espalda y la dejé con la palabra en la boca. No tenía nada en absoluto que decirle, ni me interesaban sus explicaciones.

Con Salva fue aún peor. Esperé alguna llamada o algún correo electrónico en el que intentara disculparse. Pero no llegó. Ni al día siguiente, ni al otro, ni más allá. Tuve que reprimir muchas veces mis ganas de llamarle o escribirle, solo para decirle que había sido un traidor y un cobarde. Conseguí no hacerlo. A veces, la indiferencia es lo mejor. Fingir que las cosas no te importan lo más mínimo, aunque te estén matando por dentro. Lo logré con mucho esfuerzo.



Al fin, dieciséis días más tarde, recibí un correo electrónico de Salva que decía:

> Siento muchísimo haberte hecho daño. Me gustaría que pudiéramos volver a ser amigos. Un beso. Salva.

Una vez leí que ofrecer amistad a quien te ama es como ofrecer arena a quien tiene sed.

Por supuesto, pensé en contestar el mensaje de Salva. Decirle, por ejemplo:

> Querido idiota:
>
> Nunca podré ser tu amiga porque estaba loca por ti. De hecho, nunca podremos volver a ser nada de nada. Ni siquiera quiero que me dirijas la palabra.

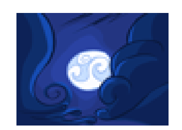
Ya tenía escrito el correo, pero luego lo pensé mejor y lo borré.

Estoy muy orgullosa de haberlo hecho.

Ah, por si a alguien le importa: Margarita y Salva no duraron ni quince días. Creo que desde entonces ella ha tenido por lo menos tres novios más. Manu fue a explicarle su terrible desengaño a una prima de Margarita (que llevaba por lo menos tres años enamorada de él) y a las dos semanas salían juntos. Que yo sepa, Salva sigue solo.

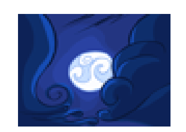
Aunque ya me da lo mismo.

De verdad.



Primera conversación

WEIRDO:	Toc toc.
OSCURA:	Hola?
WEIRDO:	Gracias por aceptarme.
OSCURA:	De dónde has sacado mi dirección de correo?
WEIRDO:	De tu perfil.
OSCURA:	Ah. Sí?
WEIRDO:	No la pusiste tú?
OSCURA:	No me acordaba, perdona.
WEIRDO:	Solo quería decirte que leo tu blog todas las noches y que creo que escribes muy bien.
OSCURA:	Gracias.
WEIRDO:	Al principio pensé que era una novela o algo así.
OSCURA:	En serio?
WEIRDO:	Sí.
OSCURA:	Vaya…
WEIRDO:	Escribes muy bien, de verdad. Tienes una garra especial. No has pensado nunca en ser escritora?
OSCURA:	Sí… alguna vez… Pero no creo que pueda.
WEIRDO:	Por qué no?
OSCURA:	No sé. Para ser escritor hay que tener un talento especial.
WEIRDO:	Yo creo que tú lo tienes.
OSCURA:	De verdad?
WEIRDO:	Estoy convencido.
OSCURA:	La verdad es que escribo desde muy pequeña.
WEIRDO:	Lo ves? Ya eres escritora!
OSCURA:	No, no. Solo aficionada.
WEIRDO:	Deberías tomarte más en serio.
OSCURA:	El qué?
WEIRDO:	A ti misma.
OSCURA:	Ah…
WEIRDO:	No has pensado en estudiar literatura?



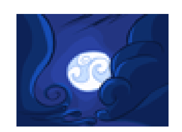
OSCURA:	Me encantaría. Pero no puedo.
WEIRDO:	Por qué no?
OSCURA:	Estoy haciendo el bachillerato social. Voy a estudiar Derecho.
WEIRDO:	Derecho? No suena demasiado divertido.
OSCURA:	La verdad es que no.
WEIRDO:	Te gusta el Derecho?
OSCURA:	No sé. No creo.
WEIRDO:	Entonces, por qué vas a estudiarlo?
OSCURA:	Es lo que quiere mi padre.
WEIRDO:	Tu padre? Tu padre es abogado?
OSCURA:	Empresario.
WEIRDO:	Perdona, pero no entiendo nada.
OSCURA:	Necesita abogados para sus empresas. Mis hermanos mayores trabajan con él. El resto terminaremos igual. No hay elección.
WEIRDO:	Pero no te gusta! Y tú eres escritora...
OSCURA:	Bueno, aún no sé qué soy.
WEIRDO:	Qué hace una escritora trabajando como abogada de empresa?
OSCURA:	Igualmente, mi padre dice que escribir es morirse de hambre.
WEIRDO:	Por qué no le dices a tu padre que se equivoca?
OSCURA:	Y si no se equivoca?
WEIRDO:	No puedes saberlo si no lo intentas.
OSCURA:	No es fácil contradecir a mi padre.
WEIRDO:	Deberías intentarlo.
OSCURA:	Escribir es un sueño.
	Los sueños no se hacen realidad.
WEIRDO:	No, si no luchas por ellos.
OSCURA:	Parece fácil.
WEIRDO:	No. Pero posible, seguro.
OSCURA:	De verdad te gusta lo que escribo?
WEIRDO:	Creo que eres buena.
OSCURA:	No crees que exageras un poco?
WEIRDO:	No.
OSCURA:	Gracias, de todos modos. Prometo pensar lo que me has dicho.



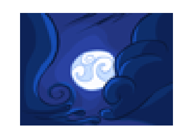
WEIRDO:	Bien. Me dirás lo que has decidido?
OSCURA:	Por supuesto.
WEIRDO:	Oye… Quería decirte que me pareces muy valiente.
OSCURA:	Ah. Gracias.
WEIRDO:	Y que creo que hiciste lo correcto.
OSCURA:	De qué me hablas?
WEIRDO:	De tu exnovio. De Salva.
OSCURA:	Ah.
WEIRDO:	Creo que él se comportó como un cerdo.
OSCURA:	Oye, siempre te metes en la vida de la gente a la que no conoces de nada?
WEIRDO:	No, nunca lo había hecho.
OSCURA:	Menos mal.
WEIRDO:	Te molesta que te diga estas cosas?
OSCURA:	Es un poco raro.
WEIRDO:	Tengo la impresión de que te conozco desde hace mucho tiempo. Perdona…
OSCURA:	Por el blog…
WEIRDO:	Claro, soy lector tuyo, recuerda. Conozco todos tus secretos.
OSCURA:	Comienzo a arrepentirme de haberlos escrito.
WEIRDO:	Por qué?
OSCURA:	Me da vergüenza.
WEIRDO:	Por qué?
OSCURA:	Igual debería medir un poco más mis palabras.
WEIRDO:	No lo hagas! Tu blog es mi única compañía.
OSCURA:	Qué?
WEIRDO:	Por las noches. Sin tu blog me sentiría muy solo.
OSCURA:	Trabajas de noche?
WEIRDO:	No. Vivo de noche.
OSCURA:	Puedo preguntarte qué edad tienes?
WEIRDO:	Casi tu misma edad.
OSCURA:	Pareces mayor.
WEIRDO:	Tú también.
OSCURA:	Me han pasado muchas cosas, eso ayuda a crecer (creo).



WEIRDO:	Entonces, yo debo de haber crecido justamente por lo contrario.
OSCURA:	Explícate.
WEIRDO:	Mi vida es aburridísima.
OSCURA:	Por qué?
WEIRDO:	Sería largo de explicar. Tal vez algún día.
OSCURA:	Te gusta hacerte el misterioso?
WEIRDO:	Claro. Como a todo el mundo. A ti no?
OSCURA:	Crees que yo soy misteriosa?
WEIRDO:	Eres muchas cosas. Misteriosa, también.
OSCURA:	Qué otras cosas soy?
WEIRDO:	Interesante.
OSCURA:	Pero si no me conoces!!!!!
WEIRDO:	Da lo mismo. No hace falta ver a una persona para saber que es interesante.
OSCURA:	Eres raro. Me gustas.
WEIRDO:	Gracias. Tú también a mí.
OSCURA:	Y eres muy directo. Un ligón?
WEIRDO:	Mmmm… No me importaría. Pero no doy exactamente la talla. Decepcionada?
OSCURA:	Estoy cansada de ligones.
WEIRDO:	Mejor para mí.
OSCURA:	Y, a decir verdad, también de tíos, en general.
WEIRDO:	Ese punto no puedo remediarlo. Soy un tío y no lo puedo cambiar.
OSCURA:	Aclaración: no pienso quedar contigo.
WEIRDO:	Aclaración: has notado que no te lo he pedido?
OSCURA:	Vale, qué corte.
WEIRDO:	Tú te lo has buscado.
OSCURA:	Debes de pensar que soy una creída, verdad?
WEIRDO:	Pienso que tienes miedo.
OSCURA:	Ah. Y cómo lo sabes?
WEIRDO:	Porque es un sentimiento que conozco bien.
OSCURA:	A qué tienes miedo?
WEIRDO:	A muchas cosas.



OSCURA:	Por ejemplo?
WEIRDO:	Por ejemplo… a la soledad. Por ejemplo… a ti.
OSCURA:	Tienes miedo de mí?
WEIRDO:	Le tengo miedo a las consecuencias que puedas traer.
OSCURA:	Huy, Weirdo, no te pongas filosófico.
WEIRDO:	De acuerdo. Eso me ha salido un poco grandilocuente.
OSCURA:	Oye, ahora tengo que irme.
WEIRDO:	Entonces, chao!
OSCURA:	Hablamos otro día.
WEIRDO:	Cuando tú quieras.
OSCURA:	Me ha gustado conocerte.
WEIRDO:	Y a mí me ha gustado re-conocerte.
OSCURA:	Buenas noches, Weirdo.
WEIRDO:	Ídem, Oscura.
OSCURA:	Ah. Oye.
WEIRDO:	Sí.
OSCURA:	Lee mañana mi blog.
WEIRDO:	Claro. Cada día lo hago.
OSCURA:	Entonces, hasta mañana.
WEIRDO:	Ídem, chica interesante.



12

Ayer pasó algo. Algo importante, creo.

Mantuve una conversación silenciosa, anónima, pero llena de palabras bonitas, con alguien que se hace llamar «Extraño». Weirdo en inglés.

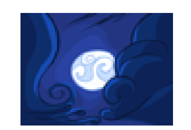
En las últimas semanas he tenido que aprender a prescindir de todo el mundo. Mi novio, mi mejor amiga, mi familia… Parece que no encajo en el mismo mundo donde ellos se mueven como pez en el agua. Me siento como si perteneciéramos a universos diferentes. Ha sido muy doloroso comprenderlo.

Creo que, en parte, comencé el blog porque no tenía a nadie dispuesto a escuchar de verdad mis problemas. Por eso, y porque escribir siempre ha sido mi refugio, mi verdadero mundo, el territorio donde me siento libre de verdad, sin que nadie me diga lo que espera de mí o lo que tengo que hacer. Escribir ha sido un modo de hablar con mi silencio, de decirme a mí misma cosas que a nadie parecían interesarle… y de algún modo es como si mi silencio me hubiera contestado, como si las palabras me hubieran hecho un regalo maravilloso: tú, Weirdo.

Había perdido la costumbre de tener a alguien. Por eso ayer me sentía rara, avergonzada, y te lo dije. Luego lo pensé mejor. Me dormí contenta. Por primera vez en muchas semanas desde que todo ocurrió, estaba alegre. Me gusta saber que estás ahí, en mitad de la noche, esperando mis palabras.

Creo que nunca podré dejar de escribir para ti y que nunca más volveré a estar sola.





13

Hoy papá ha salido a cazar con Elíseo antes de que amaneciera. Mamá ha instalado una tumbona para mí en el porche y hemos desayunado juntas, sintiendo el fresco de la mañana y todos los olores del bosque.

—El campo huele a gloria —ha dicho ella— La tormenta ha limpiado la atmósfera.

Ha estado toda la noche lloviendo, dice, aunque yo no me he enterado de nada.

Al principio, los olores del campo mojado me han mareado un poco. Me parecían mucho más abundantes y mucho más intensos que otras veces. La madera húmeda de los robles o de los castaños, los montones de hojarasca pudriéndose, el frescor del arroyo, los animales atreviéndose a salir tras el chaparrón, aquella manzana que rodó entre los arbustos hace unos días y que ahora sirve de alimento a los ratones… es como si el mundo ya no tuviera secretos para mí. Puedo adivinar todo lo que ocurre a mi alrededor sin necesidad de verlo. Me da miedo pensar que algo en mí se está transformando sin que yo pueda evitarlo. Ni siquiera me atrevo a pensar hacia dónde me conduce. Aunque, en el fondo, lo sé. No quiero aceptarlo, pero lo sé.

Mamá ha hecho tortitas para desayunar. También había zumo de naranja, leche caliente, queso y chocolate. Como en los domingos de mi infancia. Ha sido estupendo.

Mamá estaba muy guapa con el pelo recogido en una coleta. Y tenía ganas de hablar. Me ha contado cómo se enamoró de papá cuando tenía solo un año más que yo. Lo que más le gustó de él, dice, fue su seguridad, esa especie de autoridad que desprende todo lo que dice.

Apenas se habían visto un par de veces cuando papá la llamó para invitarla al cine.

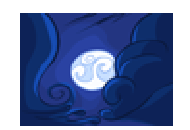
—Soy la mejor opción en muchos kilómetros a la redonda —le aseguró—. No lo pienses ni un segundo. Dime que sí.

La frase me ha hecho reír a carcajadas. ¡Menuda manera de ligar más extraña tenía mi padre! Mamá también se reía, reconociendo que su método fue un poco «peculiar», pero muy efectivo, porque ella aceptó la invitación. Y también la merienda a que la convidó después del cine. Incluso se acuerda de la película que vieron: una de Bruce Lee llamada *El furor del dragón*, que a ella la horrorizó pero que a mi padre le pareció buenísima. Veo que su disparidad de criterios viene de antiguo.

La verdad, hacía tiempo que no la veía tan relajada.

Así estábamos, tranquilas y risueñas, yo cubierta por tres mantas, cuando los cazadores han regresado. Llevaban cuatro liebres y dos perdices sujetas en un hatillo. También ellos parecían relajados y contentos.

Los acompañaba Bravo, el perro mastín de Eliseo.



Ya dije hace unos días que Bravo y yo somos buenos amigos, me conoce desde que era una niña. Siempre fui su humana favorita.

Sin embargo, esta mañana Bravo estaba muy raro. Nada más verme, ha comenzado a gruñir. No como jugando, sino en serio, como si en cualquier momento pensara morderme.

He intentado acercar una mano a su hocico, dejar que me huela, que me reconozca, acariciarle la cabeza. Pero ha sido peor.

Ha reculado de un salto. Me ha mirado con rabia y me ha enseñado los colmillos, gruñendo.

—Bravo, bonito, ¿qué te pasa? ¿No me conoces? —le he preguntado, como si pudiera comprenderme.

Mi voz lo enervaba más aún. Al fin, viendo que no se calmaba, Eliseo ha agarrado a su perro de la correa, muy fuerte, me ha mirado con esos ojos profundos, cansados y enmarcados en arrugas y me ha dicho:

—Es mejor que no le provoques.

¿Provocarle? ¿Quién estaba provocando a Bravo? Eliseo ha decidido llevarlo a la parte trasera y dejarle un rato amarrado a un árbol, mientras se tomaba la taza de café que mi madre acababa de servirle. Desde la parte de atrás, Bravo seguía gruñendo y ladrando.

Ladrándome.

Yo, en cambio, sentía el olor del animal como nunca antes. Me parecía fuerte y muy desagradable.

Durante un momento se ha hecho un profundo silencio en el bosque. Como si el mundo entero se hubiera parado a escuchar lo que iba a ocurrir. O como si alguien lo hubiera paralizado todo al pronunciar un maleficio. Los ojos vidriosos del lobero me miraban con fijeza. Creo que nadie más que yo se ha dado cuenta.

He sentido un escalofrío. Y he tenido una certeza: él *sabe.* Como Bravo. Los dos saben algo terrible que yo aún me niego a aceptar.

Luego, ha pasado un mirlo y el maleficio se ha roto. Elíseo se ha sentado en la mecedora. Mi madre rellenaba las tazas de los cazadores y yo he puesto una excusa:

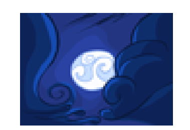
—Me está dando frío. Me voy un rato a la cama.

Mamá me ha ayudado a librarme de las mantas y a subir los escalones del porche. Todavía estoy un poco débil. Papá, como viene siendo habitual en estos días, se ha limitado a mirarme en silencio, ceñudo. Sigue enfadado conmigo.

Un rato más tarde, he escuchado los pasos de Eliseo haciendo crujir la hojarasca seca de la parte trasera de la casa. Le hablaba a Bravo en susurros, pero no me ha costado nada entender sus palabras:

—Ni que hubieras visto un lobo, amigo.





14

Los fines de semana hay más ajetreo. Ayer, por ejemplo, estuvo por aquí mi hermano Benjamín, acompañado de su inseparable amigo raro.

Me di cuenta de que el amigo me mira como si yo fuera un pastelito de nata. Reconozco que es guapo y viste bien, pero no saldría con él aunque fuera el único chico que quedara sobre la faz de la Tierra. Creo que él no lo entendería, porque se cree irresistible. Mi hermano tampoco lo entiende.

—Hazle un poco de caso, pobrecito.

Qué manía, la de mi familia, de organizar mi vida sentimental.

Mi madre los invitó a cenar, pero no quisieron quedarse.

—No puede comer casi nada —explicó mi hermano refiriéndose a su colega—. Tiene un montón de alergias rarísimas. Por eso nunca prueba bocado fuera de casa.

Mi madre mascullaba por lo bajo:

—Qué amigos más raritos te buscas, hijo.

En el único momento en que nos quedamos solos, el rarito y yo, él me miró muy fijamente y me dijo:

—Tú y yo deberíamos estar juntos, princesa. Somos muy parecidos.

Me explicó un rollo larguísimo de que las criaturas nocturnas están hechas para trabajar en equipo, para colaborar en su supervivencia. No porque lo digan los cuentos de miedo, puntualizó, sino porque de algún modo el mundo está contra nosotros. Solo estando juntos seremos fuertes, porque somos mucho más vulnerables de lo que parecemos.

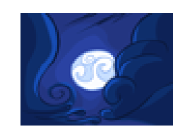
Todo eso dijo, hablando a toda prisa y desnudándome con la mirada. Y al fin concluyó:

—Resumiendo: estamos hechos el uno para el otro.

No me gusta nada el modo en que me mira. Puede sonar exagerado, pero me provoca escalofríos. Lo único que fui capaz de decirle fue:

—No creo.





15

Aunque parezca raro, lo más difícil de mi ruptura con Salva fue explicárselo a mi padre. Últimamente tengo la sensación de que no soy el tipo de hija que le gustaría tener. Por eso trata de convertirme todo el tiempo en otra cosa.

Es complicado.

El caso es que papá se enfadó muchísimo cuando supo que había cortado con mi novio. Salva le gusta por muchos motivos. En primer lugar, porque siempre le da la razón en todo (y eso incluye lo que yo debo o no debo estudiar y lo que debo hacer con mi vida) y porque es un estudiante ejemplar, de los que tienen muy claro que su futuro será una carrera brillante en la empresa de su padre.

Información adicional imprescindible: Salva es el único hijo del socio capitalista de mi padre. Ya sabéis: un socio capitalista es quien pone el dinero para que una empresa funcione. Digamos que los negocios de mi padre, en esos días en que a Salva se le ocurrió acostarse con mi mejor amiga, dependían bastante del dinero del padre de mi novio el traidor. Las empresas familiares comenzaban a desplomarse, una detrás de otra, por culpa de la maldita crisis. Es decir, que mi padre se asustaba solo de pensar que algo pudiera molestar a su socio y hacer que se retirara, llevándose su maravilloso dinero.

Así que lo primero que hizo mi padre cuando supo que Salva y yo habíamos cortado fue llamar a su socio y preguntarle cómo estaba su hijo. Se quedó muy preocupado cuando supo que Salva estaba hecho polvo, que no tenía ganas de hablar con nadie y que apenas comía.

Nada más colgar el teléfono me preguntó:

—¿No te duele que el pobre chico esté tan mal?

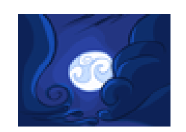
Y se fue a su despacho, malhumorado, sin querer entender ni escuchar.

Mi ruptura con Salva, vista desde el punto de vista de papá, fue «egoísta», «exagerada» e «inoportuna». No me lo ha dicho, pero piensa que debería haber esperado a que la crisis económica pase o remita un poco para dejar a mi novio. De modo que me he comportado —siempre según él— «como una niña consentida, incapaz de comprender que las cosas son mucho más complicadas». En su opinión, debería disculparme con todos: con él, con la familia y, por supuesto, con Salva.

Bueno, pues aquí va mi disculpa (y advierto que es la única que pienso articular):

Lo siento, papá.

Siento mucho no haber mirado las cotizaciones de la bolsa antes de mandar a paseo a mi novio.



La próxima vez que alguien me ponga los cuernos, preguntaré a los periodistas por la situación de los negocios de la familia, antes de derramar ni una sola lágrima.

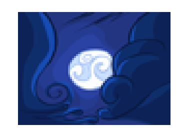
¡Seguro que ellos saben decirme si es o no es un buen momento para que mi novio se acueste con otra!

Información adicional (no tan imprescindible): Mi padre es bastante famoso. Es empresario. De los grandes de esos que van a almorzar de vez en cuando con el rey y se pasan el día pendientes de la cotización de sus acciones. Aunque, últimamente, cuando sale en los periódicos, no es solo por cosas buenas relacionadas con el crecimiento de sus empresas en todo el mundo. Ahora los periodistas le persiguen haciéndole preguntas desagradables, y hace un par de semanas incluso salió en el telediario, en la sección de «Escándalos» (bueno, no sé si esa es una sección del telediario, pero debería serlo).

La historia es que, de pronto, una semana después del episodio de Salva y Margarita, el socio capitalista de papá decidió retirar parte de su dinero. Por si alguien le da la razón a mi padre, aclaro que se trató solo de una coincidencia. Hacía mucho tiempo que los negocios iban mal y el padre de Salva había avisado muchas veces de que irían a peor. Aunque hay que reconocer que la coincidencia fue muy desafortunada.

Los abogados de mi padre (dos de ellos son mis hermanos) le aconsejaron reducir gastos de manera drástica. Así que presentaron suspensión de pagos y comenzaron a echar a trabajadores. En total, más de trescientas personas perdieron su empleo casi de la noche a la mañana. Mi padre dio una rueda de prensa, puso cara de compungido ante los periodistas y no dejó que ninguno hiciera preguntas. Como un entrenador de fútbol antipático.

Se armó un gran revuelo. Los trabajadores despedidos se manifestaron durante días delante del despacho de mi padre y de otros directivos de la empresa (entre ellos, otro de mis hermanos). Llevaban pancartas donde los insultaban y los hacían culpables de la miseria en la que habían caído. Salieron en todos los informativos. La policía tuvo que intervenir. El tema llegó al Parlamento. Mi padre indemnizó a todos para que se callaran. Luego, se deprimió. Su psicólogo le recomendó que se marchara unos días fuera de la ciudad hasta que los «incidentes» se olvidaran y el «malestar» de los trabajadores se apaciguara un poco. Mamá, claro, pensó que era una magnífica idea, como ya sabéis. Luego llegamos aquí, ocurrió lo que ya sabéis, bebí agua del Arroyo Negro, terminé en el hospital y me convertí en su coartada perfecta.



16

Hoy es el primer día en que me encuentro mejor. He recuperado las fuerzas. No me mareo si me incorporo demasiado rápido. Tengo un hambre feroz.

Mi madre ha llamado al médico para contárselo. Cuando ha colgado el teléfono, ha sonreído:

—Dice que es la recuperación más rápida que ha visto nunca.

Pero de inmediato ha levantado el dedo índice de las advertencias y ha añadido:

—Pero no quiere que hagas locuras. Dice que debes seguir con el reposo por lo menos seis horas al día.

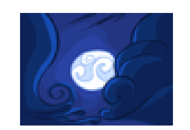
Hacer reposo cuando te encuentras bien es lo peor. Hasta se me ha alterado el ritmo normal del sueño. Como paso tantas horas en cama, he comenzado a dormir de día, como los bebés. De noche, en cambio, tengo una energía increíble y ni pizca de sueño. Mamá dice que «se me ha girado el sueño», como si fuera un calcetín recién lanzado al cesto de la ropa sucia.

Menos mal que de noche internet funciona bien y me deja navegar y escribir el blog. Mi padre dice que esto de la poca cobertura diurna es cosa de las antenas, que por lo visto en este valle están espaciadas o estropeadas o las dos cosas.

Hoy tenemos más novedades. Han llegado mis tres hermanos mayores a pasar unos días. Eso significa que saldrán a cazar todas las mañanas y que luego mamá tendrá un montón de ropa que lavar y que en el porche aparecerán cada día cuatro pares de botas enormes rebozadas en barro. Mis tres hermanos mayores tienen más de treinta años y, además de sus puestos directivos, le deben a mi padre todos sus gustos. Son como cuatro gotas de agua. Esta vez han venido con sus novias. Y con media docena de escopetas nuevas.

En un par de días habrá luna llena.





17

¿Por qué siento escalofríos cada vez que miro la luna? ¿Por qué querría echar a correr, llegar por mis propios medios al otro extremo del valle?

¿Qué quiero descubrir? ¿Por qué necesito el aire helado de las montañas acariciándome las mejillas?

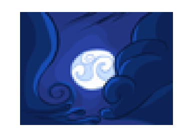
¿Por qué deseo olisquear los rastros que el viento arrastra? ¿Por qué deseo el viento, cargado de pistas de otros seres, de lugares remotos, de mares lejanos, de tantas cosas que ningún ser humano conoció jamás?

¿Por qué siento de pronto ganas de buscar a otros como yo, seres solitarios, y de escapar con ellos, sentir su calor en las noches heladas? ¿Por qué de pronto necesito ser a su lado un solo ser persiguiendo un mismo objetivo?

¿Y la soledad? ¿Es normal este deseo de estar sola, inmensamente sola? ¿Qué hay más allá de la soledad de los amplios espacios abiertos? ¿No es esa soledad mucho más terrible que cualquier otra? ¿He nacido, acaso, para ser absolutamente libre? ¿Para escapar de la manada? ¿No es un poco triste siempre la libertad de los seres solitarios?

¿Por qué cuando miro la luna solo acuden preguntas a mi mente? ¿Quién soy? ¿En qué me estoy convirtiendo? ¿Cuál es mi lugar y mi destino? ¿Quién va a compartirlo conmigo, cuando llegue?

¿Qué sienten los lobos cuando miran a los seres humanos?



18

He tenido una especie de recaída. Por eso he desaparecido varios días del blog. Pido disculpas, por si alguien estaba preocupado por mí. Aunque suene extraño, durante las horas que he pasado en el hospital y en la cama, ya de vuelta a casa, no hacía más que pensar en el blog y en quien está al otro lado, esperando mis palabras cada noche. Es como si este pequeño espacio virtual se hubiera convertido en mi única vida verdadera, la única en la que me apetece estar. Escribir es, ahora más que nunca, un modo de salvarse.

Intentaré contar qué ha pasado.

Ya dije que llegaron mis hermanos mayores y sus novias. Todos muy guapos, muy simpáticos, muy sofisticados, muy contentos. Todos viven en Madrid, todos tienen grandes cochazos que se ensucian en el campo. Cuando ven un mosquito o una lagartija, ellas se comportan como si hubieran visto un tigre de bengala a punto de atacarlas. En definitiva son, aunque no lo admitan, gente de ciudad, muy estresada por culpa de sus apresuradas vidas.

La primera mañana no tenían fuerzas ni para levantarse. Durmieron hasta muy tarde. Mamá había preparado para ellos las habitaciones de invitados del piso de arriba. A las dos menos cuarto, las chicas todavía se estaban duchando.

Durante la comida decidieron organizar al día siguiente «una gran cacería», aprovechando que justo hace unos días se levantó la veda del jabalí, la cabra montesa, el gamo y no sé cuántas especies más.

—Será un inicio magnífico de la temporada —anunció papá, satisfecho—. A ver si tenemos suerte y matamos algún bicho grande.

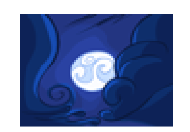
—Seguro que el valle nos hace algún regalo inesperado —dijo el mayor, que siempre ha sido un idealista—, aunque solo sea por lo poco que venimos.

Era divertido que estuvieran aquí, un paréntesis en la monotonía. Además, yo aquella tarde me encontraba muy bien. A mí también me daban ganas de lanzarme al monte, pero no a cazar, sino a disfrutar de la naturaleza, del sonido del agua, del brillo de la luna…

Cuando anocheció, los hombres se acostaron temprano y las chicas —con mi madre— se sentaron a ver una serie horrible en la tele. Una de esas de vampiros macizos, donde las protagonistas siempre son rubias y los vampiros siempre tienen buen corazón.

Decidí salir al porche. Me apetecía estar sola y respirar aire puro. Me senté en la mecedora.

Lo primero que pensé: «Huele de maravilla».



Luego reparé en los sonidos. Había mil ruidos cercanos que reconocía para mis adentros: un ratoncillo excavando sus túneles bajo mis pies, un búho agitando sus alas, una culebra serpenteando por la rama de un árbol.

Entonces me dio un brinco el corazón. Había escuchado algo. Un aullido. Llegaba desde muy lejos, calculé que a unos siete y ocho kilómetros, en dirección a la sierra, cerca del lugar donde hay una ermita centenaria. El aullido procedía de un macho joven. Estaba solo y buscaba una hembra. Me asusté mucho. ¿Cómo podía saber todas esas cosas con solo escuchar un aullido? Nunca hasta ahora me interesaron los lobos, y de ellos solo sé lo que le he escuchado a Eliseo. ¿Me lo estaba imaginando todo, o había un instinto desconocido y nuevo que había despertado en lo más profundo de mí?

Entré en casa. Dije que iba a dormir y me metí en la cama, pero no conseguí conciliar el sueño. Tenía un calor horrible, y las sábanas se pegaban a mi piel y se me enredaban en las piernas. Pensé que una ducha me relajaría.

Salí de la cama en silencio y sin encender la luz. Una vez en el cuarto de baño, procuré no hacer ruido. La casa estaba en un silencio absoluto y todos los miembros de la familia, cazadores incluidos, dormían a pierna suelta. De pronto, toda aquella algarabía del mundo parecía amplificarse. Escuchaba pasos y latidos y ecos dentro de las tuberías del baño. Podía oír la respiración de todos los ocupantes de la casa. El aletear de centenares de criaturas, allá afuera, en los árboles. El roce de millones de hojas entre sí. Era ensordecedor, insoportable.

Me asaba de calor y abrí la ventana. Cuando vi la circunferencia perfecta de la luna llena, temblé de pies a cabeza. Había empezado a desnudarme. Mientras lo hacía, sentí que el mundo comenzaba a dar vueltas y que me resultaba casi imposible sostenerme.

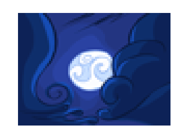
Mi siguiente recuerdo tiene la consistencia de uno de esos sueños recurrentes, aunque es muy real: otra vez el hospital, otra vez el médico de las preguntas, otra vez la enfermera que me sonríe como si fuera tonta. Mi madre con cara de preocupación, agarrándome la mano. Mi padre discutiendo con la enfermera por cualquier menudencia. Una escena que ya había vivido antes.

Aunque, de nuevo, absolutamente real.

Esta vez solo pasé en el hospital unas pocas horas, en observación. Ni siquiera me ingresaron. Los análisis de sangre salieron bien y al despertar me encontraba mejor que nunca. Mi único deseo era largarme de allí.

—Ha sido un desmayo sin importancia —le dijo el médico a mi padre—. Su estado es, en general, mucho mejor de lo que esperábamos. Su hija está fuerte como un toro.

De vuelta a nuestra casa del campo, me recibieron mis dos hermanos y sus novias. Habían preparado una cena especial, más o menos a mi salud, y nos sentamos todos a devorarla. Mi padre no estaba enfadado conmigo (o esa noche no lo demostraba) y parecía contento de volver a estar allí. Yo me moría de hambre. Me comí yo sola una tortilla de patatas de seis huevos y casi un cuarto de kilo de jamón de pata negra. Mi padre se reía a carcajadas viéndome zampar.



—Por Dios, hija, si sigues comiendo así, te pondrás como una vaca —dijo mamá, divertida por la situación.

Durante la cena me contaron lo que me había ocurrido.

A las cinco de la mañana, mis hermanos y mi padre, armados hasta los dientes y con grandes expectativas, salieron a cazar.

No habían caminado ni media hora cuando uno de mis hermanos gritó:

—¡Mirad! ¡Allí! ¡Es un lobo!

No hace falta decir que se pusieron locos de alegría. Era la sorpresa que les había reservado el monte en pago a su visita, como mi hermano mayor había dicho la noche antes.

La caza de un lobo requiere pericia, trabajo en equipo y mucha prudencia. Nunca se puede saber si se trata de un lobo solitario, uno de esos que han sido expulsados de su manada y condenados a vagar solos, o si tras él aparecerá toda su familia.

Le dispararon varias veces, a pesar de que hace años que está prohibido matar lobos. Por raro que parezca, en aquellos momentos, ninguno de ellos pensaba en la ley, ni en las consecuencias de desobedecerla.

Durante un rato pensaron que habían conseguido acorralar al animal, que le habían herido, que la presa era suya. Puede que estuvieran muy cerca de lograrlo, pero, al fin, el animal se escabulló. El resto del tiempo lo pasaron buscando por todas partes algún rastro que los pusiera de nuevo tras su pista y lamentándose de su mala suerte.

A las once menos cuarto de la mañana, la novia de mi hermano mayor se levantó y se asomó a la ventana. Se llevó un susto de muerte al ver un lobo junto al porche de la casa, vigilando cualquier movimiento con atención. Empezó a gritar, histérica, alertando a toda la casa (menos a mí). Mi madre acudió enseguida, la abrazó, la tranquilizó, le preparó una tila. Luego, salió al porche armada con el palo de la escoba y volvió al momento, diciendo que allí no había ningún lobo.

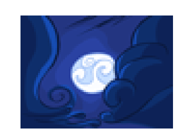
—Estaba ahí… Ahí mismo, junto a la mecedora —repetía mi cuñada.

—Es raro que los lobos se acerquen tanto —informó mi madre, para tranquilizarla—. Normalmente, temen a los humanos.

—Pues este no parecía asustado en absoluto. Me miraba como si… como si me conociera —decía ella.

Lo siguiente que hizo mamá fue entrar en casa (sin soltar la escoba) y asegurarse de que todo estaba en orden. Encontró mi cama vacía pero deshecha y pensó que podía estar en el baño. Llamó a la puerta. Estaba cerrada por dentro. Utilizando el palo de la escoba como palanca, forzó la cerradura hasta romperla (cuando es necesario, mi madre puede ser muy resolutiva).

Me encontró desmayada en el suelo, junto a mi ropa, completamente desnuda. La ducha abierta inundaba el plato, que apenas daba abasto a tragar tanta agua, y también el suelo del baño. A saber cuántos litros se habían malgastado por mi culpa.



Mi madre telefoneó a mi padre antes que a la ambulancia. Me puso el pijama. «Como cuando eras un bebé», me dijo. Mi padre y mis hermanos llegaron enseguida, aún excitados como niños por las aventuras de su noche de caza, pero llenos de frustración por tener que volver con las manos vacías.

—Es mejor que no le hayáis cazado —escuché decir a mi madre—. El lobo es una especie protegida y matarlo se considera un delito ecológico. Mejor así.

Mi madre le explicó al médico que me fui a dormir a la hora habitual y desperté al amanecer. Por alguna extraña razón, decidí darme una ducha y allí mismo, en el baño, debí de perder el conocimiento y me derrumbé.

—¿A qué hora se desmayó? —preguntó el médico.

—No creo que fueran más de las once. Si hubiera sido antes, la habría oído. Aquí hay mucho silencio —dijo mi madre, está claro que equivocando sus juicios.

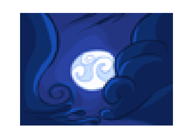
—Entonces el desmayo habrá durado... —el médico hizo sus cálculos—, aproximadamente una hora, ¿no es cierto?

—Eso es —corroboró mi madre.

Cuando me desperté, me pidieron que confirmara su reconstrucción de los hechos. La ducha, el desmayo, la hora. Me pareció que era perfecta.

Les dije que habían acertado en todo. Lo hice porque contarles mi versión habría sido una agotadora pérdida de tiempo.



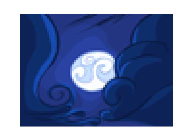


19

Despierto aquí
donde aprendí
a ser un bicho raro.
Te busco y no
te encuentro y sé que
quiero estar a tu lado.
Dormir, desear,
en vez de amar:

Si no vas a volver
elegiré morir.
Si no te vuelvo a ver
no merezco vivir.

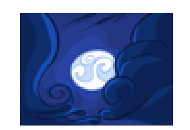
Mil noches más
te esperaré
aunque no vengas nunca.
Y el día del adiós
me ahorcaré de la Luna.



Lo que acabáis de leer es un regalo especial que me han hecho hoy. Un regalo de palabras y música. Perdóname Weirdo, siento haberte tenido tan preocupado.

En esta noche helada, tengo ganas de gritar tus palabras a los cuatro vientos. Mi modo de hacerlo es dejarlas aquí, en este rincón que compartimos y que no está en el mundo real. Un poco como nosotros mismos, seres fuera de todo.

Es lo más bonito que me han regalado jamás.



20

Este es mi sueño:

Corro, corro, corro tanto como mi nueva condición me lo permite.

La Luna me ilumina, el frío me acaricia, los susurros del bosque —una música nítida— alejan mi miedo y mi soledad. A mi lado, el Arroyo Negro canta en el silencio.

No temo, aunque sé que estoy en peligro.

No me acobardo, aunque sé que soy vulnerable.

De algún modo tengo claro que otros como yo, mis antepasados, cayeron aquí, sobre esta tierra oscura, gélida, empapada de sangre.

Sé que el bosque, esta noche, está lleno de depredadores que desearán mi muerte. El peligro es un incentivo, casi un premio.

También yo persigo a una criatura de sangre caliente. Puedo presentirla gracias a las pistas que arrastra el viento.

Todos perseguimos o somos perseguidos, según la ocasión. Hay que estar preparado para ambas cosas.

Aún estoy lejos cuando vislumbro a mi presa. Me extraña poder hacerlo, a tanta distancia. No termino aún de acostumbrarme a mí misma, a lo que soy ahora. Galopo, rasgo la noche con mis zancadas largas, mi aliento silente, mi mirada pavorosa, centro de tantas historias.

De un salto, caigo sobre mi objetivo. Directa al cuello. Se revuelve, es grande, ha sido fuerte, este no es el primer ataque del que es víctima, pero no tiene nada que hacer.

Él es viejo y yo soy joven. Nos gobierna la ley del más fuerte y ambos la acatamos.

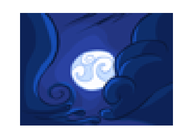
Brota la sangre. A borbotones, como un río. Me mancha y me otorga la apariencia de un demonio. Tomo distancia y me paro a contemplar. El cuerpo grande, aún caliente, del mastín yace sobre un charco de sangre rodeado de vísceras desgarradas. Se despide de su generosa vida entre espasmos.

Me pregunto por qué lo he hecho, por qué, por qué he sentido esta voz imperativa del instinto y no he podido negarme. Comienzo a temblar de miedo, de horror, de incredulidad. No quiero ser un monstruo. Pero ¿acaso algún monstruo ama su condición? Despierto bañada en sudor, con el corazón retumbando en la garganta, las mejillas húmedas de lágrimas y un miedo nuevo instalado en el alma.

Me digo: «Ha sido una pesadilla».

Pero sé bien que no es verdad.

Me digo: «Volverá a ocurrir dentro de 27 noches».



21

Estaba aún en la cama cuando esta mañana ha llegado Elíseo. Sin necesidad de salir de la habitación, he sabido que Bravo no venía con él. No he olido su aroma repugnante, no he escuchado su jadeo, sus pisadas de mastodonte viejo.

Elíseo tenía la voz destemplada cuando le ha preguntado a mi padre dónde fue que vio al lobo, cómo era, de qué tamaño, macho o hembra, joven o viejo.

Mi padre dudaba.

—Un lobo ibérico común, de color pardo —ha dicho—. Hembra, lo más seguro, por el tamaño, aunque no lo sé con certeza. No creo que levantara del suelo más de un metro. La primera vez, cuando mi hijo lo vio, estaba junto al arroyo. Creo que fue a beber. Luego, le perdimos. Se escabulló entre las tinieblas.

—¿Joven? —ha preguntado el lobero.

—Eso sí. Rápido y esbelto.

—¿Lobeznos? ¿O algún macho cerca?

—No los vi.

Elíseo rezonga. Masculla algo por lo bajo. Mi padre le pregunta qué le ocurre, qué le tiene tan intranquilo, a qué vienen tantas preguntas.

—Esa bestia me ha matado al Bravo, señor.

Me estremezco, escondida entre las sábanas. Tengo ganas de llorar. Cierro los ojos y veo el cuerpo del perrote ensangrentado. No quiero que sea verdad.

Mi padre tampoco se lo cree.

—¿Por qué iba a matar al chucho? Los lobos matan ovejas.

Eliseo niega con la cabeza.

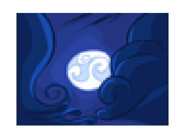
—Las lanudas están todas bien —dice con voz quebrada— Iba por el Bravo.

—Eso no puede ser, hombre —le quita importancia mi padre—. Ese perro está cansado de matar lobos.

—Ay, jefe, de eso hace mucho tiempo, cuando él era joven y yo era menos viejo. Ahora somos presas fáciles. Ya no nos alcanzan las fuerzas para defendernos. Además, seguro que esa fiera lo enlobó. Los lobos saben hacerlo. Te hechizan con la mirada y te entra un sueño imposible de reprimir. Caes dormido allí mismo, en pocos segundos. Entonces te devoran sin dejarte tiempo para morir.

Las palabras de Eliseo habían hecho enmudecer a mi padre. Las lágrimas comenzaron a mojar mis sábanas.

—¿Qué vas a hacer ahora, Eliseo?

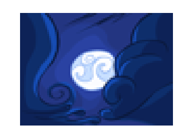


—Enterrar al chucho, señor.

Un silencio triste, fúnebre, ha crecido en la conversación.

—¿Puedo pedirle un favor? —pregunta Eliseo—. El Bravo es muy grande. Yo solo no podré cargar con él…

—Yo te ayudaré, hombre. Lo haremos entre los dos —se ofrece mi padre, que parece realmente impresionado.



22

Tengo una noticia buena y una mala. La mala: Benjamín está aquí de nuevo y además se queda a dormir. La buena: como estoy enferma, mamá ha decidido que él se instale en una de las habitaciones del piso de arriba.

Así que esta vez me libro de él, de sus olores, de sus ronquidos y de sus calzoncillos de varios días tirados debajo de la cama.

Aunque no puedo evitar que utilice el ordenador que, en teoría, también es suyo.

Lo primero que hizo cuando se sentó delante del teclado fue acariciar la pantalla y susurrar:

—Te he echado de menos, maquinita.

Luego se quedó unas cuatro horas clavado en la silla, navegando por internet y haciendo a saber qué cosas. Aproveché para irme a dar un paseo y leer un poco, preocupada porque Weirdo iba a echarme de menos y yo no tenía modo de avisarle.

Después de comer, Benjamín me dijo muy serio (y muy misterioso):

—Tengo que hablar contigo de mi colega.

Buf, ya sospechaba lo que iba a decirme. A mi hermano se le da muy bien ejercer de escudero del rarito. Esta vez, además, teníamos novedad: pensaba también ejercer de celestina. Aprovechó la hora de la siesta, cuando papá se echa un rato en el sofá y casi de inmediatamente se queda dormido, y mamá dice que ve la telenovela pero en realidad también duerme, en el sillón. Benjamín estaba muy preocupado por su colega, o eso dijo:

—El pobre se queda hecho polvo cada vez que te ve.

Me encogí de hombros, dando a entender que ese no era mi problema.

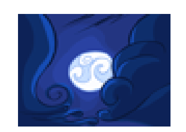
—¿No podrías darle una oportunidad? ¡Qué te cuesta! —añadió.

¡No me lo podía creer! Benjamín hablaba como si salir con el rarito de su amigo fuera una especie de obra de caridad.

—Está obsesionado contigo —añadió, como si eso fuera un argumento convincente.

Después de pensarlo un poco, decidí que no valía la pena tratar de explicarle a mi hermano por qué no pensaba liarme con su amigo, un donjuán de tres al cuarto demasiado acostumbrado a salirse siempre con la suya. Tampoco le dije por qué no me tomaba en serio ese gran problema del que me estaba hablando y para el que le estaban utilizando de la peor manera. A modo de resumen, solo le dije:

—Ya se le pasará. Cuando se obsesione con la siguiente.



Pareció muy ofendido.

—Creo que eres muy dura con él —espetó.

Solté una carcajada que quería ser irónica, pero en realidad el comentario me había dolido. Le pregunté:

—¿Y tú qué sacas a cambio? ¿Por qué tanto interés?

—Ayudo a un amigo —dijo él, en tono ofendido— y, de paso le busco a mi hermana alguien interesante con quien salir

De nuevo me callé mi verdadera opinión sobre su colega. Y sobre él mismo: mi hermano no tiene remedio. Se las da de defensor de las causas nobles más peregrinas. Pero siempre ha sido, es y será un cabeza de chorlito.

—Yo elijo quién es interesante, si no te importa —dije.

—¿Ah, sí? Como si tuvieras algún candidato.

La conversación se volvía brusca y desagradable por momentos.

—Tú qué sabes —salté.

Nunca le cuento a Benjamín mis intimidades. Aquel día, sin embargo, se olió algo. Mi respuesta, demasiado agresiva o demasiado misteriosa, le puso sobre la pista de la verdad.

—Vaya, vaya… —dijo, alargando mucho las letras—, ¿ya has encontrado un sustituto de Salva?

No contesté, aunque por dentro una vocecilla respondía:

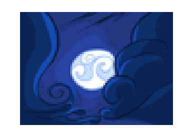
«No es el sustituto de nadie, ni lo merece».

Molesto ante mi silencio y ante la imposibilidad de saber qué estaba pasando, mi hermano trató de pincharme:

—¿Y será tan fiel como él?

Lo consiguió solo a medias. Me largué. No podía soportarle ni un segundo más.

Estoy harta de que todos se crean con derecho a opinar sobre mi vida.



23

Pensaba que las cosas no podían empeorar, pero me equivocaba. Ayer me llamó el amigo rarito de mi hermano. Quiere invitarme a una fiesta. Algo que han organizado para la madrugada de pasado mañana en un lugar llamado «el chorco de los lobos». Me dijo que Benjamín irá.

—Es un sitio alucinante. Una trampa para lobos gigantesca, construida hace años por la gente del valle. Es la primera vez que se utiliza como discoteca al aire libre. Quiero que vengas conmigo.

Le dije que no me apetecía mucho porque aún no me encontraba bien del todo.

—Yo te acompañaré a casa en cuanto terminemos —se ofreció.

Me negué otra vez, de la forma más amable que pude.

—Entonces podríamos salir otro día. ¿El sábado?

Salir sola con él era lo último que habría hecho el sábado (o cualquier otro día). Otra vez solté una mentira amable:

—Prefiero quedarme en casa hasta que me recupere del todo, pero gracias.

Esta nueva negativa le enfadó. Fue como si saliera de pronto su verdadera personalidad, el rostro que se escondía tras la máscara amable:

—No me gusta tener que insistir tanto —dijo, tosco.

—Entonces deja de hacerlo —respondí— Yo no te he pedido que me persigas.

Me colgó el teléfono. La verdad es que no me sorprendió esa reacción. Hace mucho que le tengo calado.

Estaba segura de que mi opinión no iba a cambiar. No quería salir con él y punto. No imaginé que intentaría, con la ayuda de mi hermano, utilizar una estrategia mucho más sofisticada. Y, aunque me pese, muchísimo más eficaz.

Un rato después de lo que acabo de contar, Benjamín volvió a hablarme de la fiesta en el chorco de los lobos.

—Creo que deberías venir con nosotros y dejar de hacerte la interesante —dijo.

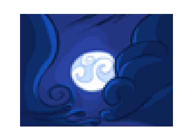
Iba a negarme de nuevo, pero entonces mi querido hermanito añadió:

—Si no vienes, le contaré a papá que has escrito a tu tutor del instituto y que planeas cambiarte a otro bachillerato. Será la bomba.

Le miré con rabia, con impotencia, con incredulidad.

—¿Has estado espiando mis correos?

—El ordenador es de los dos —soltó tan tranquilo, como si eso le justificara.



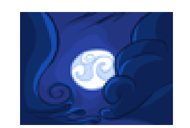
De pronto pensé: «¿Qué más sabe de todo lo que me está ocurriendo últimamente y de qué modo podría utilizar esa información en su beneficio?». Me entró pánico. No es un buen momento para contarle mis planes a mi padre. La situación de sus empresas y todo lo que le está pasando le tienen más irritable que de costumbre. Quería hacer las cosasa mi manera, sin prisas, eligiendo bien la ocasión. Mi hermano me estaba colocando entre la espada y la pared. No quería ni imaginar la cara que pondría mi padre si conociera mis planes con respecto a los estudios, ni cómo podría terminar mi decisión de cambiar mi destino.

Sonrió, satisfecho, al darse cuenta de que había conseguido lo que pretendía.

—Está bien —mascullé a regañadientes—. Iré.

Así que mi hermanito me tiene en sus manos. Su chantaje ha dado resultados. No tengo más remedio que ir a la maldita fiesta, con él y con su amigo el que no sabe encajar una negativa, a cambio de que no le diga a nuestro padre todo lo que ha descubierto espiando en mi correo.

La fiesta es pasado mañana. Solo de pensarlo, me echaría a llorar.



24

Durante siglos, los habitantes de estos valles han entretenido las largas y frías noches de invierno contándose unos a otros historias escalofriantes. Una de ellas, que el tiempo y las gentes han convertido en leyenda, tiene como protagonista al abuelo de Eliseo. Nosotros la conocimos de boca de nuestro amigo el pastor.

La recuerdo muy bien.

Cuando Eliseo vino al mundo, estos montes estaban llenos de lobos. Eran los dueños de los caminos solitarios y de las noches oscuras. A veces, en los meses de frío y de noches interminables, cuando escaseaban las presas, los lobos se acercaban a los pueblos y atacaban a las ovejas en los cercados. Los ganaderos encontraban, de buena mañana, los restos de alguna matanza que los dejaba más pobres y más indefensos. Los niños crecían aterrorizados. Sus madres los escondían en casa para que no vieran a los lobos acechando. Se creía que solo la visión de uno de ellos les podía hacer enfermar.

El abuelo de Eliseo, que también se llamaba Eliseo, no debía de tener más de veinticinco años cuando protagonizó la hazaña que habría de cambiarle la vida. Recorría el valle de regreso a casa durante uno de esos cortos y helados atardeceres de invierno. Todavía el sol no declinaba del todo, y el camino estaba bien iluminado por la poca luz que le quedaba al día, roja como la sangre.

De pronto, el hombre, que caminaba a buen paso, atento a cuanto escuchaba o veía, descubrió el rastro de cuatro patas sobre la nieve. Se quedó paralizado de terror. Había escuchado historias de lobos que esperan a los hombres en los caminos, los encantan con su mirada mágica y luego saltan a su cuello para devorarlos. También sabía de lobos capaces de caminar durante kilómetros detrás de sus víctimas, pacientes y precavidos, esperando la mejor ocasión de devorarlas.

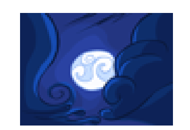
Advertido del peligro que podía estar acechando, Elíseo apuró el paso y cambió ligeramente su rumbo para llegar cuanto antes a la ermita de Nuestra Señora de las Montañas. Pensó que esa noche no llegaría a dormir a su casa y aguardaría a que amaneciera cobijado en las benditas paredes del pequeño santuario.

Hizo el camino tan rápido como sus pies y la nieve que acolchaba el sendero se lo permitieron. Una vez en la ermita, cerró la puerta tras de sí y se arrodilló a rezar a la Virgen una plegaria improvisada:

Santa Virgen montañesa,

permite que el miedo no me acobarde,

que el cuchillo encuentre su camino



y yo pueda vivir para contarlo, amén.

La Virgen le escuchó porque le mantuvo despierto y alerta durante toda la noche. A eso de las tres de la madrugada, le pareció oír de nuevo los pasos del lobo, sigilosos, que se acercaban. El animal se detuvo al otro lado de la puerta. Se podía sentir claramente su fuerte respiración en el silencio sobrecogedor de la noche y hasta —dicen— oler su fétido aliento.

Durante más de dos horas, el animal estuvo arañando con sus garras la gruesa madera que le impedía el paso. Los portones no tenían pestillos ni trancas, ni más protección que la fuerza con que el lobero los sujetaba, pero no se abrieron. Algunos creyeron que se trataba de un milagro de la Virgen. Otros vieron una demostración de fortaleza por parte del cazador. Y no faltó quien pensó que solo había sido cosa de la buena suerte.

Al fin, después de mucho rezar para armarse de coraje, el abuelo de Eliseo decidió salir y enfrentarse al animal. Solo tenía un arma, un afilado puñal que había dejado toda la noche sobre el altar de la ermita, a los pies de la Virgen ermitaña. No sabía de qué podía servirle en el combate cuerpo a cuerpo que habría de librar con la fiera. Se santiguó y salió a probar suerte.

Abrió la puerta de la ermita —que esta vez cedió con facilidad— y se lanzó sobre el animal. Como había temido, era un lobo gigantesco, de pelo largo y negro y de colmillos afilados como puñales. Se abrazó a él, sintió su sangre caliente y los latidos de su corazón fuerte, y se encomendó a la Virgen por lo que pudiera pasar. Ambos, hombre y bestia, rodaron sobre la nieve en un violento forcejeo hasta que, con un movimiento preciso, Eliseo pudo liberar un brazo y le rebanó al lobo el cuello de un corte.

El bicho tardó unos minutos en morir. En ese tiempo, cazador y víctima, lobo y lobero, monstruo y ser humano, siguieron aún rodando por la colina sobre la nieve. Las fuerzas de la presa disminuían mientras la sangre se escapaba de su cuerpo, pero a pesar de ello tuvo tiempo de defenderse. De un zarpazo, destrozó uno de los muslos del cazador. De otro, por suerte más débil, le cercenó un pedazo de mejilla. Si llega a tardar un segundo más en morir, tal vez el combate habría dejado dos cuerpos sin vida sobre el valle nevado.

El lobero tardó en levantarse. Cuando lo hizo, comenzaba a amanecer. El lobo, gigante, negro como el diablo, yacía al pie de un castaño gigantesco. Frente a los ojos de Eliseo, la nieve empapada de sangre dibujaba un siniestro camino en la ladera.

El lobero enterró al lobo al pie de aquel árbol y regresó a su casa. Desde ese mismo día, todos comenzaron a llamarle «el Tumbalobos». Las gentes supersticiosas creyeron que, al morir, el espíritu del animal se había traspasado a su verdugo, y por eso Eliseo fue respetado y temido en todo el valle el resto de sus días, como lo serían sus hijos y sus nietos.

Un tiempo después, el cazador volvió a los pies del castaño y descubrió las huellas de docenas de lobos. Todos escucharon su increíble historia:

—El lobo que maté era el jefe de la gran manada lobuna que habita nuestro valle —dijo—, y por eso todos los miembros del clan peregrinan ahora hasta su sepultura bajo



el gran árbol. No sería extraño que cualquier noche de luna llena intenten desenterrarlo y lo devoren, como modo de rendirle un último homenaje.

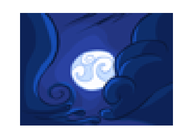
Sus paisanos se sobrecogieron al escuchar estas palabras.

—Por eso propongo que construyamos trampas —prosiguió Eliseo— donde los lobos entren confiados, pero de las que no puedan salir. Podremos darles muerte o capturarlos vivos. Nos libraremos de los enemigos de nuestras ovejas, de nuestros hijos y de nuestra tranquilidad.

Todo el mundo celebró esta idea. Decidieron comenzar a construir las trampas aquella misma noche. Las llamaron «chorcos», palabra que en alguna lengua que ya nadie habla significa «fosa» o «agujero».

Así fue como, junto al castaño gigantesco y el cuerpo del mayor lobo negro que ha muerto en estos montes, se construyó el chorco de los lobos.

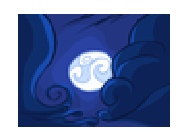




25

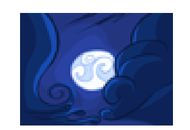
Esta es mi horrible verdad: soy uno más en la colección de monstruos que alguna vez han habitado este valle.

Los cazadores me acechan.



26

Apenas te conozco
y no quiero saber de nadie más.
No he besado tus labios,
no he tocado tus manos,
no he mirado tus ojos
y no quiero besar, tocar,
mirar a otra nunca más.
Nada tiene sentido.
Apenas te conozco.
Sé todo de tu vida.
Quiero ser tu destino.
Apenas te conozco.
Quiero ser tu destino.
Y que seas el mío.



27

Lo siento. He vuelto a desaparecer del blog. Esta vez la culpa no la ha tenido mi salud (me encuentro mejor que nunca), sino mi estado de ánimo. No me apetecía tropezar con mi hermano, que se pasa el día en el ordenador, ni tener que hablar con él. Tampoco tenía ganas de escribir. Creo que en las últimas veinticuatro horas he llorado más que nunca en mi vida. Hoy, por fin, mi hermano se ha largado. Mis padres están en el salón, viendo una película. Mi padre no me habla, aunque después de lo que pasó ayer, lo prefiero. Ayer papá me dijo cosas horribles. Me amenazó con encerrarme en un internado hasta que comience la universidad. Pero será mejor que comience por el principio.

El principio está en el chorco de los lobos.

La fiesta comenzaba a las doce de la noche. Mi hermano había hablado con mis padres para que me dejaran ir. Les contó que la fiesta la organizaba un amigo suyo que era «muy legal», y que no terminaríamos muy tarde. Mi padre no parecía muy interesado en el asunto. Mi madre fruncía el ceño cuando me preguntó, extrañada de tanto interés por parte de Benjamín:

—¿Tú quieres ir?

Tuve que mentir, claro. Mi hermano me miraba fijamente y esperaba una respuesta que se amoldara a sus expectativas.

—Sí —respondí.

—Está bien —otorgó al final papá—, pero no volváis tarde.

Fuimos en el coche del colega raro. Más de media hora de camino hasta llegar a un lugar insólito: una hondonada rodeada de árboles altísimos, en mitad de la oscuridad del bosque. Habían instalado una barra de bar, una mesa de sonido, y habían improvisado una pista de baile en mitad de un claro. La música retumbaba en la oscuridad de la noche. También había antorchas y palmatorias distribuidas por todas partes.

Tal vez, si no hubiera ido acompañada de aquel par de tarugos, me lo habría pasado bien.

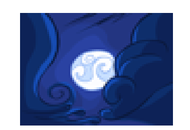
Procuré ir a mi aire. Bailé un rato, sola. Pedí una naranjada y, antes de que pudiera pagarla, el colega de mi hermano ya estaba cerca de mí, diciéndome con su voz empalagosa:

—Las diosas no deben pagar lo que beben.

Su mirada, fija en mí, me ponía nerviosa. Me sentía observada en todo momento.

Hacia las dos de la madrugada, mi hermano me ordenó:

—Ven a ver las trampas.



Caminé tras él hacia un lugar en que el valle se estrechaba. Un par de empalizadas de madera formaban una estructura en forma de embudo. La parte superior estaba custodiada por los enormes árboles. La inferior conducía a un paso angosto, diseñado para que los lobos entraran, asustados por los cazadores, pero no lograran salir. Una vez capturada la presa dentro del foso, los cazadores decidían qué iban a hacer con ella: o la molían a palos y pedradas, o bien le ponían un bozal de hierro y lo paseaban de pueblo en pueblo y de aldea en aldea para que todos admiraran su gesta, hasta que el animal moría de inanición o de agotamiento. Luego subastaban su piel.

—Mira, los lobos entraban por aquí y caían al vacío —escuché decir al amigo de mi hermano, señalando el estrecho paso.

La oscuridad era casi total dentro de aquel agujero. Las altísimas empalizadas nos ocultaban la luna. Aunque tal vez había luna nueva y el cielo era una sábana de color carbón, sin escapatoria. De pronto me di cuenta de que mi hermano se había marchado, de que me había dejado sola con el otro, con el indeseable, y me invadió la angustia. Aunque creo que mi desazón no se debía solo a la compañía.

—¿Te sientes mal, princesa? —me preguntó.

Me sentía fatal. Me faltaba la respiración y el corazón me latía desbocado. No contesté.

Él insistió:

—Y aquí es donde morían. O, mejor dicho, donde los masacraban.

—Necesito salir de aquí —musité.

—Aunque es mejor morir que ser humillado de pueblo en pueblo, ¿no crees? —continuó él—. ¿O tú soportarías que te exhibieran como una atracción de feria?

—No, claro que no.

—¿Sabes que, durante mucho tiempo, las madres creían que los niños que tocaban a un lobo morían de enfermedades horribles?

No quería escuchar nada más. Me estaba sintiendo realmente mal.

—Por favor, déjame salir.

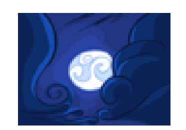
El amigo de mi hermano, que me pareció aún más alto que de costumbre, se detuvo frente a mí impidiéndome el paso. Me di cuenta de que desprendía un calor extraño, demasiado intenso.

—Yo sé lo que te pasa, princesa —dijo con un brillo extraño en los ojos.

—Por favor… —creo que estaba a punto de echarme a llorar.

Miré hacia arriba, hacia las altísimas empalizadas, y comprendí que no tenía escapatoria. Aquel lugar era una trampa mortal para mí.

—Yo sé lo que eres —continuó él—, y ahora ya no tengo dudas de que estamos hechos el uno para el otro. ¿No te das cuenta? —un par de manazas ardientes me agarraron por los hombros—. Las criaturas como nosotros debemos estar juntas, ayudarnos, complementarnos. Somos nosotros contra el mundo, algo que ellos, los normales, jamás entenderán.



Sus labios hervían cuando intentó besarme. Me revolví. Me dio mucho asco.

—Déjame —le dije.

Me miró con furia.

—Ni hablar —zanjó, abalanzándose otra vez sobre mí.

No sé de dónde saqué las fuerzas, pero le aparté de un empujón. Su espalda se estrelló contra la empalizada. Me miró con sorpresa, estupefacto. También yo estaba sorprendida de lo que acababa de hacer.

Aunque no fue suficiente para hacerle desistir. Recuperó la energía en el acto y se lanzó de nuevo sobre mí. Esta vez, directo al cuello. Apartó el abrigo, el suéter, la camiseta, todo con un solo y violento gesto, y por un momento creí que iba a morderme. Incluso me pareció ver brillar en su dentadura un par de afilados colmillos. Sentí tanto miedo que lancé un grito. No: más bien un gemido. O un aullido. Algo que no reconocí como mi voz.

Al instante, otro aullido llegó desde no muy lejos.

Mi agresor se detuvo. Me miró frunciendo el ceño.

El aullido se repitió, esta vez desde más cerca, como un eco del anterior.

Desde fuera, una voz gritó, despavorida:

—¡Lobos! ¡Vienen lobos!

La música cesó de pronto. Se escucharon gritos de histeria, carreras, motores de motos y de coches. Y los aullidos, más cerca todavía.

Mi hermano, que debía de estar vigilando en alguna parte, gritó de pronto:

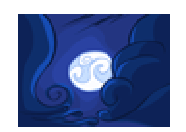
—Salid de ahí, tío, tenemos que irnos.

Aproveché su desconcierto para escapar tan rápido como pude.

Afuera, la fiesta había terminado de improviso. En la barra se veían botellas tumbadas y vasos a medio beber. La mesa de mezclas estaba abandonada. La gente huía. Los coches salían del aparcamiento sin guardar ningún orden, alumbrando con sus faros la negrura de la noche. Al pie del castaño más alto de todos, me pareció ver un gran lobo negro, mirándome satisfecho.

No volví con Benjamín y el pesado. Decidí regresar por mi cuenta. Corrí entre los árboles. No tenía miedo, más bien todo lo contrario. Los aullidos lejanos me hacían sentir acompañada, protegida. Corrí durante horas, descansando de vez en cuando. Cuando encontré el Arroyo Negro, bebí con avidez hasta saciarme. Unos metros más allá descubrí a una loba joven con sus lobeznos, haciendo lo mismo, y me sentí muy bien. A partir de ese momento, todo fue más fácil. Solo tuve que seguir la corriente para dar con nuestra casa. Cuando llegué, los pájaros comenzaban a cantar, anunciando un amanecer que apenas se vislumbraba. Benjamín me esperaba sentado en los escalones del porche y parecía muy enfadado.

—¿Se puede saber con quién has vuelto?

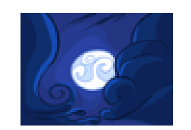


—Con nadie. He venido caminando —respondí.

Entré en casa sin mirarle. No tenía nada que hablar con él. Fingí no oír sus últimas palabras:

—Arístides dice que volverá a por ti. Y que hará todo lo posible para que te quedes con él.

Arístides es su colega, claro; creo que no había dicho su nombre aún. Un nombre raro para un tío raro.



28

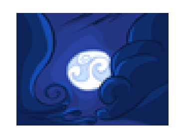
Tengo que acabar de contar lo ocurrido. Las historias necesitan un final. Me pregunto cuál será el de esta.

Por ahora, la siguiente escena tiene lugar en la cocina (un lugar muy poco solemne, lo reconozco) entre mi padre y yo, actores principales. Como figurantes tenemos a Benjamín y a mi madre, mirándonos en silencio.

Se levanta el telón.

Mi padre está hecho una furia. Benjamín le ha contado que la semana pasada escribí a mi tutor del instituto para hacerle algunas preguntas importantes. Por si acaso, ha aportado las pruebas del delito: tres correos electrónicos que no dejan lugar a dudas.

> Hola, Toni:
> Seguramente te extrañará recibir una carta mía, pero necesito hacerte una consulta muy importante de cara al próximo curso. Lo primero, te cuento que me encuentro muy bien, aunque los médicos dicen que tengo que seguir haciendo reposo (es un rollo, me aburro). Aunque te parezca mentira, tengo ganas de volver a estudiar. Echo de menos los madrugones, las broncas del dire y hasta las regañinas de la de Filosofía.
> Estos días en que tengo tanto tiempo para pensar, me ha dado por ponerme trascendental y por pensar en el futuro, en lo que quiero hacer con el. Supongo que en algún momento hay que comenzar a pensar estas cosas, ¿no? Además, he decidido escribir en serio (bueno, más o menos) y he descubierto que esto es lo que más feliz me hace del mundo. Escribir, leer, contar historias. Ya sé que no es fácil llegar a ser escritora, pero me gustaría intentarlo. Yo creo que todo el mundo debe estudiar aquello para lo que vale, ¿no? De esto también me he dado cuenta durante estos días, gracias al consejo de un amigo muy especial (que es músico).
> Yo nunca seré una buena abogada, como quiere mi padre. Ni siquiera seré una abogada satisfecha de serlo. Odio las leyes, odio los tribunales, me parecen lo más aburrido del mundo. Cuando veo películas de juicios me entra un sueño terrible… Por eso me gustaría empezar a tomar decisiones importantes, comenzando por la primera, que es elegir otro bachillerato, el que de verdad debería haber elegido si no hubiera hecho caso de los deseos de otros: el artístico. Si es que, una vez empezado otro, aún estoy a tiempo de cambiar. Eso es lo que necesitaría que me expliques, ¿qué tengo que hacer?
> No te preocupes por mi padre. Sabes tan bien como yo que no estará de acuerdo, pero tendrá que hacerse a la idea. Se lo diré dentro de unos meses, cuando se recupere del mal momento que está pasando. Confío en ser capaz de convencerle, aunque igual necesitaré un poco de ayuda. Tú siempre dices que debemos ser valientes para pensar por nosotros mismos, ¿verdad? Pues creo que estoy pensando por mi cuenta por primera vez en la vida.
> ¡Un abrazo, profe!
> O.



Querida O.:

Creo que has tomado la decisión correcta. No soy el único que se ha dado cuenta de las enormes facultades que tienes para la escritura. Mauricio, de Literatura, está harto de repetirlo. Serás una escritora magnífica, estamos seguros, y apostamos firmemente por ti desde este momento. Que sepas que cuando publiques tu primera novela, la compraremos para presumir de alumna.

Por mi parte, haré todo lo que esté en mi mano no solo por conseguir que cambies de bachillerato, sino para convencer a tu padre. Si después de que tú hables con él sigue sin rendirse a la evidencia, le citaré para una entrevista y le contaré nuestro punto de vista. No te desanimes antes de empezar: ya verás cómo al final entenderá lo que es mejor para ti, que es siempre permitirte disfrutar de tu vocación y del amor que te despierta la literatura. Continúa pensando por ti misma. Veo que se te da muy bien.

Otro abrazo para ti.

Toni

Hola, profe.

¡Muchísimas gracias! Todo lo que dices es muy importante para mí. Gracias, gracias, gracias. Seguiré escribiendo. Un beso.

O.

Mi padre, rojo de rabia, arroja los papeles sobre la mesa y pregunta:

—¿Me explicas por qué tienes que contarle mis problemas a un desconocido?

No se me ocurre qué decir. «No son tus problemas, son los míos», pienso. Por otra parte, todo lo que pueda explicarle está en esos correos electrónicos. Sé que no solo está molesto por mi decisión, también porque haya metido a mi tutor en esto. Mi padre no soporta que otros le digan cómo tiene que educar a sus hijos. Ni siquiera cuando esos otros son educadores profesionales: él siempre considera que sabe más que nadie o que haber contribuido a mi llegada al mundo le hace infalible.

Pienso una respuesta, pero no llega. Mi hermano pone cara de no haber roto nunca un plato. Mamá se frota las manos con nerviosismo.

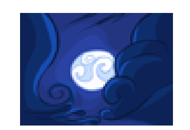
—¡Contesta! ¡Te he hecho una pregunta! —grita papá, fuera de sí.

Otro silencio insoportable. La mente en blanco. Cuanto más pienso en algo que decir, menos se me ocurre.

—Por lo visto, has decidido unilateralmente hacer cambios en tu vida —sigue papá.

—Sí. Me gustaría estudiar el bachillerato artístico —mi voz es apenas un murmullo, tan suave que mi padre me ordena, a gritos, que repita lo que acabo de decir. Odio que haga eso. Es humillante.

—Quiero hacer el bachillerato artístico —repito, un poco más alto.



Mi padre propina un golpe a la mesa con las dos manos. Los cubiertos del desayuno se sobresaltan. Un tenedor cae al suelo. Mamá se apresura a recogerlo, lo limpia con el trapo y lo deja de nuevo sobre la mesa. De inmediato comienza a recoger el resto de los cubiertos, los platos y las tazas del desayuno. Como si formara parte de otra escena, o como si lo que está ocurriendo aquí no tuviera nada que ver con ella.

—¿Bachillerato artístico? —repite mi padre—, y luego, ¿qué?

—No lo sé —murmuro—. Filología. Historia del Arte.

Mi respuesta le enfurece.

—¿Y para dedicarte a qué, si puede saberse?

—No lo sé —reconozco bajando aún más la voz— Aún no lo he decidido.

—¿Cómo dices? —atruena él.

—Que no lo sé —repito.

Se hace otro silencio. Mi padre respira ruidosamente. Sus dedos tamborilean sobre la mesa. Después de mirarme durante más de sesenta insoportables segundos, suelta:

—No tienes nada que decidir. Olvídate de esas idioteces.

No puedo controlar más mis nervios y comienzo a llorar. Él ignora este hecho y continúa:

—Vas a estudiar una carrera de provecho, que te sirva para merecer un trabajo serio, seguro y para toda la vida. Aunque no lo valores, tienes mucha suerte de tener un trabajo asegurado en las empresas de tu familia. ¡En los tiempos que corren! ¡Eres una inconsciente! ¿Escritora? —una mueca de desprecio—. ¿Y por qué no te vas directamente a un albergue para pobres? Por lo menos te ahorrarás mucho trabajo. ¡Ser escritor no es una ocupación, joder, es una desgracia!

Se calma durante diez segundos (los cuento, para entretener los nervios) y luego comienza de nuevo, más tranquilo:

—Y con respecto a ese tutor tuyo… Le escribiré y le diré dónde puede meterse sus consejos. Ese hombre no es tu padre. A él le da lo mismo si pierdes el tiempo de la peor manera o si estudias algo que no te sirve para nada. ¿Qué más le da? ¿Qué pierde? Cuando le escriba le diré que, como él mismo te propuso, va a haber cambios, pero serán de otro tipo. Vas a cambiar de colegio.

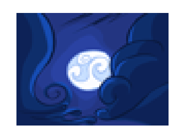
Se me disparan los latidos del corazón. No entiendo lo que estoy escuchando, pero por la cara de mi padre sé que es gravísimo.

—¿Por qué? —balbuceo.

—Voy a matricularte en un internado —dice él, resolutivo, firme, casi orgulloso.

Mamá deja de fregar, cierra el grifo y se da la vuelta hacia nosotros mientras se seca las manos con el trapo de cocina. Mira a papá, me mira a mí y sus ojos van y vienen, perplejos, como si estuvieran asistiendo a un partido de tenis.

A mí la palabra «internado» me suena a novela pasada de moda y también a horror moderno. A algo demasiado estrafalario para ser real.

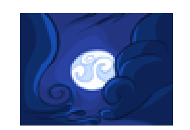


—Y olvídate de salir —zanja mi padre, levantándose y sacudiéndose de los pantalones las migas del desayuno—. Hasta que empieces el curso, se acabaron las idas y venidas. ¿Lo has entendido?

—Sí.

Miro de reojo a mi hermano. Si no puedo salir, tampoco podrá chantajearme. Es la única buena noticia del día.





29

Me siento muy rara. Es como si la energía me sobrara, siento unas enormes ganas de correr. Se me ha ocurrido tomarme el pulso. 180 pulsaciones en un minuto (normalmente estoy en 65). Me da mucho miedo todo esto, pero ya no puedo esperar más para estar segura del todo. Esta noche lo confirmaré de una vez por todas.

He tenido una conversación con mamá. Dice que debo tener paciencia con mi padre, que está pasando por una mala racha y tiene que acostumbrarse a todos los cambios.

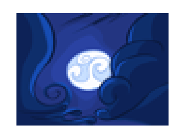
—No dejes que vaya a un internado, mamá —le he pedido.

Ella ha callado. Me ha mirado a los ojos. Los suyos se han llenado de lágrimas.

—Tu padre es cabezota, hija. Sobre todo cuando está convencido de que hace lo correcto —ha dicho acariciándome el pelo.

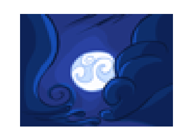
He comprendido perfectamente lo que significan sus palabras: no piensa oponerse al jefe de la manada. Ni siquiera sabría cómo hacerlo.

Menos mal que en mi vida hay, desde no hace tanto, algo más. Alguien más. Las canciones sin música que no dejo de recibir son la única salida de este infierno. Ojalá pudiera escuchar también la música. Ojalá.

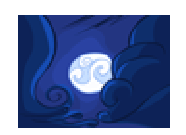


Tercera conversación

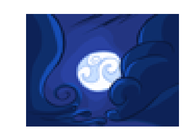
OSCURA:	No me mandaste la foto.
WEIRDO:	Hola.
OSCURA:	Me lo prometiste.
WEIRDO:	Oye, salúdame antes de regañarme.
OSCURA:	Hola. No me mandaste la foto.
WEIRDO:	Es verdad. Como nuestra conversación acabó de aquella manera tan repentina…
OSCURA:	Oye, no tienes móvil?
WEIRDO:	No.
OSCURA:	Por qué?
WEIRDO:	No lo necesito.
OSCURA:	Todo el mundo necesita un móvil.
WEIRDO:	Yo no.
OSCURA:	Debes de ser el único de nuestra edad que no tiene móvil.
WEIRDO:	Tal vez.
OSCURA:	No piensas comprarte uno?
WEIRDO:	Tal vez.
OSCURA:	No sabes decir otra cosa?
WEIRDO:	Tal vez… no.
OSCURA:	Mándame la foto YA!
WEIRDO:	Qué prisas.
OSCURA:	Tengo que saber si eres tan raro como dices.
WEIRDO:	Espera… Busco una.
OSCURA:	Tienes antenas?
WEIRDO:	Dos docenas.
OSCURA:	Ojos en la frente?
WEIRDO:	Cuatro.
OSCURA:	La piel verde?



WEIRDO:	No… Anaranjada.
OSCURA:	Grandes colmillos?
WEIRDO:	Del tamaño de los de una morsa.
OSCURA:	Jaja, qué guapo eres.
WEIRDO:	Ya está. La foto va hacia ti.
OSCURA:	Ah, qué emoción. A ver…
WEIRDO:	La tienes?
OSCURA:	Sí. Acaba de entrar.
WEIRDO:	Dime qué te parece.
OSCURA:	Espera, que la abro.
WEIRDO:	Sé totalmente sincera, por favor.
OSCURA:	(…)
WEIRDO:	Si no te gusto, no pasa nada. Igualmente, podemos ser amigos… si quieres, claro. Llega o no?
OSCURA:	(…)
WEIRDO:	Ay…
OSCURA:	Tienes cara de niño bueno. No pareces nada raro.
WEIRDO:	Ya sabes: las apariencias…
OSCURA:	Y por qué llevas corbata?
WEIRDO:	Es una foto de trabajo.
	La envió con el curriculum.
OSCURA:	Cuánto hace que te la tomaste?
WEIRDO:	Unos seis meses.
OSCURA:	Has cambiado?
WEIRDO:	Sí.
OSCURA:	?
WEIRDO:	Me han salido dos granos. Uno en la punta de la nariz, especialmente purulento. Si le diriges la palabra dice: «Buenos días».
OSCURA:	Jajaja.
WEIRDO:	Te parezco horrible?
OSCURA:	Sinceramente?
WEIRDO:	Sí.
OSCURA:	Pero con mucha sinceridad?

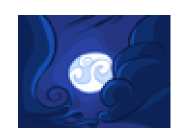


WEIRDO:	Sí.
OSCURA:	Con la verdad más descarnada?
WEIRDO:	Sí!!!!
OSCURA:	Me pareces bastante guapo.
WEIRDO:	Uf, qué alivio.
OSCURA:	Aunque lo de raro creo que lo dices para darte ínfulas.
WEIRDO:	Bueno, cree lo que quieras.
OSCURA:	Tengo más preguntas.
WEIRDO:	Ah. Buf. Bueno, dispara.
OSCURA:	Si duermes de día y vives de noche, cuando trabajas?
WEIRDO:	Trabajo en casa.
OSCURA:	Y cuándo sales?
WEIRDO:	No salgo mucho.
OSCURA:	Entonces, si quiero conocerte, tendrá que ser de noche?
WEIRDO:	Me temo que sí.
OSCURA:	Qué vas a hacer esta noche?
WEIRDO:	No sabes hablar si no es con interrogante final.
OSCURA:	Qué?
WEIRDO:	Esto es increíble. Deja de hacer preguntas!
OSCURA:	Quién hace preguntas?
WEIRDO:	Tú, todo el tiempo.
OSCURA:	Por qué lo dices?
WEIRDO:	Estás de broma, verdad?
OSCURA:	Tú crees?
WEIRDO:	Bastaaaaaaaaa!!!
OSCURA:	Te pasa algo? Estás nervioso?
WEIRDO:	Oye, en serio.
OSCURA:	En serio? Quien tiene interés en ser serio? Te importa si me voy a escribir el blog? Te gustaría que escribiera una entrada entera con frases interrogativas? Crees que no soy capaz de hacerlo? Quieres que apostemos algo?
WEIRDO:	Para, por favor…



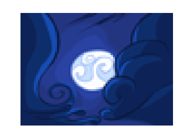
OSCURA: Te gustaría ayudarme? Se te ocurre alguna frase que podamos utilizar? Por qué quieres que pare? Te pongo nervioso? Sabes que me encanta hablar contigo? Y mucho más aún hacerte enfadar? Volverás otro día? Me perdonarás por esto? Sabes que comienzas a gustarme mucho, Criatura de la Noche? Y sabes que es la primera vez que me declaro a un chico?

WEIRDO: Ay, yo me largo.



30

Más allá del mundo,
más allá de viento,
más allá de todo
existe un lugar donde estar a salvo,
donde no estar solos.
Más allá del miedo
y de la luna llena
que asusta a los lobos.
Más allá de normas
que inventaron otros
existe un lugar
llamado Nosotros.



31

Los humanos y los lobos tenemos en común más de lo que imaginamos.

Una manada de lobos está compuesta por el jefe, su hembra y los cachorros que han nacido en diferentes carnadas. Si hubiera otra hembra, tendría un rango inferior y se quedaría en segundo lugar. Siempre.

En el grupo, nadie se atreve a desafiar el poder del fuerte y poderoso jefe. Si alguien lo hiciera, debería atenerse a las consecuencias.

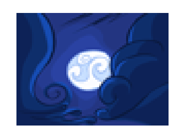
Solo hay dos modos de abandonar la manada:

1. Los machos jóvenes se van en grupo, a buscar hembras y alimento. Con el tiempo, cada uno terminará fundando su propia manada, regida por las mismas reglas.
2. Un miembro es rechazado por los demás. Cuando esto ocurre, el extraño debe irse. Lo más probable es que se convierta en un lobo solitario, condenado a vivir, cazar y morir solo.

Hace tiempo que me siento una extraña entre los míos. El jefe me rechaza, no hay lugar para mí entre los hermanos. Creo que se acerca el momento de elegir mi propio camino. Abandonar la manada.

No tengo ni idea de si existen lobas solitarias, pero yo no quiero ser una de ellas.

Sé muy bien con quién quiero estar y por qué. Ahora solo necesito encontrar el camino que me conduce hasta ti, Weirdo.



Epílogo

Una vez fui el único testigo de algo increíble. No me atreví a contárselo a la policía y no he vuelto a hablar de ello. Sin embargo, creo que debo hacerlo. He elegido internet porque es el único lugar que conozco donde lo extraño no impresiona a nadie.

La pelea más horrible que he visto en mi vida ocurrió cuando estaba a punto de salir el sol en el bar llamado Noche Cerrada, que por entonces yo frecuentaba. La mantuvieron mi mejor amigo, Arístides, y un chaval a quien nunca había visto, pero al que yo mismo había citado allí esa misma tarde. Nunca supe quién era ni cómo se llamaba, solo que salía con mi hermana o que estaba colado por ella.

No olvido el modo en que se miraron. Arístides le preguntó al intruso:

—¿Te conozco?

Y el otro contestó:

—Por desgracia.

—¿Se puede saber a qué has venido?

Y el chaval dijo:

—A buscar a Olivia.

Olivia era mi hermana. Arístides estaba obsesionado con ella desde hacía mucho. Más que obsesionado, diría yo, aunque nunca acabé de entender qué le ocurría.

—Olivia es para mí —respondió Arístides, autoritario.

Fueron las últimas palabras que escuché de su boca. Faltaba poco para el amanecer. El extraño se abalanzó sobre él y comenzaron a pelear. Fue una batalla horrible, despiadada. Jamás había visto a nadie agredirse con tanta saña. Después de arrojarse contra la barra, contra la mesa de billar y contra las paredes —destrozándolo todo con su virulencia—, salieron fuera, al bosque, y allí continuaron combatiendo, cuerpo a cuerpo, un buen rato más. Luego los perdí de vista sin que hubieran terminado. Hubiera jurado que el combate era muy igualado.



Fue entonces cuando descubrí que en la parte trasera del bar había una jaula con una loba en su interior. No era un animal cualquiera. Era el mismo al que mi padre había descubierto dentro de nuestra casa un par de noches antes.

Creo que ese fue el momento en que lo comprendí todo. También fue el momento en que la idea que tenía del mundo cambió para siempre.

Maldije a Arístides mientras esperaba su regreso. Le maldije por engañarme, por aprovecharse de mí para conseguir a mi hermana y por hacerle daño a ella. Nunca he tenido mucho carácter. Me avergüenza reconocer que en aquellos días había prometido a Arístides ayudarle a conquistar a mi hermana a cambio de que me prestara su coche deportivo.

Intenté acariciar a la loba a través de los barrotes de la jaula, pero intentó morderme.

Al rato escuché pasos y vi al desconocido. Venía ensangrentado y maltrecho, pero en la cara llevaba pintada la satisfacción de haber vencido a un rival poderoso.

Destrozó a golpes la cerradura de la jaula y liberó al animal, que nada más verse libre se acercó a él y le lamió las manos muy despacio.

Pensé que debía hacer algo. Me acerqué al desconocido y le entregué una mochila. Me miró con un profundo desprecio.

—Aquí está su ropa —le dije—. La que Olivia se quitó.

—¿Por qué la tienes tú? —preguntó.

—Arístides me pidió que se la trajera.

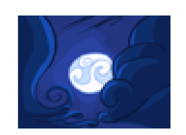
Me observó en silencio. La dureza de su mirada se hizo más soportable. Agarró la mochila.

—Gracias, Benjamín —dijo.

Y se marchó, custodiado por el hermoso animal de lomo pardo.

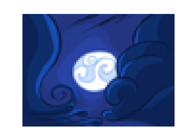
Me quedé un buen rato meditando sobre lo que acababa de ocurrir, tratando de reaccionar, pensando que tal vez Arístides regresaría, sirviéndome una copa tras otra.

Al amanecer, me pareció escuchar unos alaridos en el bosque. Corrí entre los árboles como un loco. En el tronco de un castaño encontré una cuerda que



sujetaba con holgura la ropa de mi amigo, bañada por la luz del sol recién nacido. Dentro de la ropa solo había polvo gris. Parecían cenizas.

Aún estaban calientes.



La última de las leyendas que cuentan las gentes del Valle del Silencio habla de dos jóvenes enamorados que habitan entre los árboles, cerca del Arroyo Negro. Él es un chupasangre, una criatura nocturna a quien el solo contacto con la luz del sol puede reducir a cenizas. Está condenado de por vida a alimentarse de sangre fresca, y cualquier otra cosa que se lleve a la boca puede ser mortal para él. Las noches en que hay luna llena, ella es una loba joven y esbelta, de pelaje pardo y mirada astuta, que estremece el valle con sus aullidos. Para muchos, son dos pobres víctimas de la maldición de su naturaleza. Ellos, en cambio, son dichosos por haberse encontrado.

De día, ella vela el sueño de él con los instintos despiertos de la loba. De noche, llevan una vida normal, aunque secreta. Se dice que ambos salen a cazar entre los



árboles. Él protege a su amada de los cazadores furtivos, que ya no se atreven a entrar en estos bosques. En las noches de la transformación, permanece atento al regreso de su amada, para guiarla hasta sus ropas humanas y evitar que quede convertida en loba para siempre. Habitan en un lugar que nadie conoce, pero algunas noches de verano se les oye reír junto al Arroyo Negro, en cuyas aguas les gusta refrescarse. Ningunos ojos humanos los han visto jamás, pero todos dicen que su amor vive 27 noches de cada ciclo lunar y que es limpio y eterno como el silencio del valle.